José Tomás Cabot

EL PIQUETE

José Tomás Cabot nació en Manresa el 27 de agosto de 1930. Cursó el bachillerato en aquella ciudad y a los dieciséis años perdió a su padre, que era médico, creyéndose en el deber de seguir su camino. Estudia y se licencia en la Facultad de Medicina de Barcelona, pero su vocación de siempre por las letras, muy exigente, se afirma de modo definitivo. Sigue un curso en la Escuela de Periodismo de Barcelona, colabora en la revista *Bages*, de Manresa, y en *Destino*.

Con la novela *El Piquete*, primer libro que no rompe, gana el Premio Sésamo 1959 de novela por unanimidad, entre 176 originales. *El Piquete* es la narración perfecta de un asunto apasionante: la ejecución de un soldado carlista por sus propios compañeros, elegidos al azar, mediante sorteo. La sinceridad del relato, que podría parecer cruel, no puede esconder la ternura y la emoción con que el autor trata a los personajes de esta historia llena de fuerza, de duro esqueleto, de sencilla construcción y admirable síntesis. José Tomás Cabot es, sin duda, una revelación literaria de extraordinaria calidad.

José Tomás Cabot

El piquete

Áncora & Delfín - 178

ePub r1.0
Titivillus 08.07.2023

Título original: *El piquete*
José Tomás Cabot, 1960
Diseñador de la cubierta: Erwin Bechtold

Editor digital: Titivillus
Muchas gracias a Koriel por el original

ePub base r2.1

ANCORA Y DELFIN.—178
JOSÉ TOMÁS CABOT. – EL PIQUETE

A l'amic Josep Mª
Arnaud de Lasarte que
m'ajude a comprendre i a
explicar la història de Catalunya
dins l'Espanya moderna, recordant
les llargues converses que hem
tingut a la redacció de "Historia
y Vida".

21 març 1984, als vint-i-cinc
anys justos d'haver acabat d'escriure
aquest relat.

Amb tot l'afecte

Josep Tomàs Cabot

Esta narración se basa en un hecho real consignado en todas las crónicas de la primera guerra carlista. Se han tomado, no obstante, algunas libertades. Por ejemplo, en la novela se atribuye a una sola compañía de Guías el fracaso de Echarri-Aranaz; en realidad, fueron dos las responsables y dos también —uno de cada compañía— los soldados que mandó fusilar Zumalacárregui por este motivo.

La mayoría de los episodios secundarios de esta narración, lo mismo que muchos de sus personajes, son imaginarios.

I

En una obscura noche canicular del año 1834, el corneta de una de las compañías que integraban el Batallón de Guías Navarros, el más bravo del ejército carlista, dio, en vez del toque de silencio que correspondía por la hora, dos breves y enérgicos toques de llamada. Pese a lo insólito del hecho, nadie se sorprendió demasiado, pues desde hacía tres días, es decir, desde que el Batallón había acampado en el valle navarro de la Burunda, ocurrían en el mismo, de continuo, sucesos singularmente extraños.

Al oír los toques, los sesenta y tres hombres que componían en aquel momento la compañía salieron en silencio del cobertizo en donde se guarecían por la noche y permanecieron en espera de órdenes, callados y aparentemente tranquilos, en la vasta explanada que se extendía frente a un vetusto y enorme caserón, en donde, según ciertos rumores, el propio General en Jefe había resuelto alojarse.

Precediendo a un hombre minúsculo que llevaba una linterna en una mano y una bolsa de cuero en la otra, apareció entonces un arrogante oficial, quien, inmediatamente, hizo formar a la tropa en tres filas.

Una vez alineados correctamente todos los soldados de la compañía y leída y contestada la lista de sus nombres, el oficial tomó de manos de su ordenanza la bolsa de cuero y acercándola al primero de la formación, le dijo:

—Saca una bola, vamos.

El ordenanza levantó la linterna hasta iluminar de lleno el rostro del soldado y éste, sin intimidarse, metió la mano en la bolsa y sacó una bola. Era una de esas pequeñas esferas lisas, macizas, de tierra cocida, que los niños utilizan para jugar en la calle.

—Blanca —dijo el oficial, aunque la bola era más bien amarilla —. Prosigamos.

También el segundo soldado sacó una bola blanca, por lo menos en opinión del oficial. Lo mismo el tercero, el cuarto y el quinto.

El sexto extrajo una bola especial. Tenía idéntica forma y tamaño que las otras, pero era negra y olía un poco a pintura. Al verla, el ordenanza acercó más la linterna y el oficial miró un momento a los ojos del poseedor. Luego, cogiendo la bola y guardándosela en el bolsillo, dijo a un personaje invisible:

—Negra, mi coronel.

El interpelado, que acechaba en la sombra, dejó oír entonces una voz de bajo, un poco ronca, y dirigiéndose al hombre señalado por el azar, ordenó:

—Sal de la formación.

El soldado avanzó cuatro pasos y luego, sin saber qué hacer, se detuvo y miró al oficial. Éste no dijo nada.

—Colócate bajo el farol —gritó el personaje invisible.

El soldado, sin vacilar ahora, se dirigió al sitio indicado y permaneció inmóvil, en correcta posición de firmes, debajo de un farol que pendía del muro.

No parecía muy joven este soldado. Era bajo y muy moreno; denotaba su rostro honradez y fiereza al propio tiempo. De su aplomo, de la seguridad en todos sus movimientos, podía deducirse que no era un novato asustadizo, sino un veterano valiente, curtido en la vida y en la guerra. Calzaba alpargatas como la mayoría de sus compañeros y vestía como ellos un ancho pantalón de pana gris y una vieja guerrera de color indefinido. Iba cubierto con una boina roja y exhibía una barba espesa de varios días.

El extraño rito de las bolas prosiguió en la formación. La segunda bola negra —había varias, por lo visto— correspondió al penúltimo soldado de la primera hilera, un joven barbilampiño y de cuerpo menudo, con un rostro afilado y unos ojos vivaces que miraban nerviosamente a todas partes y parecían vislumbrar grandes cosas en la obscuridad.

—Ponte a su lado —le dijo el oficial, señalando al veterano.

El segundo hombre, con los puños apretados y a grandes zancadas, se dirigió hacia el farol y allí, mirando furtivamente a su compañero, intentó esbozar una pregunta:

—¿Por qué…?

No supo, seguramente, cómo terminar. El otro no hizo nada para ayudarle: no se movió, no dijo una palabra, no miró siquiera al recién llegado.

Prosiguió el sorteo en la segunda fila, correspondiendo la tercera bola negra a uno del centro, el cual, sin necesidad de que se lo mandaran, abandonó la formación y fue a reunirse con los del muro.

Tenía éste un curioso aspecto que invitaba de momento a la risa y más adelante, tal vez, a la confianza y a la amistad. Era muy alto y exhibía unas orejas enormes, una nariz respingona, una cicatriz horizontal en la frente y unos extraños ojos verdes, llenos al mismo tiempo, paradójicamente, de picardía y candor. Pero debía de tener también este hombre naturaleza de bufón, pues era capaz de bromear en aquellos momentos solemnes.

—Miau —dijo en voz baja, al reunirse con los del muro.

La cuarta bola negra acaba de aparecer.

—Muy bien —dijo su poseedor en voz alta, como si no le preocupase en absoluto haber sido elegido.

Llevaba éste una casaca roja, cruzada por un blanco y reluciente correaje y calzaba botas altas. El uniforme, muy vistoso, no correspondía a las medidas del soldado, por lo que podía suponerse que no le pertenecía en propiedad, sino sólo en calidad de préstamo; préstamo que acaso le estaba haciendo hasta el día del Juicio algún cristino muerto en campaña…

Pero el uniforme no le sentaba mal del todo al carlista, pues era éste un tipo garboso, con cierta bizarría natural y ese aire inconfundible de los que se aman excesivamente a sí mismos y también a las bravatas, la bullanga, las mujeres, el vino y en general, la buena vida.

La quinta bola negra salió en seguida, correspondiendo al soldado siguiente, el cual ofrecía un acusado contraste con el anterior. Éste no dijo nada al ver la bola y sin levantar los ojos, suavemente, como sí tuviese mucho sueño, fue a ocupar su lugar junto al muro.

—No falta más que una bola negra —dijo el oficial.

Así supieron todos que las bolas de la suerte —o de la desgracia — eran seis. ¿A quién correspondería la última?

La sexta negra no aparecía. Salieron, seguidas, quince bolas blancas. Quedaba sólo un hombre y por lo tanto una sola bola.

—No queda más que una —dijo el oficial—. Es la sexta bola negra y te corresponde a ti.

Diciendo esto, tendió la bolsa al último de la formación, un soldado alto, pálido, rubio y con unos ojos tan claros que parecían casi transparentes. Sus alpargatas blancas, su roja boina, los pantalones grises y la guerrera azul daban la impresión de haber sido recientemente estrenados.

Introdujo la mano y extrajo su bola: resultó ser, efectivamente, la sexta bola negra que había anunciado el oficial.

—Voilà —dijo el soldado con una conmovedora ingenuidad.

Y mientras se reunía con los otros cinco, volvió a oírse aquella ronca voz que bramaba en las tinieblas:

—Que rompan filas y se acuesten.

La voz se hizo más patente para los del muro, cuando dijo:

—Síganme ustedes.

Los seis guías navarros le siguieron en fila india hasta el interior del caserón, en donde pudieron por fin ver a su jefe a plena luz. Era el coronel un militar casi viejo, flaco, de facciones muy acusadas e imperiosa mirada. Vestía un corto capote azul con charreteras doradas y se apoyaba en un bastón de campaña, el cual blandía, siempre que daba alguna orden, con un ímpetu jovial.

Había muy poca luz en el vestíbulo. A la derecha se adivinaba vagamente la escalera principal. Las caballerizas, destinadas al cuerpo de guardia, se encontraban a la izquierda. El coronel tomó un velón de cuatro mecheros abandonado en un banco y empujó una puertecita casi oculta en el fondo del zaguán. Arrancaba de la misma una empinada y estrecha escalera. Al final de la misma había otra puerta cerrada, cuyo cerrojo hubo necesidad de descorrer. El coronel, fatigado, resoplaba por la boca y la nariz cuando entraron todos en el desván.

Era éste una estancia amplia, sombría, sin ventanas, sólo con una claraboya en el centro, a través de la cual podían verse las estrellas. De las vigas, suavemente inclinadas, pendían mazorcas antiguas y espesas telarañas. Había en un extremo una vieja consola con algunos libros encima; en el otro, un montón de heno seco, un barril enorme y un par de escabeles. El coronel abandonó el velón

en uno de ellos y se sentó un momento en el otro, dejando por fin de resoplar. En el centro mismo de la estancia, bajo Vega, Altaír y Deneb, que susurraban como todas las noches su inescrutable mensaje de luz, había una larga mesa rústica y sobre ella, cuidadosamente alineados, seis viejos fusiles.

—La ejecución es a las cinco —dijo el coronel—. Estén preparados.

Se levantó bruscamente y salió del desván. Después, pasó el cerrojo.

II

—Ah, yo no comprendo nada —dijo con acento extranjero el mocetón rubio que había sacado la última bola.

—¿Qué es lo que no comprendes? —preguntó el payaso de las orejas enormes.

—Ayer nos quitaron los fusiles y las municiones, desaparecieron nuestros oficiales… esta mañana un sorteo… sale uno de la formación y no vuelve… esta noche otro sorteo… hélas!, yo no comprendo nada… Nos encierran a los seis y voilà… ahí están nuestros fusiles…

—Bueno, no son precisamente los nuestros…

El veterano, a quien había correspondido la primera bola negra, cogió uno de los fusiles y dijo:

—Es el mío, ahí tenéis, qué coincidencia —acariciaba con un gozo infantil aquel anticuado y enorme fusil de chispa—. Ah, es éste mi mejor amigo. No lo cambiaría por todo el oro del mundo.

—Oh, oh, no comprendo nada —comentó, haciendo aspavientos, el payaso.

—Es gabacho, voilà —dijo, remedando al extranjero, el más pequeño del grupo, uno barbilampiño que no se estaba nunca quieto ni se reía jamás.

—¿Eres francés? ¿Un francés auténtico? —preguntó con mucha curiosidad el bravucón del uniforme prestado.

—Mais, oui, yo soy normando. Me llamo René Duval y me gustan las aventuras.

—Entonces, dinos, ¿son lindas las francesitas? ¿Es verdad que todas las francesas…?

Hicieron todos un gesto significativo.

—Qu-est ce que c'est? —y trató de imitar el gesto—. Ça… oh, je

ne sais pas… —y se encogió de hombros.

—¡Qué listo! Tampoco sabe por qué estamos ahora aquí y cuál es el trabajito que nos espera —dijo, guiñando ambos ojos a la vez, el payaso de las grandes orejas.

—¿Cuándo te incorporaste? —preguntó el bravucón.

—Hace cinco días.

—Antes éramos todos navarros y nuestros asuntos marchaban muy bien —refunfuñó el inquieto.

—Yo traía buenas recomendaciones —explicó el francés—. El Jefe me dijo: «Escoja su Cuerpo». Yo dije: «El de los más valientes».

—¡Magnífico! —exclamó, sacando pecho, el bravucón—. Es un buen muchacho y quiere hacerse hombre entre valientes.

—¡Uf! Hueles a muerto —soltó el payaso, para que el otro se deshinchara.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el francés al bravucón, que era el único, seguramente, con quien había simpatizado.

—Valtierra —contestó, inclinándose—. Un hidalgo español. Voilà —y le tendió la mano—. Soy tu amigo.

—¿Y tú? —preguntó al payaso el extranjero.

—Fermín Alareta, un gato furioso. No me pises la cola.

—Oh, no —dijo el francés, tirándole rápidamente de una oreja.

—¡Maldito cerdo!

—Hélas! Son naturales —dijo el francés, muy asombrado.

—Éste es Mosquito —explicó Valtierra, señalando al hombrecito intranquilo—. No puede estarse nunca quieto, siempre anda zumbando de un lado para otro y nos chupa la sangre por la noche.

—Ah, Mosquito —repitió el francés—. ¡Qué linda cosa! Un mosquito… ziii… ziii… ¡Vuela, mosquito, vuela!

Se desternillaba de risa.

—¡Basta! —gritó el aludido—. Me llamo Manuel y te romperé las narices si te sigues riendo.

El francés, muy corrido, se encogió de hombros y miró a las estrellas.

Valtierra, Fermín y el extranjero se habían sentado en el borde de la mesa, mientras Manuel zumbaba en derredor sin atreverse todavía, por lo visto, a chupar la sangre de nadie. El más viejo del grupo limpiaba su arma junto al velón y el sexto hombre, tendido en el heno, parecía dormir.

Entonces se abrió la puerta y apareció una mujer. Era joven aún y bastante bonita, pese a las manchas de su cara, a su vientre prominente y a su aire cansino, que podían ser atribuidos a su avanzada gravidez.

Iba ataviada con un sencillo corpiño de seda negra y con unas amplias faldas, tan largas que apenas dejaban entrever el empeine de su pie, cruzado por las negras cintas de los chapines. Una crencha central dividía su larga y pálida garnacha, peinada en apretadas trenzas, las cuales formaban por detrás un diminuto rodete a cada lado.

Depositó cuidadosamente sobre uno de los escabeles las seis mantas que traía.

—Mirad, nuestras mantas —comentó Fermín—. Alguien cuida de nosotros.

La mujer dijo:

—Udan ere, emen gabak otsak dira.

El veterano, que sabía vascuence, contestó:

—Bai, eskarrikasko.

Uno de la guardia esperaba en la puerta. Salió la mujer y el cerrojo crujió de nuevo.

—¿Qué chau chau es ése? —preguntó Manuel.

El veterano aclaró:

—Ella dijo que las noches aquí, incluso en verano, son frescas.

—Linda cosa. Ya lo sabemos.

—Yo le di las gracias. Eso es todo.

—Pero ¿quién es ella? —preguntó Valtierra.

—Es María Berasaín, la dueña de la casa —explicó el veterano —, y como habréis advertido, está esperando un hijo…

—Es extraño —interrumpió Manuel—. Estamos en Navarra y éste es un viejo caserón de hidalgos. Ella, sin embargo, no sabe una palabra de castellano. ¿Cómo puede ser la dueña?

Soltó su fusil el veterano, encendió un pitillo y prosiguió su relato.

—María pertenecía a una modesta familia vizcaína. Perdió prematuramente a sus padres, quedándose a los quince años sola y sin recursos… En esta casa vivían los Berasaín, cuatro hombres solos: un brigadier, que había enviudado mucho tiempo antes, y sus tres hijos varones, que eran tres mozos fuertes, honrados y

valientes…

—Vamos, que a los Berasaín les faltaba una mujer —comentó Valtierra.

—Y a María, un hogar —añadió el veterano—. Pues bien, el mayor de los Berasaín, en un viaje a Bilbao, conoció a la chica y se prendó de ella. Se casaron y vinieron a vivir los dos a la casa solariega. Fueron seguramente felices, todos felices, el joven matrimonio, el padre y los hermanos, hasta que empezó la guerra.

—La guerra, oh, oh —exclamó Fermín, cubriéndose grotescamente la cara con las manos—. No me recordéis la guerra, por favor.

—El brigadier, amigo personal de Don Carlos, mandó entonces a sus tres hijos a combatir al lado de Zumalacárregui, y él, inválido desde la guerra contra los franceses, no pudiendo ayudar en el campo de batalla, entregó todos sus bienes a los carlistas… Uno tras otro, fueron cayendo sus hijos. María estaba encinta, en el segundo o tercer mes de su embarazo, cuando se supo que había muerto su marido en Alsasua… Ella y el viejo, como padre e hija, juntaron entonces su dolor… Pero poco tiempo después, los cristinos asaltaron la casa, detuvieron al pobre inválido y le fusilaron aquí mismo, en la explanada. En cuanto a la chica, la obligaron a presenciar la ejecución y luego la abandonaron.

—Entonces no le agradará oír mañana, en este mismo lugar, otra descarga cerrada —dijo Manuel.

—No le agradará, desde luego.

—Tú, ¿cómo te llamas? —preguntó el francés al veterano.

—José Urdax —dijo.

Sacó de su bolsillo una baraja muy sucia y la extendió sobre la mesa.

—Es una buena idea —dijo Fermín—. Juguemos.

—¿Sabes jugar al mus? —preguntó Valtierra al francés.

—No. Yo voy a leer.

Cogió uno de los libros abandonados en el desván y lo enseñó a su amigo.

—Bah —dijo, desdeñoso, Valtierra—. No me interesan los libros.

—No sabe leer —aclaró, riendo, Fermín—. Déjame a mí.

Tomó el libro y muy despacio, silabeando cómicamente, empezó a recitar el título:

—El-In-ge-nio-so-Hi-dal-go-Don-Qui-jo…

—Déjate de monsergas y ven a jugar —bramó el bravucón.

Se reunieron los cuatro en la mesa y repartieron los naipes. El francés, mientras tanto, se sentó junto al velón y abrió su novela. De pronto, levantó los ojos y dijo:

—Yo no sé por qué estamos ahora aquí, no sé si esperamos algo, no sé nada. Vosotros jugáis tranquilamente a las cartas y yo me dispongo a leer mi novela… Bien, pero mientras tanto un nuevo día se acerca y ese día puede traernos sorpresas, así que, hélas!, yo pienso que deberíamos prevenirnos y…

—A su tiempo —dijo Fermín, distraído, obsesionado por el juego.

Y inmediatamente, con su vozarrón de fiera:

—¡Mus!

Entonces se oyó cantar a un gallo.

La partida se interrumpió y los cuatro jugadores se miraron unos a otros, sorprendidos, molestos, asustados.

—No es siquiera medianoche —dijo José Urdax.

—Este gallo está loco —añadió Valtierra.

La noche, a través del ventanuco del techo, aparecía tan obscura como al principio y las estrellas seguían brillando con la misma intensidad.

—Bien, prosigamos —dijo Manuel.

Pero antes de que la partida continuara, le preguntó Fermín al francés:

—¿Le conoces?

—¿A quién?

—A Bautista Lecumberri.

—No, no le conozco.

—Tienes mucha suerte —dijo entonces José Urdax, el veterano —. Me metería con gusto en tu pellejo.

—Sí, tienes mucha suerte —subrayó Valtierra, dejando caer los naipes en la mesa—; porque a un desconocido se le puede disparar hasta que reviente sin dejar de fumar o de pensar en las mujeres, mientras que a un amigo…

—A un amigo —interrumpió Manuel—, le puedes ceder tu ración de vino, contarle tus aventuras o romperle la nariz de un puñetazo, pero no le puedes matar a sangre fría como se mata a un

perro… oh, no… no le puedes disparar un tiro en la barriga viéndole indefenso y suplicante, viendo como te mira y…

—Bautista era nuestro amigo —explicó Fermín al francés.

—¿Por qué? —siguió Manuel con creciente exaltación—. Oh, Dios. ¿Por qué? Me lo vengo preguntando desde que saqué la bola y presentí este final… ¿Por qué hemos de ser nosotros, Señor, precisamente nosotros?… Era nuestro amigo, le queríamos… Ah, yo no comprendo nada, no lo comprendo y sin embargo… hay algo, debe de haber algo… esas bolas…

Manuel no encontró la palabra y se hizo un silencio extraño. Las estrellas lucían en la noche negra, y en el interior del desván el aire empezaba a enrarecerse, a oler a tabaco, a aceite y a fusiles. El sexto soldado dormía en el heno, lo mismo que las arañas en sus vigas, las cuatro llamas en el velón y las sombras en las paredes. Empezaba a pesar el silencio cuando Valtierra, el bravucón, dijo:

—No, no hay nada… Unos u otros, ¡qué más da! Bautista es un buen chico y todos le queremos en la compañía. No nos duele sólo a nosotros hacer este trabajo. También a los otros les dolería y tal vez…

—No, a los otros no —interrumpió José Urdax, el veterano—. Por lo menos, no a todos tanto como a mí. Yo he vivido con Bautista durante nueve meses; hemos compartido todos los peligros, hemos respirado el mismo aire, hemos tragado el polvo de los mismos caminos, nos hemos mojado con la misma lluvia…

—No eres el único —cortó Manuel.

—Está bien, está bien, no soy el único… Pero yo he compartido con él otras cosas… no sabéis… no podéis comprender… algo que une a los hombres para toda la vida, que nos une aunque no lo queramos, aunque nos empeñemos en negarlo y olvidar…

—Bien, le llevaste a la pila bautismal —dijo, riendo, Fermín— y luego le enseñaste el catecismo.

—No, no —decía el veterano—. Pero estuve junto a él en su bautismo de fuego, a su lado, hablándole, mirándole, empujándole… y no fue un lindo bautismo, podéis creerlo…

III

ENTRE José Urdax, el veterano, y Bautista Lecumberri, el novato, se cruzaron las primeras palabras en una fría madrugada otoñal del año 1833, exactamente dos semanas después del pronunciamiento de Santos Ladrón, primer general navarro que dio un viva oficial a Carlos V. Santos Ladrón fue vencido y fusilado pocos días más tarde, pero la hoguera de la rebelión siguió ardiendo a fuego lento, y la guerra, esa absurda y brutal reyerta entre españoles que había de conocerse tiempo a venir como la guerra de los siete años o primera carlista, sin grandes preparativos militares ni civiles, sin espectaculares movimientos de tropa ni proclamas al pueblo, casi en silencio y tranquilamente, acababa de iniciarse en Navarra…

José Urdax y Bautista Lecumberri, en aquella fría madrugada otoñal, habían avanzado dos pasos al oír que se pedían voluntarios para una importante y secreta misión. Otros dos hombres solicitaron el honor y el peligro de la empresa. El oficial, muy complacido por el resultado de su propuesta, agrupó a los cuatro soldados y les manifestó que hablarían dentro de poco con el propio jefe del batallón.

El desayuno había sido muy parco, ráfagas de viento helado cruzaban por el campamento y una tenue llovizna caía sin interrupción; pero ninguno de aquellos hombres, acostumbrados a dormir al raso y a escalar las nevadas montañas, se sentía desfallecer. Al contrario, se notaban todos ágiles, remozados e invencibles. El viento les desperezaba, excitando en ellos un ancestral anhelo de aventuras, conquista y gloria.

Las primeras frases que se cruzaron entre José Urdax y Bautista Lecumberri fueron éstas:

—¿Quién eres tú?

—Bautista Lecumberri, incorporado ayer.

—¿Sabes tirar?

—Naturalmente. Les he dado a muchos lobos y buitres en mi vida.

—Pero no a los hombres. No debiste ofrecerte para ese fregado.

—¿Qué fregado?

—Tú verás.

—¿Veterano?

—Ando con éste —y señaló el fusil— desde el frangollo de la Constitución.

—¿Qué constitución?

—Bueno, una historia larga.

—¿Otra guerra?

—Algo así.

—¿Has visto al Rey?

—Ni lo deseo.

—¿Por qué?

—Yo no defiendo a Don Carlos.

—Entonces, ¿qué defiendes?

—Caray, los Fueros…

—¿Qué fueros?

La llegada del jefe carlista interrumpió el diálogo.

—Vengan —dijo.

Les condujo hasta su tienda, la única del campamento, y les pidió sus nombres. Después de meditar un momento, les presentó a un oficial muy joven, recién llegado al batallón.

—Escoltarán al teniente hasta su destino —dijo—. Buena suerte.

Y al oficial:

—Ya sabes. Por el camino más corto.

—Andando —dijo el teniente.

Siempre en línea recta, con los pies en el barro y la cara en la lluvia, atravesando angostos desfiladeros, riachuelos y bosques, el teniente y los cuatro soldados avanzaban en silencio, como cinco mudos héroes invencibles.

De pronto, se detuvo el teniente, se volvió hacia sus hombres y dijo:

—Si yo muriera…

—¡Caray!

—Este sobre, ¿ven ustedes?

Mostró un sobre amarillento y lacrado.

—Debe tenerlo el teniente coronel Iturralde en su campamento del monte Esquinza, antes de mañana.

Prosiguió la marcha en silencio. Pero ya no avanzaban tan seguros, ya no pisaban tan firme los cuatro soldados. Era como si de súbito un misterioso presentimiento, un mismo pensamiento lúgubre, hubiese asaltado a los cuatro.

—Esto no me gusta —dijo, de pronto, Bautista.

—¿Qué es lo que no le gusta? —preguntó el teniente.

—Este modo de llevar mensajes.

José Urdax, al oír esto, le dio una patada en la espinilla para que no siguiera desbarrando.

—¿Es que hay otro medio? —preguntó el teniente.

—Un paisano lo haría mejor —contestó Bautista—. Un montañés, naturalmente.

José Urdax, que andaba detrás de él, le dio un tirón en la oreja, pero el otro no se dio por enterado.

—¿Un montañés? Yo también conozco el país —dijo, un poco picado, el teniente.

—Bien, pero usted puede despertar sospechas —insistió Bautista —. Y además estos hombres y estos fusiles… ¡es tan ingenuo todo eso!

—El mensaje es importante —explicó el oficial—. No podía confiarse a un hombre desarmado. Habrá que defenderlo, tal vez, con fuego y con sangre.

Bautista siguió refunfuñando y José Urdax, agotados todos los procedimientos de comunicación subrepticia, optó por abandonarle a su suerte.

Pero el teniente no parecía molesto. Era muy joven, casi un muchacho, y deseaba, por lo visto, aclarar los conceptos:

—Es posible que haya paisanos dignos de confianza —dijo—, pero nuestro comandante no confía en ellos. La verdad es ésta: el comandante sólo confía en mí.

Dio media vuelta, miró a Bautista y añadió en voz baja, con un asomo de melancolía, como si el triste presentimiento de los otros fuese llegando hasta él y le cubriera como una sombra:

—El comandante es mi padre.

Comieron unas rebanadas de pan sin detenerse. A media tarde dejó de llover. El teniente advirtió:

—¡Cuidado! No lejos de aquí tienen su guarida los carabineros.

Dijo poco después, en voz baja, con el alborozo de un niño:

—¡Diablo! Ya es hora de que tengamos un poco de sol.

Se oyó entonces una voz extraña y sonaron unos disparos que parecían lejanos.

Los cinco hombres, instintivamente, se echaron al suelo y permanecieron así mucho tiempo, tendidos, inmóviles y silenciosos.

Bautista se levantó el primero.

—Ya se han ido —dijo— no hay peligro.

Poco a poco se levantó José Urdax y luego, muy despacio, el tercer hombre.

El cuarto hombre dijo:

—Mirad, está muerto.

José Urdax se agachó junto al teniente e intentó levantarlo. La cabeza del oficial se bamboleaba, los brazos pendían inertes y una mueca de dolor petrificaba su rostro de niño. José Urdax le auscultó en el pecho y le miró largo rato a los ojos. Después, soltando el cuerpo, se levantó y vio que tenía sangre en las manos.

—Una bala perdida —dijo—. Mala suerte.

—La carta —recordó Bautista.

Recogióla el tercer hombre y la guardó en su bolsillo con la misma unción con que habría ocultado el tesoro más valioso del mundo.

—Vamos —dijo—. Ahora es pre…

—Arriba las manos, soltad los fusiles —gritaron desde un altozano próximo algunos carabineros.

—Hay que huir en seguida —susurró José Urdax.

Sonó muy cerca otro disparo. Cayó el soldado que había guardado la carta: quedó tendido cara al cielo con una expresión de triunfo.

La carta pasó a poder del cuarto hombre. Decía José Urdax, señalando unos matorrales:

—Por ahí, rápido.

Se hundieron los tres supervivientes en lo más espeso del bosque mientras sonaban otros disparos y alguien gritaba muy cerca:

—Facciosos, facciosos… No les dejéis escapar.

La persecución por el bosque duró muy poco tiempo, pues en seguida llegaron los fugitivos al lindero del mismo, del que arrancaba una cuesta desnuda con una pequeña ermita en la cima.

—Vamos —dijo José Urdax.

Gateando, zigzagueando, escalaron la cuesta. Las balas silbaban en derredor. Entraron jadeantes en la ermita y atrancaron la puerta con una pesada barra de hierro.

Bautista dijo:

—¡Qué mala puntería! ¡Carabineros! ¡Puaf!…

En la ermita no había nadie. Una tosca imagen de yeso presidía en el altar. A la derecha, empotrada en el muro, la pila del agua bendita y en el centro, seis largos bancos de color pajizo. La ermita olía a cera vieja, a cuarto de enfermo…

Junto a la puerta había dos estrechos ventanucos sin cristales, como dos aspilleras. El cuarto hombre introdujo en uno de ellos el cañón de su arma y miró por encima.

—¡Perros cristinos!, ya se acercan.

Disparó.

—Ah, le di, le di —exclamó jubiloso.

—No debiste hacerlo —dijo Urdax—. Ahora ya no nos libraremos de ellos. Nos matarán como a ratas.

—No podrán entrar —aseguró Bautista.

—Procuraremos que no lo hagan —dijo Urdax, menos optimista, mientras apuntaba por la segunda aspillera.

—Bueno, es la guerra —dijo gozosamente el cuarto hombre, disparando de nuevo.

Uno de los carabineros gritaba:

—Han matado a García. Hay que avisar a los artilleros.

—¿Qué artilleros? —preguntó Bautista.

José Urdax, muy pálido, dijo:

—Serán las tropas de Lorenzo.

El cuarto hombre añadió:

—Nos hemos metido en la boca del lobo.

Entonces se oyó una explosión. Las pesadas puertas de madera crujieron, bascularon, cayendo por fin, estrepitosamente, en el interior de la ermita.

José Urdax gritó en medio de una nube de polvo:

—Granadas. Parapetaos en los bancos. No nos rendiremos.

Algunos carabineros, chillando imprecaciones, con sus casacas negras y las bayonetas caladas, avanzaban hacia la ermita. Los tres hombres del interior, atrincherados en los bancos, dispararon varias veces hasta que todos los asaltantes hubieron mordido el polvo.

Entonces se hizo un silencio extraño.

—Y ahora… —susurró Bautista, que empezaba a perder la serenidad.

—No les dejaremos acercar —dijo Urdax—. Les mantendremos a raya con los fusiles. Así no nos alcanzarán sus granadas de mano.

Transcurrieron varios minutos en silencio. Empezaba a anochecer.

Bautista dijo:

—No aguanto más. Rindámonos.

Urdax le apretó en el brazo, como diciendo:

—¡Qué cobarde eres!

El cuarto hombre dijo de pronto:

—Dios mío, tengo un presentimiento.

Sonó entonces, muy cerca, otra tremenda explosión. La ermita se conmovió hasta los cimientos. Saltó como un atleta el santo de yeso y se hizo añicos en el suelo. El muro del fondo se agrietó en tres o cuatro direcciones y se vino abajo inmediatamente con un estrépito ensordecedor.

—¡Perros! —masculló el cuarto hombre, agachado entre los bancos—. Hasta cañonazos…

En esto, un grueso sillar fue a dar contra su espalda, y el hombre, en medio de la polvareda, la confusión y el miedo a la muerte, sólo tuvo tiempo de sacar la carta y entregarla a Urdax. Dijo:

—Buena suerte.

José Urdax le cerró los ojos. Preguntó luego a Bautista:

—A ti, ¿qué te ocurre?

—El brazo —gimió Bautista.

Su antebrazo derecho sangraba copiosamente, pues había parado el golpe de otro enorme sillar.

—No dispares más —dijo Urdax—. Ven.

Se ocultaron los dos entre las piedras, y el veterano, operando en la obscuridad, desgarró la manga de su camisa y la aplicó, a modo de venda, en torno de la herida del compañero.

Una voz gritaba cada vez más cerca:

—Rendíos, rendíos.

Urdax susurró:

—Si te entregas, te matarán.

—Tengo sed —masculló el herido.

Asomó una bayoneta por el gran boquete, y luego, otra.

—Eh, salid.

—Salid.

Mientras tanto, había anochecido por completo.

Después de maldecir de cien maneras distintas a todos los «cochinos facciosos» y de cagarse a grandes voces en los progenitores de todos, no dejando precisamente a las madres en muy buen lugar, los soldados cristinos se decidieron a inspeccionar el interior. El primero, que no las tenía todas consigo, tropezó, para empezar, con el cadáver del cuarto hombre.

—Uh, uh —chilló asustado, saltando sobre el muerto.

Arrastraron al cadáver hasta el exterior y lo mostraron a un oficial.

—¿No hay más fiambres?

—Sí, entre las piedras —dijeron los soldados, que no tenían seguramente muchos deseos de volver a entrar—. Pero dentro está muy obscuro y resultará muy difícil sacarlos ahora.

—Bien, los sacaremos mañana —dijo el oficial—. Les hemos dado una buena lección. Regresemos.

Otro oficial, que era, por lo visto, un hombre culto, dijo:

—Lástima de ermita. Una construcción tan antigua. Del siglo once, por lo menos.

Un sargento explicó a un soldado:

—De antes de la francesada, ¿sabes, tú?

—Tengo sed —repitió el herido.

Urdax le ayudó a salir del escondrijo y le condujo, tanteando en la obscuridad, hasta el pilón del agua bendita. El herido hundió la cara en él y bebió respetuosamente.

—Habrá que salir —dijo Urdax.

La noche era tibia y gris; caía un fino, casi ingrávido sirimiri. Escucharon largo rato y no oyendo ninguna voz ni sonido sospechoso, resolvieron aventurarse.

Bautista estaba débil, puesto que había perdido mucha sangre.

Hombro contra hombro, sucios, hambrientos y agotados, salieron de la ermita los dos hombres.

Urdax miró al cielo para orientarse y luego, arrastrando casi a Bautista, emprendió resueltamente la marcha.

Habían andado dos horas cuando Bautista dijo:

—No resisto más. Sólo quiero dormir.

Se dejó resbalar hasta el suelo y ocultó la cara entre las manos. La lluvia caía silenciosamente sobre él.

—Vamos —gritó Urdax—. ¡Arriba!

El otro no hizo más que mascullar unas pocas palabras ininteligibles: hubo necesidad de darle un bofetón.

Entonces Bautista abrió los ojos, miró intensamente a Urdax y le dijo:

—No me abandones.

José Urdax tiró de él y siguieron andando.

Habían caminado poco más o menos cuatro horas cuando llegaron a un barranco profundo, frente al cual se erguía un monte alto, solitario y desnudo.

Urdax se desprendió de Bautista y le dejó que resbalara suavemente hasta el suelo.

Él se postró de hinojos y rezó un padrenuestro en acción de gracias.

En la cima del monte Esquinza brillaba el fuego de vivac de los carlistas.

IV

—PERO, vamos, ¿quién es, en definitiva, Bautista Lecumberri? —preguntó el francés—. ¿No será el soldado que sacó la bola roja esta mañana?

—Sí, es él —contestó José Urdax, que había permanecido mucho tiempo silencioso, como abstraído en lejanos recuerdos, aunque sin dejar de jugar a las cartas, lo cual hacía, por lo visto, automáticamente y sin el menor interés.

—Bien, voy comprendiendo —prosiguió el francés—. Bautista Lecumberri es vuestro amigo y esta mañana ha sido designado por la suerte. Perfectamente… Pero ahora vosotros, yo también por supuesto, los seis, reunidos por otro capricho del azar, estamos esperando a que amanezca para cargar nuestros fusiles, alinearnos frente al muro, apuntar al pecho de un hombre… oh, no un hombre cualquiera, no, sino precisamente Bautista Lecumberri, vuestro amigo… y aguardar con las orejas muy tiesas la orden de fuego… ¿Es o no es así?

—Este gabacho se pierde de vista —dijo Fermín, moviendo las orejas lo mismo que un elefante.

—Pues bien, debo confesaros una cosa: a los normandos nos gustan las sorpresas, las… como diría yo… las fuertes emociones; por eso aprendí vuestro idioma y vine a este sauvage… pardon, je veux dire… bravo país… Pero nunca esperé encontrarme en una situación tan… tan… absurda…

—Vosotros, los gabachos, vosotros sois los absurdos —dijo, dolido en lo más hondo de su patriotismo, el inquieto Manuel.

—Está bien —prosiguió el francés con un asomo de ironía— la situación no es absurda. No es absurdo que a un muchacho lleno de vida, a un muchacho sano y honesto, se le condene a muerte sólo

por haber sacado una bola roja. Tú, tú mismo, Mosquito, podías haberla sacado… ¡Pobre Mosquito!, no zumbarías ya más… Oh, muy bien, je sais, esto no es absurdo, es tal vez una justicia superior… Tampoco es absurdo, mes amis, que con otras seis bolas, negras éstas, se pretenda formar el piquete de ejecución y que estas bolas se repartan no entre desconocidos, oh no, sino entre los propios amigos del reo, los cuales se sentirán muy honrados con la distinción y cumplirán su cometido con toda la solemnidad que la ceremonia requiere…

—¿Tú qué sabes, gabacho? —dijo con un profundo desprecio Fermín.

—Oh, no sé nada, esto es verdad… Y yo quisiera saber muchas cosas, quisiera saber por ejemplo: ¿quién ha dado esta orden?, ¿por qué se ha dado?, ¿qué estáis pensando ahora vosotros mientras jugáis a las cartas?…

—Pensamos en el juego, voilà —dijo Valtierra, mostrando las cartas—. Por ejemplo: ¿qué es preferible, cambiar el as o quedarse con él?

—Ah, muy bien, pensáis en el juego; tú también, Valtierra, hidalgo español… Pero aquél, mirad —y señaló el francés al sexto hombre—, aquél está haciendo algo mejor: está durmiendo… Perfectamente. Mañana será otro día… Yo seguiré leyendo mi novela.

—Oh, espera, tú no puedes comprender muchas cosas —intervino José Urdax—. Conoces nuestro idioma, es cierto, pero no has vivido entre nosotros más que unos pocos días… Pues bien, escúchame: nosotros no somos, como tú te imaginas, unos pobres seres inconscientes y abúlicos… La tierra, nuestra tierra, no es generosa: hay que derramar mucho sudor para ganar un pedazo de pan. Los hombres de nuestro país no son, no somos, ecuánimes y comprensivos, sino intransigentes y apasionados: hay que soportar injusticias; hay que responder a ellas, para subsistir, con otras injusticias más grandes; hay que pegar duro y enseñar los dientes, o por el contrario, bajar la cabeza y callar y sufrir en silencio… Ambas cosas no son fáciles, puedes creerlo, sino terriblemente ingratas… Se cierne sobre nosotros… qué sé yo… algo así como una ley de herencia, como un trágico destino… Y a veces —no a veces; siempre, de continuo— nos duelen tanto las dificultades, con el sol

encima y el hambre en el cuerpo y los palos de los de arriba en las costillas y las maldiciones de los de abajo en los oídos, que no podemos soportar ya más todo eso… no, no lo podemos soportar… y entonces nos tumbamos en el heno y procuramos dormir… o jugamos una partida de mus… o nos plantamos frente a un toro… o nos emborrachamos…

Fermín Alareta, el payaso, dio cinco golpes rítmicos en el tonel y dijo:

—¡Qué lástima! Está vacío.

—Vosotros, los franceses, ¿qué hacéis para espantar a las penas?

—Oh, no lo sé. Acaso no tenemos penas.

—¿Nunca?

—Bueno, sí, algunas veces… Entonces conversamos, leemos buenos libros o nos vamos al teatro…

—¿Qué libro estás leyendo ahora?

René Duval les enseñó su libro. Estaba abierto por una de sus primeras páginas y mostraba una letra diminuta y apretada, con grandes islotes amarillentos que delataban la antigüedad del polvoriento volumen.

Fermín leyó en voz alta el título que encabezaba la página:

> DEL BUEN SUCESO QUE EL VALEROSO DON QUIJOTE TUVO EN LA ESPANTABLE Y JAMÁS IMAGINADA AVENTURA DE LOS MOLINOS DE VIENTO CON OTROS SUCESOS DIGNOS DE FELICE RECORDACIÓN.

—Don Quijote —dijo Manuel—. Esto me suena.

Diciendo esto, se levantó Mosquito y tiró de la puerta, que continuaba, naturalmente, cerrada.

—¡Eh, los de la guardia! Tengo que… Abrid… Tengo una necesidad…

Nadie contestó. Manuel siguió golpeando.

—Saben lo que se hacen —dijo Urdax.

—¿Qué es lo que saben?

—Son muy listos estos tipos. No quieren que se les esfume su lindo piquete…

—¿Que se esfume? ¿Cómo podría esfumarse?

—Huyendo, desertando —aclaró Valtierra—. Pero ¿tú lo habrías hecho, Urdax?

—Ah, yo no lo sé… No tengo la suficiente imaginación como para verme ahora en aquellas circunstancias. Tal vez habría desertado para no tener que dispararle ese cochino tiro a nuestro pobre Bautista… Pero lo más probable es que no lo habría hecho.

—Ninguno de nosotros habría desertado —aseguró Fermín—. Ahora estaríamos jugando lo mismo, junto a la puerta abierta. Sí, lo estoy viendo: nos levantaríamos a cerrarla para evitar que una corriente de aire se nos llevase los naipes…

—Pero la puerta está cerrada —gruñó Manuel—, y yo tengo que salir. Ah, condenados guardias, pasáis el cerrojo, os acostáis y os ponéis a soñar en la última hija de perra que os ha lamido los mocos… Y a los de dentro que los parta un rayo… Pero ¡diablos!, yo tengo que salir…

Dio otros golpes violentos, y no oyendo respuesta alguna, se puso a pasear por el desván, a grandes zancadas, arriba y abajo, con más furia cada vez…

—Vamos, Manuel, aguántate de una vez o haz lo que tengas que hacer en cualquier parte, sin hacerte el remilgado.

—Ea, prosigamos la partida —dijo Manuel, sentándose de nuevo.

Urdax recogió todas las cartas y se puso a barajar. Luego cortó Fermín y el veterano dio cuatro naipes a Valtierra.

—Habrá que dispararle al corazón —dijo Manuel.

Urdax siguió repartiendo los juegos. Fermín, al ver el suyo, dijo:

—¡Qué mala pata!

—Sí, al corazón, conviene que no sufra.

—Tú dices.

—Mus.

—Conforme.

—Dos cartas.

—Me pregunto a veces si se siente algo… si sufre uno…

—¿Dos, verdad?

—Oh, es un momento. Pero hay que darle al corazón.

—Vamos, tres para mí.

—Si hubiera que repetir la descarga…

—Cambio las cuatro.

—Nunca se repite. Para eso está el oficial.

—¿Te sirve este juego?

—Ya lo sé, el tiro de gracia… Pero no ha de resultar muy agradable oír los pasos del oficial con la oreja pegada a la tierra, oír cómo se acerca mientras uno se desangra… uno, dos… uno, dos… sentir el cañón de su arma en la frente y… oh, yo he oído contar algo de eso: hay segundos que parecen una eternidad…

—Una solamente para mí.

—Por eso hay que darle al corazón, despachar rápido.

—Envido ocho.

—Quiero.

—A veces me pregunto qué demonios será la muerte.

—Dos caballos.

—¿La muerte? ¿Qué nos importa? No vamos a morir mañana, sino a matar. Es diferente.

—Tres reyes.

—No, no es diferente. Entre la víctima y el ejecutor debe de haber algo… algo que…

—Vamos, reparto yo.

—¿Qué?

—Participan en el mismo misterio. Debe de haber algo común entre ellos, algo así como un lazo invisible, como un presentimiento compartido, como…

—Corta, Urdax.

—Pero ¿qué te ocurre, Valtierra? Tú no dices nada.

—No, yo no digo nada, es verdad, y por eso me miráis todos como a un pájaro extraño… Yo no sé leer… linda cosa saber leer… soy un ignorante y no siempre comprendo lo que vosotros habláis… Pero, sí, he comprendido algo ahora, habrá que darle al corazón… tú has tenido la idea, Manuel… eres un tío listo, un gran tipo… Puedes gritarle a Bautista mañana, cuando esté a punto de reventar, que le dispararemos al corazón para despacharle rápido, para que no sufra mucho, y puedes decirle también que tú tuviste la idea… Ah, bien, pero Valtierra, el fanfarrón, ¿qué?… Él no dice nada… A mí se me da un cuerno de todo eso, ¿verdad?… Yo dispararé de cualquier forma, a cualquier parte, y luego, terminada la función, me fumaré tranquilamente mi pitillo… Pues bien, enteraos… aunque yo sea un zote… sí, lo sé, lo estáis pensando… yo he comprendido muchas cosas en mi vida, cosas que vosotros no habríais captado ni sentido ni comprendido jamás… y os digo ahora

que a los hombres no sólo les unen los asuntos feos… cuatro balas que silban alrededor o el miedo y la tiritona hasta cagarse en la trinchera o aquel dichoso bautismo de fuego que tanto sale a relucir desde esta mañana… os digo que hay algo más que todo eso, os digo que pueden compartirse otras cosas… cosas buenas, estupendas, que uno recuerda toda la vida… ah, escuchad… un momento de paz en la noche… la canción de una muchacha… un prado verde en primavera…

V

La primavera de 1834 fue una época propicia para los carlistas. Los escasos guerrilleros vascos y navarros que defendían los derechos de Don Carlos desde el otoño anterior se habían convertido, gracias al genio militar de Zumalacárregui, en un ejército temible que amenazaba incluso con la conquista de la capital.

Al principio, unos pocos «guiris» o soldados de la Guardia, ayudados por los voluntarios o «peseteros» —así llamados por el sueldo de una peseta que cobraban diariamente— y por los carabineros o «negros» —por el color de su uniforme— bastaban para mantener a la «facción» en un estado de interinidad o vida latente que no inspiraba, por cierto, excesivos recelos ni temor.

Pero Zumalacárregui dio la vuelta a la situación. Bajo sus órdenes, aquellos bravos guerrilleros de Vasconia, convenientemente organizados, equipados lo mejor que las circunstancias permitían y con una fuerte moral de victoria, hacían morder la tierra a guiris, peseteros y negros y se disponían a conquistar para Carlos V la Meseta y el Trono de Madrid.

Después de la victoria de los carlistas en Alsasua sobre una división que mandaba el propio Quesada, general en jefe del ejército cristino, hubo fiesta y doble ración de vino en el campo de los carlistas. Incluso se concedió un breve permiso a los soldados que más se habían distinguido en aquella acción.

Comenzaba mayo, el tiempo era espléndido y Bautista Lecumberri se sentía feliz. Se acercó a un grupo de compañeros que estaban fumando en corro y les dijo:

—Cuarenta y ocho horas libres, muchachos. Si queréis aprovecharlas, venid conmigo.

Había en el grupo un mocetón alto, fornido y gallardo como el que más. Todos le querían y respetaban, pese a haber advertido dos cosas: primera, que fanfarroneaba en exceso: segunda, que no llevaba nunca las cuentas cuando jugaba al mus, ni escribía cartas ni las leía, caso de recibirlas alguna vez.

A este bendito bravucón se dirigió entonces Bautista y le dijo:

—Anda, convénceles, defiende mi causa.

—¡Todos con Bautista! —fue el único argumento que supo esgrimir el improvisado abogado.

Pero lo esgrimió con tanto entusiasmo que todos, riendo, se dieron inmediatamente por vencidos.

—Os llevaré con mi padrino —dijo Bautista—. Un hombre estupendo a quien os gustará conocer.

—Oh, ah, un padrino… —exclamaron los otros con desencanto.

—Vive en el monte, ¿sabéis?… en una casa tan grande que cabrían en ella tres escuadrones guiris de caballería, incluidos los caballos y la mula del coronel…

—Ah, bueno…

—Y está casado con una mujer tan gorda… sí… tan gorda, que después de la noche de bodas hubo necesidad de encargar para ella una cama especial sin muelles y con travesaños tan grandes y macizos como los robles de Peña Gorbea.

—Bien, pero…

—Ah, se me olvidaba —añadió el picarón—. Tiene también tres hijas… tres hijas jóvenes, solteras y no feuchas del todo…

—Tres hijas, tres, ¿habéis oído?

—Caramba, debe de ser simpático ese padrino…

—Ah, ah, estoy pensando que me gustaría conocerle…

—Un momento —gritó el Bravucón, afectando una cómica seriedad—. Habrá que acicalarse si hemos de besar dentro de poco unos pálidos y perfumados dedos de mujer…

Todos le miraron y se rieron al advertir que a su camisa le faltaban media manga derecha, la izquierda completa y varios botones, no ofreciendo sus pantalones aspecto mucho mejor, desgastados como estaban a nivel de las rodillas y zurcidos por detrás.

—Esto lo arreglo yo en seguida —masculló.

Se fue a ver al capitán de su compañía y le dijo:

—Necesito una camisa, mi capitán.

—No hay camisas.

—Unos pantalones, por lo menos.

—Lo siento.

—Pero, mire.

—Ya veo.

—¿Entonces?

—Usted verá…

El Bravucón, mohíno y pensativo, dio media vuelta, pasó sin decir palabra por el lado de sus compañeros y se metió furtivamente en un vasto y sombrío campo en donde algunos campesinos iban dando tierra, en silencio, a las numerosas víctimas de la reciente batalla.

Diez minutos después, rebosante de satisfacción, casi irreconocible, pavoneándose en el interior de una casaca de guiris, con su correaje cruzado y sus botas relucientes, se presentó de nuevo al capitán:

—¿Eh? ¿Qué tal?

El capitán, de momento, no dijo una palabra. Estaría pensando qué diablos gruñir. Pero no gruñó nada. Soltó una carcajada y dijo:

—Hueles a muerto, condenado.

Todos le rodearon entonces, riendo, saltando, chillándole a la cara:

—Hueles a muerto.

—Hueles a muerto.

—Hueles a muerto.

—¡Ay, qué guapo te has puesto, amor mío, qué guapo! —dijo Bautista, remedando burdamente la voz y los ademanes de una doncella.

—Hala, hala, todos al monte…

Pero al monte no fueron más que cuatro: el Bravucón, Bautista y dos veteranos del mismo Batallón de Guías.

La casa solariega del padrino, según explicaba Bautista, distaba como legua y media de Alsasua, de modo que podrían llegar a ella mucho antes del mediodía. Estaba situada en el mismo límite de tres provincias, Navarra, Álava y Guipúzcoa, y era una casa solitaria, grande y soleada.

—La guerra no ha llegado aún hasta ella —contaba Bautista.

Mucho antes del mediodía llegaron a la casa, pero allí no había nadie.

—Claro, es domingo y se han ido a misa —dijo Bautista—. Bajaremos al pueblo.

Explicó que el pequeño villorrio vasco no estaba muy lejos y que él había vivido varios meses allí, por lo que todos, en el pueblo, le conocían y estimaban. Dijo también que era un pueblecito corriente, como la mayoría de los del Norte de España, con una plaza Mayor casi siempre limpia y una iglesia repleta de flores en el mes de mayo.

En el momento de llegar los soldados, salían los parientes de misa.

—¡Padrino!

—¡Bautista, hijo mío!

Hubo abrazos y besos y hasta un asomo de lágrimas. Los aldeanos se detenían y hacían círculo en derredor, con los ojos llenos de pasmo y las bocas repletas de saliva.

La mujer gorda del padrino no hacía más que chillar y abrazar y estrujar y repetir:

—¡Pobrecicos míos! ¡Hijos de mi alma!

—Vienen de la guerra —decía la gente.

—De la guerra, ¿sabes, tú?

—Ah, de la guerra…

Y las tres hijas solteras del padrino, que no eran realmente «feuchas del todo» y tampoco viejas, ni mucho menos, pero no tan hermosas como la desbocada imaginación de alguno había previsto, miraban a los héroes y suspiraban.

—Bueno, las hay más feas —masculló en voz baja, consolándose, el Bravucón.

Un jovencito agarró a Bautista de la mano y se lo llevó consigo al centro de la plaza.

—Ven, Bautista, ven a bailar…

—Eh, eh, yo también quiero bailar —dijo el Bravucón.

—¿Cómo? ¿Sabes tú bailar el zortzico?

—Yo bailo todo, ¿cómo no?

Los otros dos soldados conversaban entre tanto con la voluminosa mujer del padrino, que les estaba mirando sus estropeadas y mugrientas camisas, pensando acaso cómo haría para

lavárselas y coserlas sin pasar por indiscreta o entrometida.

Alguien gritó:

—¡Ya vienen los músicos!

Aparecieron entonces dos extraños personajes; el uno cojo, jorobado el otro. Andaban muy despacio, el cojo delante, el jorobado detrás, y no hablaban ni miraban a nadie.

—¡Aúpa, aúpa! —gritaban los chavales.

El jorobado traía un pífano y un tamboril. El cojo traía un tamboril y un pífano. El cielo estaba sereno y soplaba una brisa templada. La plaza era un cuadrilátero irregular, con arcadas en los cuatro lados, interrumpidos tres de ellos por sendas calles afluentes. Las casas eran grises y casi todas ostentaban, sobre la puerta, el escudo del propietario, esculpido en relieve.

—Mira —dijo Bautista—. Ahora se sentarán en los soportales. Eso es lo que ocurre todos los domingos en los pueblos vascos. Es bonito, ya verás. Los músicos tocan. Los chicos bailan. Los perros ladran… En este momento, ¡están todos tan contentos!…

El jorobado, con un palillo que sostenía con la diestra, dio un golpe suave al tamboril, el cual colgaba de su brazo izquierdo, y luego, con la mano libre, se llevó el pífano a los labios. El cojo hizo lo mismo y un perro se puso a ladrar.

—¡Venga!

Ocho guapos mozos, con sus boinas blancas, azules y rojas, se cogieron entonces de la mano y formando una cadena flexible y retozona, como una enorme sierpe de colorines, dieron varias vueltas a la plaza. El Bravucón —¿cómo no?— iba en primer lugar, remedando a un brigadier al frente de sus bravos e invictos jinetes… No se habría detenido jamás, tanto le gustaba la exhibición, si el segundo de la hilera no le hubiese tirado de la canana, indicándole descanso.

La cadena, pues, se detuvo, y Bautista, que era el penúltimo, salió de la fila y se reunió con el que ocupaba el segundo lugar, que también había avanzado unos pasos. Ambos se fueron entonces hacia el Bravucón y le preguntaron:

—¿Cuál es tu pareja?

—La mayor del padrino, ¿verdad? —dijo Bautista rápidamente, en voz baja.

—Bueno —dijo el Bravucón—, pero ¿qué debo hacer?

—Ya lo verás.

Bautista y su compañero fueron a buscar a la hija mayor del padrino, que era una moza aún joven, frescachona y rolliza, y se la llevaron al Bravucón.

Ella, de pie frente al bizarro mozo, ligeramente turbada, ladeó un poco la cabeza y enarcó las cejas como si esperase algo.

Todos les miraban, y el cojo y el jorobado dale que dale al tamboril.

El bizarro mozo se rascó en la cabeza un poco amoscado, pues iba comprendiendo, por lo visto, que bailar un zortzico era algo más difícil que dar seis vueltas a la plaza al frente de su escuadrón.

—Anda, baila —le animó la muchacha.

—Ea —dijo el Bravucón.

Se puso a dar saltos y a hacer extraños gestos y cabriolas en torno de la moza. Los golpes que daban en el empedrado las botas del guiris sonaban como lúgubres campanas sumergidas; sobre los hombros del usurpador, saltaba la casaca de un modo siniestro.

La señora gorda del padrino se desternillaba de risa y hasta Bautista y los otros danzarines soltaron la carcajada. Todos celebraban con grande alborozo aquel modo nuevo, tan extravagante y gracioso, de interpretar su zortzico.

Sólo la hija mayor del padrino estaba seria, con su cabeza ladeada y sus grandes ojos llenos de dulzura.

Por la frente del danzarín empezaba a resbalar el sudor.

Su pareja le dijo entonces, con una complacencia y ternura infinitas:

—Lo has hecho muy bien. Toma.

Y le dio su pañuelo.

—Ahora descansa.

El danzarín se acercó el pañuelo a la cara, dando a todos la impresión, por un momento, de que iba a secarse con él; pero comprendió a tiempo, seguramente, que esto no sería muy bien visto; y corrigiendo el gesto en lo posible, fingió besar con unción la prenda de su dama.

La hija mayor del padrino bajó los ojos y enrojeció.

Todos los mozos de la cadena bailaron sucesivamente un solo agotador frente a la dama de sus pensamientos; y luego, todos juntos, cada cual con su pareja, trenzaron una airosa danza

colectiva, mientras el pífano y el tamboril del cojo, el tamboril y el pífano del jorobado iban desgranando al compás del cinco por ocho un canto de alabanza rústico y brioso a la vida…

Terminado el baile, el padrino, su señora, sus tres hijas y los cuatro huéspedes regresaron a la casa.

Mientras las mujeres terminaban de preparar la comida, el padrino enseñó a los mozos todo el caserío con sus establos y corrales, repletos de animales, y buena parte de las tierras, en las que se cultivaban trigo candeal y redondillo, maíz, patatas, remolacha y unos manzanos de calidad excepcional.

Decía el padrino:

—Yo combatí en la guerra de la Independencia, muchachos. Entonces les dimos fuerte a los gabachos. ¡Ay, qué tiempos aquéllos! Ahora es diferente: manteca, todo manteca. Apuesto a que no les dais una paliza tan fuerte a esos condenados peseteros…

—Sí que les damos, caray, que lo diga éste.

Comieron en la cocina, sentados en torno de una mesa muy larga y estrecha, sumergida toda en el sol. En la enorme chimenea crepitaba todavía un poco de fuego y por las paredes pendían cazos, ristras de ajos y algunas matas de tomillo. Olía la cocina a pino recientemente cortado, a gente joven y sana, a borona, a bacalao, a cordero asado…

Las chicas, arremangadas, iban de un lado para otro, servían la comida y se reían de vez en cuando, mostrando unos dientes blanquísimos y unos paladares rosados. Ah, también a ellas les gustaba el chacolí…

El Bravucón contaba:

—Yo soy de la Ribera, ¿saben? Por eso no bailo muy bien el zortzico ni hablo vuestro chau chau… Mi padre tiene tantas tierras, que sólo recorrerlas como de pasada le llevaría la mitad de su vida… Ah, pero lo que a mí me gusta es la guerra… Una vez, yendo solo y desarmado, me encontré rodeado por más de una docena de «urbanos»… Pues, ¿qué pensarán que les dije?…

—¿Qué les dijo usted? —preguntó muy asustada la mayor de las tres hermanas.

—Dije: «Viva Carlos quinto» y me lié a patadas con ellos. Tumbé sólo a siete porque los demás se largaron…

—¡Qué hombre, Señor, qué hombre!

—¡Y un uniforme tan lindo!

—¡Y un padre tan rico!

—Ay…

Después de comer, salieron todos al ejido. Los dos veteranos, cambiando entre sí furibundas miradas, empezaron a hacer ojitos a la hermana segunda, la cual se veía y deseaba para no mostrarle más atenciones al uno que al otro. La señora gorda no hacía más que mirar con una pena enorme las tres camisas mugrientas, y el padrino, mientras tanto, seguía maravillándose y haciéndose cruces de que hubiese crecido tanto el ahijado y fuese ya casi tan buen mozo como él, aunque no tan valiente como el padrino, desde luego, porque él en la guerra de los franceses…

En el crepúsculo, la hija menor, que era muy jovencita y no muy habladora, sino retraída y tímida, se puso a cantar con mucha melancolía una vieja canción del país, que relataba las penas de amor de un gran señor vasco preso en San Sebastián.

A Bautista, en aquel momento, se le humedecieron los ojos.

Cuando llegó la hora de acostarse, los mozos se despidieron de la familia.

El padrino insistió para que se quedaran, pero ellos no cedieron.

—¿Dormiréis al raso, hijos míos? —preguntó la madre.

—Bueno, sí; déjenos el gozo de esta noche tan hermosa, señora.

—Entonces… ¿no os quitaréis las camisas?

—Oh, no; ¿para qué vamos a quitarnos las camisas?

Un momento antes de que partieran, la hermana mayor, toda ruborizada, se acercó al Bravucón y le dijo al oído:

—Oye, no sé todavía cómo te llamas.

—Ay, es verdad —y se cuadró—. Valtierra, para servirte. Un hidalgo español —y se inclinó—. Tu devoto servidor —y volvió a erguirse—. Tu más humilde criado.

—Yo me llamo Begoña, no lo olvides.

—No lo olvidaré.

—¡Adiós!

—¡Adiós!

En el prado habían florecido ya los acónitos y las celidonias, las milenramas y las margaritas, los pensamientos silvestres, las prímulas, las malvas… El prado estaba limpio y perfumado aquella noche. La luna, redonda y blanca como una perla, esparcía una luz

purísima por doquier.

Los cuatro hombres se tendieron y Bautista dijo:

—Ah, qué noche.

Los dos veteranos se durmieron en seguida, dispuestos a soñar, seguramente, que se mataban el uno al otro y se llevaban luego a la chica a una isla desconocida, llena de palmeras y micos.

Bautista, sentado en la hierba, entornados los ojos, cruzados los brazos sobre las rodillas, se puso a silbar entonces aquella canción que había cantado por la tarde, con tanta nostalgia, la hija menor del padrino. Valtierra, mientras tanto, miraba al cielo sin decir palabra.

De pronto, se interrumpió Bautista y dijo en voz baja, sin dirigirse concretamente a nadie, más bien como si hablara consigo mismo:

—Ya ves, estoy silbando una canción triste y yo me siento, sin embargo, alegre… ¡me siento tan alegre!… ¿Será verdad que los que están tristes vocean y se ríen de continuo?… Ah, hoy he sido realmente feliz… Y el permiso seguirá mañana… Otras veinticuatro horas, Señor… Sí, son necesarios los peligros, el miedo, la soledad, para que le concedamos todo su valor a un hogar encendido, a la canción de una muchacha, a un vaso de chacolí… Es extraño, yo mismo no lo comprendo, pero es realmente así, y yo me siento feliz ahora… Y por lo mismo… Dios mío, ¿por qué pensaré esto?… pienso que sería terrible morirse en este momento, joven y fuerte, siendo la vida tan bella, habiendo tan bellas cosas en la vida… aquella canción, aquella chiquilla… Dios mío, es bello vivir… Incluso la guerra es buena, porque en ella caben el permiso, el padrino, un poco de chacolí… Ah, no deberíamos morir ahora, no dejes que muramos, Señor… Hay tantas cosas… hay…

—Espera —dijo entonces Valtierra, levantándose—. ¿Por qué dices esto?… Yo estaba pensando lo mismo, ¿sabes? Antes de que tú lo dijeras… aquí… aquí mismo… yo he pensado las mismas cosas y…

Pero a Bautista no debían de interesarle mucho estas coincidencias. Se tendió por completo, cerró los ojos y se puso a silbar de nuevo, quedamente, suavemente, la vieja y triste canción del prisionero vasco.

VI

—¿Sabéis dónde han encerrado a Bautista? —preguntó, mientras guardaba la baraja, José Urdax.

—Bah, ¿qué nos importa esto? Deja en paz a Bautista —replicó Manuel.

—Muy bien, no lo sabéis: apuesto a que os agradaría saberlo.

—Bueno, yo lo sé. Sé dónde le han metido y esto me tiene sin cuidado. Cambiemos de conversación o juguemos otra partida. Olvidemos de una vez a Bautista.

—¿Te tiene sin cuidado, Manuel? ¿No te importa que Bautista oiga tus pisadas toda la noche y te reconozca desde abajo por tu modo de andar?

—Sí, claro que me importa. Sé dónde está Bautista y que me puede oír, naturalmente. Pero debemos alejar este pensamiento. De lo contrario, acabaremos todos conteniéndonos hasta la respiración y entonces…

—¿Cómo? ¿También está Bautista en esta casa?

—Todos encerrados en la misma ratonera, Fermín. Una bonita trampa con tres compartimentos. En ella hemos caído todos: el piquete, el reo y el juez.

—¿También el Tío? ¿También él está aquí?

—¿No lo sabíais? Desde que entró el ejército en la Burunda, vive Zumalacárregui en esta casa. Al principio quiso instalar su cuartel general en otra parte para evitar molestias a la viuda, pero no encontró otra casa adecuada en todo el valle y hubo que dejar de lado a la galantería.

—Es natural, después de todo, que nos alojemos bajo el mismo techo —dijo Valtierra—. Mañana actuaremos todos en la misma función.

—Que, además, se celebrará aquí mismo —explicó José Urdax— justamente en donde tuvo lugar, hace unos meses, otra ejecución sonada…

—Una explanada a propósito —comentó Fermín—. Estoy viendo la escena. Las compañías formando en cuadro… el Tío en la ventana… Bautista junto al muro, blanco como el papel, tieso como un roble… y nosotros, nuestro lindo piquete, en medio de todos…

—No hago más que preguntarme si él lo sabe, si sabe que estamos aquí, con los fusiles y la baraja, esperando a que amanezca…

—¿Qué importa que lo sepa o no lo sepa ahora? Cuando amanezca y salgamos de la casa, lo sabrá de todos modos.

—No podrá vernos, le vendarán los ojos.

—Bautista tiene agallas, no permitirá que le venden los ojos.

—Si nos mira en el último momento…

—Nos mirará, no lo dudéis.

—Hay una solución: no mirarle a él; no mirarle, por lo menos, mientras no sea necesario; y cuando lo sea, no mirarle a la cara, sino sólo al uniforme…

—Me pregunto qué estará pensando ahora.

—Piensa, seguramente, en todo lo que le quedó por hacer en la vida. Casarse, echar hijos al mundo, ganar dinero, tener buenos amigos, disfrutar de la paz.

—¡La paz! —exclamó el francés, soltando el libro que había estado leyendo hasta entonces—. ¿Tendréis paz en España alguna vez?… Pero me gustaría saber una cosa: ¿contra quién lucháis vosotros, ahora?

—No te entiendo. ¿Qué quieres decir? —preguntó José Urdax.

—Me he planteado a menudo esta cuestión: ¿se lucha siempre por algo o se lucha contra algo? ¿Cuál es el verdadero motivo de las guerras? ¿Es el amor hacia una persona, hacia una idea, o por el contrario, el odio o temor hacia otras personas o ideas? Veamos. Vosotros, por ejemplo, ¿lucháis por algo o lucháis contra algo?

—Esta cuestión no me interesa en absoluto —respondió Manuel — pero si quieres saber mi opinión, te la voy a dar gratuitamente: en la guerra importan mucho más el odio y el miedo que el amor. El amor, aquí, no cuenta gran cosa.

—Entonces, ¿contra qué lucháis vosotros? Vine a esta guerra por

un simple afán de aventuras. No sé nada de ella. Vamos, decidme cuál es el blanco de vuestras iras.

Terció José Urdax y dijo con una precisión absoluta:

—La Constitución, la democracia, la libertad para el mal, el progreso materialista.

—Ah, perfectamente, la Constitución, la democracia, la libertad para el mal, el progreso materialista. Muy bien. Debo confesaros ahora que tengo sueño. Voy a tenderme en el heno… En cuanto a éste —y señaló al sexto hombre, que seguía durmiendo— espero que no se sentirá ofendido si me acuesto a su lado. Pero ¿quién es?, ¿cómo se llama?

—Justo Sánchez —contestó Fermín—. Éste nunca ha hablado demasiado, pero desde hace unas horas ha enmudecido por completo.

—¿Enmudecido? ¿Por qué?

Todos se encogieron de hombros y el francés se sentó en el heno.

—¿Qué hora será? —preguntó Manuel.

—Medianoche, más o menos —dijo Valtierra.

—Ah, bien… la Constitución, la democracia, la libertad… —susurró lentamente, como hablando consigo mismo, el francés—. Gigantes, n'est ce pas?… géants…

—¿Gigantes? ¿Qué está diciendo? ¿Qué quiere decir?

—Mais, oui —dijo, tendiéndose— gigantes… cobardes y viles criaturas… moviendo más brazos que el propio Briareo…

—Sueña en voz alta —dijo Fermín.

El francés se calló finalmente. Los otros cuatro, sentados en torno de la mesa, permanecieron mucho tiempo en la misma actitud, inmóviles y silenciosos, como si sintieran la proximidad, casi la presencia real de su amigo Bautista. Vega, Altaír y Deneb seguían brillando al otro lado de la claraboya, mientras el aire, dentro, iba enrareciéndose progresivamente.

Manuel pidió entonces:

—Vamos, decídmelo si lo sabéis. ¿Por qué sacó Bautista la bola roja? ¿Por qué? Yo no creo en el azar. Dadme otra respuesta. ¿Por qué hemos sacado luego cada uno de nosotros, yo, por ejemplo, una bola negra? ¿Por qué hemos de dispararle mañana a Bautista?…

Nadie le respondía. Le miraban todos fijamente, entre asombrados y divertidos.

—No decís nada, no lo sabéis… Pues bien, yo sí lo sé. Ha ocurrido todo esto porque alguien… bueno, uno de nosotros, ya no importa que se sepa… uno de nosotros lo había deseado antes… Vosotros sois soldados, podéis comprenderme… En la guerra se nos enseña a odiar. Hay que odiar a los guiris, a los peseteros, a la Constitución, a la Regente, a su hija, esa niña inocente de Madrid… Y este odio se desborda a veces, sale de su cauce, puede caer sobre alguno de nuestros compañeros… Pues bien, esto me ocurrió a mí no hace mucho tiempo: odié entonces a Bautista, deseé su muerte, le amenacé incluso públicamente… tenéis que saberlo, lo saben casi todos en el batallón… Pero ahora… Dios mío, qué extraños somos los hombres… ahora, a punto de hacerse realidad ese cochino deseo… yo quisiera morirme antes que hacerle el menor daño a Bautista…

—Oh, Manuel, qué ingenuo eres. No nos está ocurriendo todo esto sólo porque tú lo hayas pensado o deseado alguna vez. Es éste un juego mucho más complicado y ha empezado mucho antes de que tú conocieras a Bautista… ¿Que por qué ha ocurrido esto?, preguntas. Sencillamente, porque estaba escrito, porque había de suceder.

—Está bien, tú piensas en el destino, Urdax; pero yo no puedo consolarme con este pensamiento. Yo le dije a Bautista, y me sentía libre para decírselo o para quedarme callado, le dije: «te coseré el cuerpo a balazos». Le dije esto, y no estando los dos solos, sino entre la gente, en voz alta, para que todos se enteraran, para que la amenaza quedara viva entre nosotros, siempre viva, aunque uno de los dos la olvidara… Yo la olvidé, podéis creerme; pasó, por lo menos, el furor que la había dictado, y yo, sin embargo, nunca, nunca… Ah, yo era libre para hacerlo o para dejar de hacerlo… pues bien, nunca me acerqué a Bautista para decirle delante de todos: «ea, Bautista, ya pasó esa estúpida historia, hagamos borrón y empecemos otra cuenta»… Y Bautista me miraba a veces… yo le veía mirarme y descubría en su mirada toda la desconfianza que cabe en un hombre… me miraba con recelo y con asco, como si pensara: vamos, el tipejo ése, el que ha de meterte una bala en el cuerpo… No, yo no puedo consolarme ahora como vosotros, no puedo salir mañana a la explanada y dejar que Bautista me siga mirando con el recelo y el asco de siempre… Todos hemos sido sus

compañeros, es verdad; ninguno tiene el menor derecho a dispararle ahora… pero yo menos, mucho menos que nadie… Si yo formo mañana en el piquete, si apunto a Bautista, si le meto esa bala en el cuerpo… creedme, por los clavos de Cristo… si yo hago esto, seré el más vil y despreciable de los hombres.

—Pero, vamos a ver, Manuel, ¿qué diablos ocurrió entre tú y Bautista?

VII

COMENZABA el verano de 1834 cuando en la jefatura suprema del ejército cristino el fracasado Quesada fue substituido por Rodil.

El nombramiento de este último, famoso por sus anteriores campañas en Sudamérica y Portugal, y el avituallamiento y envío a Navarra de un ejército de más de diez mil hombres, revelaban la creciente preocupación y temor que inspiraban en Madrid los continuos éxitos de Zumalacárregui.

En el bando carlista, la llegada del Pretendiente —Carlos V ya, para la mayoría de los vascos y navarros— había afianzado, a su vez, la confianza en la victoria, mientras que Zumalacárregui, cada día más seguro de sí mismo y de sus hombres, parecía haber llegado a la madurez de su genio militar.

El final de la guerra no aparecía, pues, para nadie, como un hecho inminente y de signo previsible, sino, por el contrario, como una eventualidad más lejana e incierta cada vez.

Rodil, una vez barrido de carlistas el Baztán, extenso valle en donde aquéllos se preparaban y organizaban, emprendió la persecución del Pretendiente, pensando con indiscutible lógica que el cuerpo no subsistiría sin cabeza. Carlos V se separó entonces de Zumalacárregui, y éste, al frente de una tropa dotada de asombrosa movilidad, empezó a hostigar a la retaguardia del ejército perseguidor.

De este modo, carlistas y cristinos, como montados en un fantástico tiovivo, no hacían más que dar vueltas y más vueltas por el sacrificado país vasco-navarro.

La guerra estaba adquiriendo, al propio tiempo, unos caracteres nunca vistos de ferocidad y ensañamiento. También en este orden parecían dar vueltas sus hombres, aunque aquí, en un círculo

vicioso más amplio cada vez, pues a cualquier exceso injustificado de unos, respondían los otros con una represalia mayor, y a ésta contestaban los primeros con inhumanos y hoy inconcebibles desquites.

No se practicaba el canje de prisioneros, siendo éstos, aun altos jefes o aristócratas, fusilados sin excepción. Tampoco el elemento civil —ni siquiera mujeres y niños— estaban inmunes a los furores vengativos de los contendientes.

Hasta mucho tiempo después, y gracias al tacto, excelente voluntad y talento de un prócer inglés, Lord Elliot, no consiguieron las potencias extranjeras interesadas en ello —Francia e Inglaterra sobre todo—, suavizar el rigor de aquella guerra fratricida y brutal.

Una madrugada de julio, en este verano de 1834, avanzaba hacia una aldea guipuzcoana de la costa un destacamento carlista formado por unos veinticinco soldados y un sargento joven, grueso e hirsuto.

Era una mañana hermosa, con el cielo totalmente despejado, fenómeno más bien raro en el país, y un airecillo fresco que olía a pinos, según soplaba del sur, y a arena mojada, a flora marina, según lo hacía del norte.

El sargento, que marchaba a la cabeza, dijo de pronto:

—Un momento, eh.

Se detuvo, se inclinó un poco hacia adelante y soltó una ventosidad.

—Cuarenta y cuatro —susurró uno de los soldados.

—Perdone, mi sargento —dijo uno que andaba muy cerca del suboficial—, yo creo que esto no es natural.

—¿Qué no es natural?

—Que necesite usted hacer eso tan a menudo, mi sargento. Yo, de usted, consultaría a un médico.

—Bah, no se preocupe usted, sargento —terció otro que se las daba de entendido en todas las cuestiones graves—. Esto no es ninguna enfermedad. No es más que un hábito malo que una vez tomado ya no se puede dejar. Uno no se aguanta de pequeño y luego… átales corto a los condenados…

El sargento se puso más rojo que de costumbre y contestó:

—Vaya con los remilgados estus. A ver si os dejáis de fijar ustedes en lo que yo hago u deju de hacer. ¡No sabré yo lo que me

conviene, ridiez! Pues habéis de enterarse ustedes que esto que yo hago es una costumbre muy santa de mi tierra, lo cual se tiene allí por una cosa muy saludable y natural, y yo sus digo que mi bisabuelo por línea de padre, que la Gloria haya, ventoseaba todo el día y lo mesmo hacía por la noche y llegó muy majo a los noventa y cinco, para que us enteréis, y mi abuelo, que tampoco es mancu en eso de echar afuera los vientos u lo que sea del enterior de uno, que allí se llama echar pedos por más señas y dicho sea con perdón, ya ha llegado a los ochenta y enjamás ha ido a la botica ni ha llamado a un físico para que le chupe la sangre ni le suelte latinazos de esus que maldito para que le sirven a uno.

—Eh, mire, el Cantábrico —dijo entonces un soldado muy joven, con los ojos llenos de luz.

Habían llegado a la cima de un altozano desde el cual podía divisarse una ancha franja horizontal de añil desleído. El sol, que asomaba por la derecha y comenzaba a lamer las copas de los pinos más altos, encendía en la tranquila superficie del mar chispitas blancas, diminutas, como luciérnagas fugaces en un inmenso prado azul.

—¡Qué bonito es el mar! —comentó alguien.

—Sí, bonitu… bonitu… pero ir tranquilo con la chavala d'uno y bañarse dambos, que no así…

—¿No le gusta ese trabajo, sargento?

—Hombre, como desagradar, desagradar, no me desagrada… Pero me huelo que no le encontraremos a ese bichu…

—Sí que le encontraremos, sargento. Rodeando el pueblo no se nos puede escapar.

—Yo conozco a este cerdo —comentó otro— y tendré mucho gusto en cantarle cuatro palabritas mientras le llevamos al Tío.

—Pues yo os digo que si luego le espinchan, me alegraré mucho y me beberé un trago en honor suyo y en el de todos los demonios que vayan a recibirle.

—¡Cochino chivato! ¡Pues no faltó poco para que atraparan al rey por su culpa!

—Brrr… uuu… uut —hizo el sargento.

—Cuarenta y cinco —dijo el que llevaba la cuenta.

—Si nos cogen al rey, quedamos apañados.

—El Tío no se habría rendido.

—Quién sabe.

—Todos en ese pueblo son liberales. Ya verá usted qué recibimiento nos hacen, mi sargento.

—Esto no es la montaña, ya lo verá usted.

—Bueno, lo que veo es que les tenéis un poco de tirria a los marineros, ridiez.

—¡Cómo si se merecieran otra cosa!

—Pero ¿es seguro que ya se ha ido Rodil?

—Ahí no queda un guiris, muchachos: el Tío recibió informes seguros.

—Conque ha llegado la nuestra y ya se puede ir preparando ese gran puerco de la vara.

—Ya aprenderá ya que ni del rey ni de Zumalacárregui se ríe naide.

—Chitón, el pueblo —advirtió uno que se había adelantado.

El pueblo estaba tendido a sus pies, blanco, pequeño, callado, como una gaviota muerta junto al mar.

El sargento, al verlo, le saludó con una salva de aquellas suyas tan solemnes y decisivas, que estallaban por detrás.

—Venga, cuatro voluntarios que se queden ahí mesmo. Otros cuatro que sigan por la derecha… Vosotros, los tres, iréis por la izquierda… Estos cinco darán un rodeo y sus quedaréis en la playa… Ya sabéis todos la consigna: nadie entrará ni saldrá del pueblo mientras estoy yo dentru… Anda, Manuel, y ustedes, los restantes todos, venid conmigo; entraremos en el pueblo por la puerta grande, y ay del bichu si nos planta cara.

—Ea.

Con las bayonetas caladas y los fusiles horizontales, el sargento y unos diez soldados se internaron por una calle ancha, recta, sin empedrar, que se inclinaba en suave pendiente hacia el mar y estaba bordeada por dos hileras de casas blanquísimas, de una sola planta, con todas las puertas y ventanas cerradas.

—¿Dónde andará la gente, eh ustedes, dónde andará?

—Ya le dije que nos harían un recibimiento triunfal, mi sargento.

Llegaron a una plazuela en la que había la iglesia y seis o siete casas más grandes y altas que las precedentes y en las que tampoco se advertía señal alguna de vida.

—Éste es el ayuntamiento —dijo un soldado al sargento, señalando un edificio vetusto que llenaba por entero uno de los lados de la plaza.

El sargento empujó la puerta principal sin resultado.

—¡El bichu ése!

—Pero el alcalde no vive aquí, mi sargento —explicó otro—. Es allí donde vive. —Y señaló una casa en el otro extremo de la plaza.

El sargento fue hacia ella y golpeó con el picaporte hasta que alguien se asomó en una de las ventanas más altas.

—¡El alcalde! ¡Que salga en seguida!

—No está aquí —dijo la vieja que se había asomado.

—Vamos, no me la creo, so vieja, así que abre usted y ya lo veremos nosotros si está o no ese guarro.

La vieja cerró de golpe la ventana. Pasó un buen rato sin que la puerta se abriera.

—¡Condenada! —masculló el sargento, al verse burlado—. Sal o echaremos la casa abajo —soltó otra salva de ritual, que sonó como una blasfemia en el corazón blanco y silencioso del pueblo—. Sal o disparo a la ventana… Ea, ya basta, disparad ustedes a la ventana. ¡A todas las ventanas de la plaza!

Los diez o doce hombres que rodeaban al suboficial y ocupaban el centro de la plaza, sin separarse unos de otros, hombro contra hombro, formaron una estrella con sus fusiles y dispararon todos, al mismo tiempo, contra las ventanas. Hubo un estrépito de cristales y luego, apenas perceptibles, algunos chillidos y sollozos.

—¡Salgan todos o prendo fuego a las casas!

Algunas puertas chirriaron. Poco a poco, fueron saliendo unas mujerucas pálidas, desgreñadas, cubiertas con pañolones negros, a las que seguían, medio ocultándose en sus faldas, unos chaveas de poca edad.

—Vamos, usted, la vieja condenada, abra usted también —chillaba el sargento al pie de la ventana del alcalde—. Abra o rompo la puerta.

—Rómpela si puedes, so feo —se oyó que decía dentro aquella mujer de los demonios.

—Que salgan también los hombres —gritó un soldado—. ¿O es que se están cagando de puro miedo?

Una mujer se adelantó dos pasos y dijo sin mirar a nadie:

—Los hombres están en el mar.

—El alcalde también, ¿verdad? Pues ahora lo veremos. Venid ustedes; tú también, Manuel. Hay que derribar esta puerta.

Derribaron con los fusiles la frágil puerta del alcalde, y el sargento, seguido por algunos soldados, se aventuró en la casa.

Salieron a poco, empujando a la vieja:

—Anda, dilo, condenada, dilo usted dónde le has escondido.

—No está en el pueblo, Dios mío; se ha ido yo no sé dónde, qué voy a saber, la pobre, sin meterse una con nadie, ay Dios, qué gatuperio; pero qué he hecho yo trabajar toda la vida como una mula, taparme los oídos y no meterme nunca con nadie, ay, y ahora la cogen a una la pobre y venga a tirarle de la lengua como si yo supiera nada y a ver qué voy a saber yo la pobre sin meterme…

—¡Basta! —bramó el sargento—. Tus vecinas nos dirán dónde se ha escondido ese chivato. Andá, decidlo ustedes o sus meto una bala en el cuerpo a cada una.

Las mujeres no respondieron nada.

—Todas junto a la iglesia, rápido —ordenó el sargento.

Los soldados las empujaron.

—Ahora quietas todas y que no se mueva naide, porque a la que se mueva la despacho antes de que diga amén.

—A ver, ¿dónde está el alcalde? —pidió a gritos un soldado.

Las mujeres continuaron calladas.

—Está bien, perras; sus voy a dar una lección. Eh, gente. Echad todos los muebles a la calle; haremos una gran fogata y ellas arderán en medio.

Las mujeres, apretadas unas contra otras, acorraladas entre la pared de la iglesia, un par de bayonetas caladas y la mole roja y vociferante del sargento, contemplaban los preparativos de la función sin atreverse a mover un dedo ni a chistar.

Empezaron a volar sus enseres y a estrellarse contra el suelo. Saltaban desde las ventanas más altas sillas, colchones, gallineros, mesas, cazos, cubos, espejos, armarios, zapatos, azadones y otros muchos útiles por el estilo.

Una de las mujeres, casi desfallecida, sollozó:

—¡Toda una vida, Señor, toda una vida!

La que estaba a su lado, que era una moza alta, morena, muy hermosa, salió entonces de la fila e increpó al sargento:

—¡Cobarde! Yo no cumplo tus órdenes, sabes, no las cumplo, mira, me cago en tus órdenes. Me vuelvo a mi casa y te digo que no me tocaréis un pelo de la cabeza ni una silla que me pertenezca, eso es lo que te digo, hala, y además, para que conozcas a las vascas… toma… para que te enteres… toma… y toma…

Chasqueando la lengua, le propinó tres bofetadas.

Las otras mujeres, al ver esto, soltaron un rugido belicoso, que sonó a poema, y todas a una, como una tromba, se abalanzaron sobre los soldados y les aporrearon con furia.

—Vamos, contenedlas, disparad —gritó el sargento, que empezaba a recobrarse de la paliza.

Alguien disparó en el aire, y al momento, como por ensalmo, todas aquellas arpías se aplacaron y regresaron muy sumisas a su sitio, con grandes lagrimones en los ojos.

—¡Ay Virgen de los Desamparados!

—¡Nuestra Señora de Guadalupe!

—¡Ay San Antón bendito!

—¡San José de la vara florida!

Pero la promotora del motín no se había acobardado con los disparos y se dirigía, muy altiva y serena, hacia el otro extremo de la plaza.

—Yo te enseñaré a usted disciplina y modales, condenada vasca —gruñó el sargento.

La siguió dando grandes zancadas, pero antes de que pudiera alcanzarla, se metió ella en una casa y le echó la puerta en las narices.

—Eh, dos de los fuertes; tú también, Manuel. Hay que derribar esta puerta, ea.

La echaron abajo entre los cuatro, y luego, con un brillo siniestro en la mirada, se introdujeron todos en la casa.

En la cocina, que estaba en el piso alto, encontraron a la muchacha. Puesta en jarras, entre un vejete encorvado y un niño rubio y pecoso, les desafiaba a todos con la mirada.

—Que no se muevan —dijo el sargento—. He de inspeccionar antes el resto.

Manuel y los otros dos soldados apuntaron con sus bayonetas a los de la casa.

—Los hombres se han ido a la pesca —escupió ella—. No es

propio de hombres atacar a mujeres y a niños indefensos. Sois unos cobardes.

El sargento regresó y dijo:

—Perfectamente. Me cobraré ahora tus bofetones.

—No me toque.

—Vamos —dijo el sargento, que era fuerte como un roble—. Sígueme.

Tiró con fuerza de su brazo. La arrastró unos pasos. Dijo a los otros:

—Me basto.

Ella, súbitamente amedrentada, consciente por fin de su debilidad, gritó:

—¡Abuelo!

—Que no se muevan éstos —advirtió el sargento.

Uno de los soldados sujetó al niño por un brazo. El otro apuntó con su bayoneta al pecho del anciano, abrió con ella su camisa y rozó una mata de pelo blanco que cubría el esternón.

—¡Cuidado! —pidió el niño—. Está ciego.

Manuel salió al balcón. Se oían voces dentro:

—¡Abuelo! ¡Abuelo!

—La navaja, Mariñasi, la navaja.

Abajo, en la plaza, habían encendido una hoguera. Chillaban denuestos y letanías las mujeres. El fuego hacía cabriolas y esparcía un resplandor vivo y alegre por los viejos muros grisáceos.

Manuel entró de nuevo.

—No lo hice a propósito —dijo el soldado que custodiaba al anciano—. Se echó como un lobo sobre mí.

El viejo se desangraba en silencio, con la bayoneta hundida entre dos costillas. El soldado tiró del fusil y la bayoneta se deslizó suavemente. La sangre saltó entonces a borbotones.

Poco a poco, apoyada la espalda en el tabique, fue resbalando el viejo verticalmente; se quedó en cuclillas, con ambos brazos colgantes, y la boca, redonda, grande, aspirando la última bocanada de vida.

Después tuvo un ligero estremecimiento. Una sacudida más fuerte le recorrió todo el cuerpo y la cabeza se inclinó rápidamente hacia delante; todo el cuerpo basculó entonces y fue encogiéndose, cerrándose sobre sí mismo, a medida que se deslizaba hasta el

suelo.

Sobre la madera del piso, todo enrollado sobre sí mismo, ya muerto, parecía el viejo un pequeño lío de ropa usada a la que hay que remendar.

—Yo sólo me quedé en mi sitio, no se podía hacer otra cosa —siguió explicando el soldado—. Él tuvo la culpa, pues se echó sobre la bayoneta como una bestia furiosa.

Entonces, muy pálido, demudado, apareció el sargento.

—No lo comprendo, ridiez, y es que nunca…

—Mi sargento, mire —dijo el que había despachado al viejo.

—Eso más, eso faltaba…

—Fue lo más extraño que uno…

—Ah, Manuel, estás ahí, pues entra, mira eso —dijo el sargento, sin atender a lo que le estaban diciendo.

Manuel entró en la habitación contigua.

Tendida en la cama sobre su pecho, con la cabeza y los brazos colgando a un lado, aquella joven, tan valerosa en la plaza, parecía meditar entonces sobre graves y misteriosos peligros.

Manuel la llamó en voz baja; luego, con más fuerza. Posó su mano sobre la cabeza de ella y acarició largamente sus negros cabellos.

Había un silencio nuevo, sospechoso, en el interior del cuartucho. El soldado, por fin, sin hallar resistencia, dio la vuelta al blanco cuerpo de la virgen. Retrocedió asustado.

De ambas muñecas brotaban sendos hilos de sangre obscura y espesa, que iban prolongándose y extendiéndose por el piso, dibujando un gran borrón en la madera. Manuel miró entonces a los ojos de la muchacha: estaban abiertos, vidriosos e inexpresivos bajo las largas pestañas inmóviles.

Entró el niño en aquel momento, se acercó a la hermana y la tocó.

—Vete —chilló Manuel.

Salieron ambos. El sargento explicaba:

—No pude evitarlo, creedme. La navaja la tendría escondida esa zorra entre las almohadas, ¡qué había yo de pensar, ridiez!… Yo la tenía bien sujeta y ella no podía hacerme ningún daño, ya lo comprendéis, ¿verdad?, pues va y se me corta para asustarme con la sangre, sólo para asustarme, supongo… Porque esos cortes y esa

poca sangre perdida no eran para matar a naide, creo yo, vamos, y menos a una moza como ella… pero, ay, ridiós, cuando me doy cuenta ya la está diñando… y es que no hay remedio… se me va, ridiós, se me va… ¡Ay qué cosas, Manuel, qué cosas!…

Asomóse luego al balcón, dio un par de vueltas por la cocina, dijo:

—¡Qué ansias tengo de sacar la comida!

Pero no vomitó. Lo que hizo fue soltar el pedo más grande de su vida, el cual, caracoleando entre los muertos, pareció aliviar en gran manera la turbada conciencia del suboficial.

—Ea, vámonos —dijo por fin, como más animado—. Hay que encontrar a ese alcalde.

Manuel, que se había quedado el último, se encontró, al disponerse a salir, con que el niño le cerraba el paso. Era un chaval de unos diez o doce años, cuya mirada reflejaba, más que pena o miedo, un furor salvaje.

—Tú no saldrás, no te dejaré. Regresará mi padre y te matará —dijo.

Manuel le dio un empujón, pero el otro se agarró a su camisa.

—Suelta. Yo no les hice daño a tus parientes.

—Tú les mataste, tú. Mi padre te dará lo que mereces.

—Suelta, ¡demonio! Conmigo te atreves porque me ves pequeño, pero espera a que me harte y verás de qué soy capaz.

—No me das miedo. Y te digo que no saldrás vivo de esta casa. Vendrá mi padre y te matará, hijo de puta.

—¡No insultes a mi madre! Te sacaré el pellejo.

Levantó el brazo para pegarle, pero el otro hizo una finta y escapó. Mientras corría, entre sollozos y palabrotas sin sentido, gritaba:

—No podrás pegarme. Nunca me alcanzarás. ¡Y me cago en el Asoluto y en toda la fación!

—¡Cogedle! Ha insultado al rey.

El chico corría calle abajo, sorteando todos los obstáculos.

—No le dejéis escapar.

—¡Padre! ¡Padre! —gritaba el chaval, corriendo hacia la playa.

En la playa le atraparon. Dos soldados le tenían agarrado por los sobacos, cuando llegó Manuel.

—Se ha cagado en el rey —dijo—. Hay que darle una lección.

Le sujetó por una muñeca y se puso a abofetearlo con el dorso y con la palma de su mano libre, alternativamente en los dos carrillos.

—¡Padre! —gritaba entre sollozos el chaval—. ¡Padre!

—Toma, para que aprendas a respetar a tu rey.

Cayó el niño de rodillas y el otro le siguió golpeando, a la cabeza, a los ojos, a la boca, con la mano cerrada, más fuerte cada vez.

—¡Padre!

Ardía la mañana. La arena estaba caliente, el sol caía vertical. Liso, silencioso, inmenso como un desierto, el mar no respondía nada, parecía dormir.

—No me pegues más, perdóname —decía el chiquillo, abrazándose a las rodillas de Manuel e intentando ocultar entre ellas su rostro congestionado.

—Aparta, perro —gritó el soldado.

Le dio un sopapo, y el niño fue rodando hasta el borde mismo del mar. La arena se pegó a su cara, por la que chorreaban las lágrimas, la sangre y el sudor.

—Esto por haber insultado a mi madre —dijo Manuel.

Le soltó una patada en las costillas y luego le agarró por la camisa, le levantó en vilo y le arrojó de nuevo a la arena.

—Y esto más, para que aprendas educación.

Los otros soldados hacían corro y contemplaban indiferentes la escena.

Alguien gritó, de pronto, más allá del corro:

—¡Soltarle!

Se abrió el círculo y apareció un soldado alto, muy joven, con una media sonrisa y un fulgor de ira en los ojos.

—Déjale, Manuel. Y tú ven conmigo, chaval.

El niño, sacando fuerzas de flaqueza, gateando, hipando, se situó detrás del recién llegado.

—Tiéndete, límpiate —le ofreció un pañuelo.

—A ti ¿quién te ha dado vela? —preguntó Manuel.

—Oh, nadie; pero al ver este espectáculo, me entraron ganas de saber una cosa —dijo tranquilamente el recién llegado—. Qué diablos se sentirá al pegarle a uno más débil. A ti, por ejemplo…

Y sin otro aviso, le pegó un soberbio puñetazo a Manuel. Éste se tambaleó un buen rato y se cayó, por fin, ruidosamente, sobre las

últimas olas, que se retiraban poco a poco de la playa. Al subir de nuevo el agua, cubrió casi por completo al caído. Todo empapado, mascullando maldiciones, se levantó Manuel.

—Otro baño todavía —dijo rápidamente el justiciero—. A tu sucia conciencia le sentará bien.

Y soltó un segundo puñetazo antes de que el otro pudiera prevenirse. Manuel volvió a caerse y se quedó tendido en la arena mucho tiempo: las olas pasaban suavemente sobre él, rodeándole de un halo de espuma.

—Miradle —dijo el recién llegado—. El coco de los niños. Esconde la cabeza cuando vienen los mayores. No tiene nada de hombre: ni estampa ni valor. Es un asqueroso mosquito que sólo sabe zumbar en la oscuridad.

Manuel, escarbando con todas sus uñas en la arena húmeda, sin levantar la vista, casi llorando, dijo:

—Ríete, Bautista, ríete… Pero yo te digo… que eso… no se ha terminado… porque yo… te lo juro… por mi madre lo juro… oídlo todos… te voy a acribillar… te coseré a balazos… y entonces sabréis todos… por los clavos de Cristo… todos… quién es… Mosquito.

VIII

—¡Qué calurosa se ha puesto la noche! —dijo Valtierra, despojándose de su flamante casaca y desabrochándose la camisa.

—No es el calor lo que nos agobia —contestó José Urdax—. Es Bautista clavado en el pensamiento; es esa congoja y ese nudo en la garganta. Si lográsemos, por lo menos, dormir un poco…

—Urdax quiere dormir un poco —dijo Fermín, riendo—. Quiere sentirse, cuando amanezca, fresco y lozano como una flor.

—Se sentirá peor que ahora —aseguró Manuel—. A los pensamientos tristes, como al dolor y al cansancio del cuerpo, no se les puede dar un respiro. Si lo hacemos, la tristeza o el cansancio nos duelen luego mucho más.

—Yo sé lo que es esto —dijo Valtierra—. La primera luz de la mañana. Te preguntas: ¿dónde estoy?, ¿qué hago yo aquí? Sólo un momento. La verdad en seguida: la guerra, el miedo y los disparos, matar o morir… Uno quisiera no despertar; nos resistimos, escondemos la cara, apretamos los puños…

—Acaso nos atormentamos ahora sin motivo —insinuó José Urdax.

Valtierra frunció el entrecejo y apretó los maxilares en un esfuerzo doloroso de concentración.

—Es posible que nos atormentemos sin motivo —dijo lentamente—. La cuestión es ésta: Bautista no es mi mano, no es mi pie, no es nada mío. Al dispararle a él, yo no me hago daño, no me lo puedo hacer; y luego, después del disparo, nada habrá cambiado si yo… si yo… —el rudo soldado no encontraba fácilmente las palabras, parecía sufrir por ello—, si yo no me atormento con un recuerdo inútil, porque… fijaos… yo sigo vivo, sin una herida, sin un rasguño, y esto es lo único que cuenta para mí…

—Está desbarrando —cortó Fermín.

—No desbarra —intervino José Urdax—. Él quiere decir: yo no soy Bautista. Bautista es otra persona, algo lejano, pequeño e inútil. Puedo, por lo tanto, pasarme sin él; puedo olvidarle ahora y lo mismo después, después del disparo… Puedo borrarle de mi memoria sin dejar de ser yo mismo, entero, con mis dos brazos para abrazar a las chicas y mis dos pies para huir del peligro, con la misma gana de comer al mediodía y el mismo cansancio por la noche… ¿Es esto lo que quisiste decir, verdad, Valtierra?

Asintió aquél. Prosiguió el veterano:

—Yo empiezo a ver claro también en este asunto. Somos soldados, Fermín; no les temas a las palabras. Matar o morir. No hay otra alternativa. Menos aún. Morir, no morir; es esto lo único que cuenta para nosotros. Pues bien, no moriremos mañana, no iremos al frente; hay otra cosa que hacer… otra cosa… ¿Qué importa lo que sea, si el beneficio es tan grande?… Un día asegurado, mirad, veinticuatro horas a cubierto de la muerte. Deberíamos cantar de gozo en lugar de desesperarnos y gruñir.

—Es verdad —dijo Valtierra—. Nadie, ni siquiera el mejor amigo, tiene derecho a turbar la tranquilidad de un soldado, a desvelarle y a mortificarle cuando no silban las balas sobre su cabeza, cuando tiene la promesa de un día tranquilo…

—¿Entonces ya no cuenta la amistad de Bautista? ¿Ya no tiene él ningún derecho sobre nosotros? —preguntó Fermín.

—No. No los tiene —susurró José Urdax—. Vamos a olvidarle y a dormir.

—No podemos hacer esto, no somos cerdos dormilones —gritó Fermín—. Tú no lo harás, ¿verdad, Manuel?

—No sé lo que voy a hacer. No sé siquiera lo que haré cuando me pongan delante de Bautista. Juré que le metería una bala en el cuerpo, ya lo sabéis. Nunca lo habría hecho por mi voluntad. Pero alguien me obliga a cumplir ahora el juramento —temblaba la voz de Mosquito—, y yo estoy terriblemente cansado… demasiado cansado para resistirme… —cerró los ojos—. No quiero pensar más en todo eso; necesito dormir.

Cruzó ambos brazos sobre la mesa y escondió la cara entre ellos. Urdax se levantó entonces y se acercó al montón de heno. Se incorporaba el francés, pedía de fumar.

—Lo siento, se me terminó. ¿Se está bien ahí?

—Si no fuera por los bichos… —el francés se rascaba—. Hélas! Yo no puedo dormir. No tengo costumbre de hacerlo en sitios cerrados, necesito aire fresco.

Se levantó.

—Oye, Urdax —preguntó de pronto, como reanudando una antigua conversación interrumpida—. ¿Contra qué me dijiste que lucháis en vuestro bando?

—Creo que te dije: luchamos contra la Constitución, la democracia, el progreso materialista, la libertad para el mal.

—¿Y los otros?… ¿Contra qué diablos luchan los del otro bando? ¿Lo sabes tú, José Urdax?

—Sí. Ellos dicen: luchamos contra el absolutismo en política, la intransigencia en religión, el estancamiento en cultura, la tradición entendida como norma obligada para el futuro.

—Ah, el absolutismo, la intransigencia, el estancamiento, la tradición. También gigantes, n'est-ce pas? Oui. Gêants.

—Y dale.

Urdax se sentó en el heno; se tendió en él, estiró los brazos y las piernas, bostezó.

—A mí no me importan los bichos, ¿sabes?

—¿Puedes darme de fumar? —preguntó a Fermín el francés.

Fermín le ofreció su petaca.

René Duval se sentó en un escabel y se puso a liar su pitillo. Valtierra había hecho cuatro dobleces en su camisa y apoyaba la cabeza en ella, convertida de este modo en almohadón. En sus anchas espaldas desnudas, las puntas simétricas de los omoplatos emergían un poco a cada espiración, la cabeza se hundía entre los hombros y la garganta vibraba suavemente al paso lento y solemne del aire.

Fermín dijo en voz baja al francés:

—Míralos. Dormidos todos. Tienen derecho a estar tranquilos, ¿no es así?… Hace sólo un momento todo era lamentarse por la desgracia de Bautista. Bien, eran sinceros; y por eso podía creerse entonces en la bondad del mundo, se podía decir: existen aún la lealtad, la honradez, los sentimientos elevados… en fin, algunas cosas buenas… Pero entra en juego una fuerza nueva, ha entrado en juego el egoísmo: yo, mi vida, mi tranquilidad… Y ya nada se salva,

René, todo se hunde… Porque, veamos, el otro… ¿quién es el otro?, ¿qué se me da a mí del otro?…

—Al otro puedo despacharlo sin perder mi gana de comer —dijo, sonriendo, el francés—. Puedo dispararle cuatro, seis, doce balas sin hacerme el menor rasguño, sin que se me caiga un pelo del sobaco… Esto es lo que piensan ahora tus compañeros, n'est-ce pas?

—Sí. Pero yo me pregunto qué es más verdad, su tranquilidad de ahora o su congoja de antes… Bien, cuando amanezca lo sabremos. Porque pueden ocurrir entonces dos cosas, René: que le disparemos a Bautista con toda la sangre revuelta y un temblor en el pulso… con lo cual acaso se podría seguir creyendo en la bondad del mundo… o que le disparemos, por el contrario, sin una vacilación en la mano, con la sangre tranquila y con los ojos fríos… en cuyo caso… créeme, René… ya podríamos cagarnos en la vida y en el aire que respiramos y en las madres que nos han echado al mundo… Pero hay todavía una tercera posibilidad, ahora caigo en ello, la posibilidad de lo heroico: que no le disparemos a Bautista…

—¿Podéis dejar de hacerlo?

—Sí. Podemos negarnos a cumplir la orden; pasar al otro lado de la raya; renunciar a nuestro destino para aceptar íntegramente el de Bautista… Pero ¿cuál de estas tres posibilidades se realizará, René? ¿Qué ocurrirá cuando amanezca?

—¿Cómo quieres que yo lo sepa? —dijo el francés, al darse cuenta de que el otro le miraba fijamente, con una expresión interrogante.

—Escucha, René. Hace un rato Urdax hablaba del destino. Pues bien, yo también me he preguntado a veces si no seremos sólo personajes de novela… yo no sé… de algo cuidadosamente planeado, resuelto de antemano incluso en sus más pequeños detalles… Mira, René, nosotros, los cinco hombres —no te incluyo a ti, porque yo no comprendo de momento qué haces tú entre nosotros, qué sentido tiene tu presencia en este lugar—, nosotros, digo, los otros cinco del piquete, hemos de dispararle mañana a nuestro amigo, teniendo todos —sí, yo también, te lo contaré en seguida— teniendo todos algún motivo importante para no hacerlo… Pues bien, ¿no te parece ésta una situación de novela? ¿No te parecemos nosotros, cinco monigotes en manos de un novelista que nos maneja a su antojo?

—No lo sé, Fermín. En todo caso vuestra novela no es una novela corriente, no se parece a las que yo he leído hasta ahora.

—Admitámoslo, René: ese novelista, esa fatalidad han jugado con nosotros desde el principio. Pero ¿nos manejarán siempre, jugarán con nosotros hasta el fin? ¿No puede surgir en algún momento una fuerza nueva que se les oponga? ¿No pueden surgir la libertad y la rebelión?… Sí, es posible que surjan. Tal vez la fatalidad no llega a lo más recóndito de nuestro corazón; y allí donde la fatalidad no alcanza, allí donde el autor se sabe impotente, allí se está fraguando tal vez la resolución suprema —disparar, no disparar—, con la que ha de concluir nuestra novela… Pero la cabeza me da vueltas, no sé lo que digo exactamente… No me dejes solo con este pensamiento, René: ayúdame. Porque yo me siento vacilar ahora… Como si todo se derrumbara alrededor… ¿Somos algo? ¿Podemos ser algo fuera de este esquema previo, de esta ratonera oscura? ¿Hay escapatoria, René, hay escapatoria?…

—Qué quieres que te diga, Fermín. Yo no comprendo nada. No sé siquiera por qué debéis fusilar a este hombre. Ignoro los lazos que os unen a él… ¿Por qué me preguntas a mí? Yo no puedo hablar en esta cuestión. No puedo hacer más que escuchar y tratar de comprender.

—Es verdad, René. Déjame, entonces, que te hable un poco de Bautista y de mí mismo. Esto me hará bien.

IX

UNA vieja galera tirada por cuatro mulas avanzaba con dificultad a través de la nieve, camino de Elizondo. Nevaba copiosamente en aquella noche de diciembre de 1833. Gruesos copos, apenas visibles en la obscuridad, se deslizaban en silencio por el ancho toldo semicircular de la galera y por las ancas y arreos de los animales. Aumentaba rápidamente el espesor de la nieve en el suelo, y las cuatro ruedas del carro, hundidas hasta su eje, incapaces de girar sobre sí mismas, se dejaban arrastrar pasivamente y marcaban una huella profunda en el camino.

En el pescante, un hombrecito chillón, envuelto en una manta roja que le cubría la cabeza a modo de caperuza, acuciaba a las mulas de cien maneras distintas:

—Hala, hala, Faraona, no te quedes en el atolladero.

—Aúpa, Princesa, hijita, un tironcito y salimos.

—Condenada Sultana. Maldita sea. Poltronas del demonio. Os voy a dar de palos hasta que reventéis.

—Ea, Generala, ea, que ya falta poco y en Elizondo hay buen forraje.

Pero cuanto más se desgañitaba Caperuza, más nieve parecía caer en el camino, más parecía hundirse el carro en él y menos se avanzaba hacia Elizondo. Por fin, las ruedas se sumergieron del todo y el esfuerzo de las mulas se hizo inútil: se había atascado la galera en aquel inmenso mar, blanco y sólido, del Baztán.

—Buena la hemos hecho —masculló en el pescante Caperuza.

Saltó a tierra y acarició a Sultana, sacudiendo la nieve de sus flancos. Chilló:

—¡Eh, las monjas! A ver si bajan del carro, que no pueden las mulas con tanto peso.

Alguien levantó una especie de telón, hecho con basta tela de costales, el cual cerraba por detrás la caja de la galera, y se asomó al exterior. Era una monja anciana, con un rostro diminuto y una toca muy holgada y obscura.

—Debimos quedarnos en Irurita —dijo—. Se lo advertí, señor carrero. Pero usted tozudo, erre que erre, que ya llegaremos, que no me asusta la nieve, y ahora a ver quién nos saca del apuro.

—Vieja cotorra —dijo en voz baja Caperuza—. ¿Quién te pidió que subieras? Te ruegan por todos los santos que las lleves y luego te gruñen y se quejan más que un general…

—Y ahora, ¿qué? —seguía picoteando la monja—. ¿Qué hacemos ahora? ¿Quién nos saca del apuro?

—Bajen las tres y empujen el carro, hala —dijo Caperuza—. De algún modo hemos de llevar los heridos a Elizondo.

—Eso faltaba. Saltar ahora y empujar como mulas. En lo peor de la tormenta… ¡Ay, qué mala ocurrencia hemos tenido, Dios mío, qué mala ocurrencia!

—Debimos esperar en Pamplona a que mejorara el tiempo —dijo otra monja, asomando una cara redonda y colorada, con los mofletes hinchados por el pan que estaba masticando—. Y luego hacer la ruta a pie, como otras veces.

—Ozú, no se quejen ustedes, hermanas, que será mu divertío y grato a Dios tirar del carro p'ayudar a esos probes chicos averiaos —dijo la tercera monja, que parecía muy joven; andaluza y alegre por las trazas—. Hale, a las órdenes d'usía, mi coronel —añadió, saltando a la nieve.

Gruñendo y estornudando la monjita anciana, acabando de engullir la colorada su sabrosa merienda de pan con chorizo, ambas la imitaron, y se pusieron también, mal de su grado, a disposición de Caperuza.

—Ea, a empujar en seguida —ordenó éste mientras se dirigía a la parte delantera del vehículo y tiraba con todas sus fuerzas de las riendas.

—Arre, Princesa, arre.

—Hop, hop —hacía la monja andaluza, empujando y riendo.

—Qué mala ocurrencia, qué mala ocurrencia —mascullaba la anciana.

—Y el zurrón casi vacío —suspiraba la rubicunda.

No cedía el temporal. El frío era intenso: las tres monjas tiritaban con los pies hundidos en la blanca alfombra, con sus bonetes de nieve sobre las viejas tocas. Resoplaban, gemían, invocaban a todos los santos; pero la galera, como un fósil prehistórico clavado en su lecho, continuaba, pese a todo, sumergida e inmóvil.

—¡Qué nochebuena; Señor! —exclamó de pronto la monja anciana—. Resfriadas, hambrientas y a siete leguas del convento. Entre hombres que sólo sueltan palabrotas y mulas que no pueden con su alma… ¡Achís!

—Las rosquillas de la hermana Micaela, ¿se acuerdan? Nunca faltan por nochebuena —gimió con infinita nostalgia la monja colorada.

Pero la más joven dijo:

—¡Qué noche más linda, ozú! ¡Qué linda noche! Es bonita la nieve, miren —levantaba la cara, miraba al cielo: los copos le cubrían los ojos, la boca, las mejillas—. Hop, hop, qué sabor más fresquito, hale, hop, hop. ¡Viva Nuestro Señó!

—Riá, Sultana, riá.

—Achís, achís, achís.

—Jesús, María, José.

Bautista Lecumberri, con el antebrazo derecho metido en una charpa, saltó entonces de la galera.

—Ahí faltan brazos fuertes —dijo.

—Rómpase también el sano —gritó la monjita veterana.

—Eh, Fermín, baja a echarnos una mano.

Apareció por debajo del telón una extraña cabeza piriforme, con un vendaje circular a nivel de la frente, temporales y nuca, a modo de turbante. Dos grandes orejas en asa, libres de la venda, sobresalían a ambos lados.

—Aquí estoy. Un empujón y os mando a todos al infierno.

Pero la galera no se fue al infierno ni al purgatorio. No avanzó siquiera una pulgada en dirección a Elizondo.

—¡Ozú, qué brazos más fuertes! —reía la andaluza.

Volvió el carrero y dijo:

—No sé qué hacer.

—De ahí no salimos hasta el tiempo del deshielo —dijo Fermín.

—Hay que avisar a un cirujano en seguida —advirtió Bautista—.

Javierregay está muy grave.

—No podemos dejar que se muera como un perro —añadió Fermín.

—Bien, un hombre solo podrá llegar seguramente hasta Elizondo —dijo el carrero—. Yo os traeré a ese matasanos.

Desenganchó rápidamente a Generala, que respingó al sentirse libre y movió gozosamente las orejas. Caperuza montó en la acémila y dijo:

—Hay un botillo con vino en el pescante. Bebed cuanto queráis.

Gritó luego a las monjas:

—Cuídenme a los heridos.

—Todo lo que sepamos —respondió la monja joven.

—Y a las mulas también.

—¡Buena suerte! —gritó Bautista.

Las monjas subieron nuevamente al carro. Fermín se apoyó en uno de los puentes de la galera y dijo:

—Hay que hacer algo por él.

—También nosotros estamos heridos —contestó Bautista—. Estamos hartos de la guerra y de los hombres. Tenemos frío, hambre y miedo a la muerte. Demasiadas cosas, para que pensemos encima en los demás.

—Hay que pensar en los demás —dijo Fermín.

Se encaramó en el pescante y descolgó el pequeño pellejo coronado de nieve.

—¿Te gusta el vino fresco?

Bautista bebió un trago y dijo:

—Bien, hemos salvado la piel, esto es lo que cuenta.

—Ah, los navarros, qué fuertes y valientes —exclamó Fermín—. Fue un culatazo fuerte, puedes creerlo. A otro le habrían hecho cisco la cabeza. Pero a mí, ya lo ves, no me han dejado más que un rasguño en la frente.

—Tienes la cabeza muy dura, ya lo veo —sonrió Bautista.

—Lo tuyo, ¿cómo fue?

—Casi nada, un escuadrón de caballería pasando enterito por encima de este cuerpo pecador —guiñaba su ojo derecho Bautista —. Al día siguiente advertí que me dolía un poco este brazo, el mismo que me estropearon las piedras cuando fui sepultado en una ermita hace dos meses. Bueno, se había vuelto a romper un hueso,

nada más que esto.

—¡Ah, los navarros!

—Bebe, Fermín, bebe. Por la piel de los navarros.

—¡Por nuestra piel, hermano!

La noche estaba muy obscura. No se veía caer la nieve. Caía, sin embargo, y lo cubría todo: las piedras, los árboles, la piel viva de los hombres.

Bautista preguntó de pronto, muy serio:

—¿Qué podemos hacer por un hombre que se muere?

—No lo sé —contestó Fermín.

Una lamparilla de aceite, colgada en el centro del toldo de lona, iluminaba débilmente el interior de la galera. Tendidos sobre tres o cuatro colchonetas agrupadas en el fondo de la caja, unos cuantos carlistas heridos intentaban fumar sus pitillos y beber unos sorbos de agua de un pequeño botijo. En medio de ellos, arrebujado en sus mantas, un hombre muy pálido, con los ojos hundidos, la nariz afilada y los labios resecos, exhalaba rítmicamente un hondo suspiro. Las tres monjas rezaban el rosario sentadas en un escabel bajo, en la parte posterior de la galera.

Apareció Fermín con el botillo y dijo:

—Hay vino para todos. Mientras el carrero busca quién nos saque del atolladero, celebremos nosotros la nochebuena.

Uno de los heridos, incorporándose, preguntó:

—Pero ¿saldremos de aquí alguna vez?

—El día del Juicio —dijo alegremente Bautista, mientras subía a la galera.

Fermín les entregó el pellejo. Iban bebiendo ordenadamente todos los heridos. Cuando le tocó el turno al hombre de los ojos hundidos, Bautista dijo:

—Mejor que no bebas ahora, Javierregay. Espera a que llegue ese matasanos y te componga las tripas. Pero por nochevieja cogerás una gran cuba, ¿verdad, Javierregay?… Nosotros la cogeremos también: todos nos emborracharemos en Elizondo aquella noche.

—¿Tú eres de allí, verdad? —preguntó Fermín.

El hombre de los ojos hundidos esbozó una sonrisa. Bautista dijo:

—¡Qué contenta se pondrá tu mujer cuando te vea! Ellas

suspiran siempre para que nos arañe una bala: así nos pueden tener en casita, bien arropados y seguros.

—¡Qué delicia, ay, qué delicia caer en manos de los matasanos de Elizondo! —exclamó, riendo, otro de los heridos.

—También se alegrarán tus chavales —dijo Fermín a Javierregay.

—Tiene uno sólo —explicó Bautista—. Se llama Miguel y acaba de cumplir siete años… Eh, Miguelito —llamó, mirando a un rincón obscuro de la galera.

Todos los heridos, incluso el hombre de las tripas rotas, miraron en aquella dirección.

—Dime, Miguelito. ¿Te ha gustado el regalo de tu padre?

—¿Qué regalo?

—¿Cómo? ¿No lo sabéis? Su padre le ha traído un regalo muy grande de la guerra. El chico se lo pedía en todas sus cartas, y el viejo, ¡qué remedio!, tuvo que complacerle. Mirad, le ha regalado un prisionero, un prisionero de verdad.

—¿Un prisionero?

—Sí, un moro —y señaló a Fermín, que exhibía, muy ufano, su turbante amarillo con perlas de nieve.

—No hay moros en Navarra —rió alguien.

—Pues mí ser moro —intervino con cómicos aspavientos Fermín —. Mí ser moro, caramba, y tener tres mujeres, tres… Todas seguir mí. Uf, uf… Mujer Mimona —y señaló a la monjita anciana—. Mujer Fetuma —y señaló a la monja colorada—. Mujer Menana —e indicó a la andaluza.

Se puso como una grana la monja primera. A la monja segunda, colorada de suyo, no se le notó mucho el rubor. Reía y palmoteaba con un júbilo franco la monjita andaluza.

Fermín tomó el pellejo y se dispuso a beber.

—Alto, moro truhan, tú no puedes beber vino —chilló alguien —. Te lo tiene prohibido Alá.

—Alá no ver, Alá no ver —mascullaba Moro Fermín mientras llenaba el gaznate.

Luego empujó hacia delante a Bautista, que se había quedado en cuclillas frente a Javierregay, y dijo:

—Mí tener también borrico… Borrico fuerte, rápido y bravo… Mirar, Miguelito, mirar…

Bautista perdió el equilibrio y permaneció en la actitud de un cuadrúpedo, con su antebrazo derecho colgando del cabestrillo y el izquierdo apoyado en el suelo.

Moro Fermín le acarició las crines y añadió, dirigiéndose al personaje invisible:

—¿Querer tú comprar burro, Miguelito? ¿Querer comprar burro fuerte, rápido y barato?…

Al oír estos elogios, Burro Bautista soltó un rebuzno tan amistoso, tan tierno, tan cordial, que todos los oyentes, incluso la monjita gruñona, prorrumpieron en risas.

El hombre de las tripas rotas, con una media sonrisa en los labios secos y un resplandor fugaz en los ojos, balbució entonces:

—Miguelito no lo quiere comprar. Le falta una pata a ese burro.

—¿Una pata? ¿Qué pata? —dijo Moro Fermín, haciéndose el inocente—. Miguelito comprar entonces mujer… ¿Menana? ¿Fetuma? ¿Mimona?… Ah, ah… Mujeres saber cosas, muchas cosas hacer… Mujer Mimona saber gruñir. Mujer Fetuma saber comer. Mujer Menana saber reír…

—Olé, olé —jaleaba Mujer Menana, la monja andaluza.

—Alá no ver —repetía Moro Fermín mientras empinaba el codo.

—Que canten tus mujeres —dijo uno de los heridos.

—Sí, sí, queremos oír una canción moruna.

—Hala, hala —dijo Moro Fermín a la monjita gruñona.

—Eso faltaba, que nos hagan cantar encima.

—Está muy grave, se morirá —susurró Fermín en su oído—. Hay que evitar que sufra, hay que distraerle cantando.

La hermana colorada se levantó y se puso a cantar en medio de todos:

Para curar las tercianas
no hay mejor que la quinina,
para revolver España
como la reina Cristina.

Los demás corearon:

Viva la paz, viva la Unión,
Viva la paz y Don Carlos Borbón.

—Hala, hala, mucho gustar Niño Miguelito canción moruna —animaba Fermín.

Todos los heridos cantaban. Llevaban el compás con la cabeza, con los brazos, con las piernas. Mujer Fetuma, la monja colorada, balanceaba un poco los flancos mientras cantaba, y las anchas faldas de basta tela negra, oscilaban graciosamente al ritmo marcial de la canción:

Fuera la milicia,
viva la Nación,
muera eternamente
la Constitución…

Rebuznó de nuevo Bautista. ¡Hiujujú!, gritó Fermín. Aplaudió con frenesí la monja andaluza. El hombre de las tripas rotas, con los ojos fijos en el rincón, como si viera realmente a su hijo, movió los labios e intentó cantar:

Muera eter… na…

Podía verse una sonrisa nueva en sus ojos, una sonrisa mitad natural, mitad artificiosa, una sonrisa extraña en medio de su miedo y su dolor.

… mente… la… Cons…

Envueltos en sus apósitos, emplastos y vendajes, chillaban y bailaban los demás heridos; saltaban sobre los colchones en la medida de sus fuerzas; hacían extraños visajes y gestos. Era como si hubiesen captado de pronto el esfuerzo del moribundo para huir de sí mismo y entrar en el juego; y quisieran ayudarle a ello, espantando con risotadas su dolor, empujándole con gritos al jolgorio y al olvido.

—Un cuento moruno, un cuento moruno —pidió de pronto uno de los soldados.

—Voy a contaros —dijo la monjita andaluza— la historia de la monja que robó una flor.

Se hizo el silencio. Alguien dijo aún:

—No hay monjas en tierra de moros.

—Chist —hizo Fermín.

Pues señó, érase una vez un convento de monjitas rodeao por un jardín en el que crecían docenas de rosales, los rosales más grandes, más coloraos y bonitos de la tierra… ¡Ozú, qué lindas eran las rosas de aquel jardín! Pero naide debía tocarlas, que la superiora lo tenía probido, pues las flores, dicía, con sólo el roce de una mano se ajan y se mustian.

Naide había cortao enjamás una rosa en aquel convento, naide lo había soñao siquiera. Bueno, alguien sí lo había pensado… Y es que Sor Soleá, que era una monja mu buena, que rezaba quince veces al día toíto el devocionario y daba su comida a los probes siempre que ellos se lo pidían, se pirraba por las flores y suspiraba continuamente por tocar a una rosa, por olerla, por cortarla, por llevársela a su celda y dormirse luego con aquella fragancia en el cojín…

¡Ay Dios, qué tentaciones había de vencer! Le dicía un ángel malo: «Mía que rosa tan bonita, Soleá, aquella tan roja del primer rosal de la sexta hilera del parterre cuarto». Un ángel bueno le dicía: «No olvides la probición de la Mare Superiora, Soleá, no olvides la obedencia que le debes». ¡Ay qué luchas cada noche, cuando salía con su par de cubos y su regaera a regar toas las plantas del jardín!

Una noche… ay, qué desgracia, marecita… se le durmieron a Soleá los angeliyos buenos y ella se cayó en la tentación. Ya está la rosa cortada, ya la tiene en su celda la bendita, ya es suya la flor, toíta suya…

Pero, Señó, ¿qué pasa ahora?, ¿qué tremolina es ésa?, ¿por qué tanto apuro y ansia y desasosiego?

Ay, es el pecao. El gusanito remordiendo en la conciencia. Es medianoche. ¡Qué silencio en el convento! Llora que te llora, Soleá. Ya no resiste, ya no pué más. Coge la flor, se pone la toca. Pam, pam.

—Alante quien sea —dice la Mare Superiora.

—Ay Mare Rosario, qué pecao más grande he cometío —y venga a llorar—. Miusté que he cortao una fló faltando a la obedencia que le debo.

—Lástima, lástima de rosa —dice medio dormía Mae Rosario.

—Deme la asolución, marecita, deme la asolución.

—Sólo el Pae Rector te la pué dar, hija de mi arma, así que hasta

mañana no la podrás tener.

—Pues yo no espero a mañana, Mae Rosario, que me voy horita mesmo, si usted me da su permiso, a ver al Pae Retor.

Hubo que despertar a Sor Rimedios, la portera, primero pa que abriese la puerta del convento y luego pa que acompañase a Sor Soleá hasta la casa del Pae Retor, que estaba en el pueblo de Cañizos Rojos, a dos leguas del convento.

La noche era mu oscura, angosto el camino y con precepicios a dambos laos. Sor Soleá rezaba:

—Ay Jesú, mi Jesusito, niño mío, haz que llegue pronto a casa del retor pa que puea confesarle toa mi maldá.

Esto iba pensando y diciendo pa sus adentros cuando… ay marecita de mi vía… me da un traspiés la bendita, me resbala camino abajo, y al precepicio con su alma, su toca y su pecao…

—Ay que te condenas, grandísima pecaora, ay que no hay remisión pa ti —gemía Sor Soleá mientras iba cayendo en el vacío, la cabeza p'abajo, p'arriba los pies.

Sintió como un gran trueno y abrió los ojos en el otro mundo. Un portal mu grande y abierto.

No siento entavía caló, se dijo. Estarán mu dentro las fogatas.

Había un señó en el quicio. Dijo:

—Anda, entra, Soleá.

Era un viejito con unas barbas blancas mu largas, mu largas, y un manojo de llaves en el cinto.

Ozú, qué demonio más raro, pensó Soleá. Con barbas y too…

—Amos, entra, no te voy a comé.

Entró Soleá, ¡qué rimedio!, con los ojos bajos y las manos recogías, y lo primero que sintió fue cómo se le metía por las narices un prefume entremesclao de rosas, nardos y jazmines.

Pa que me recuerde de mi pecao, pensó la bendita.

Oyó entonces la voz de un niño que la dicía:

—Hola, Soleá.

—Hola —dijo ella, sin mirar entavía, con una voz que paecía de pato asustao.

—Toma —le dijo el niño.

—¿Es a mí?

—Ea.

Y a Soleá le alargaron una fló, la rosa más grande, fresca y

colorá que había visto en su vía… Y ella levantó los ojos entonces y se quedó toa alelada de tanta luz como había… pero se fue acostumbrando poco a poco a aquella luz… y empezó a ver… a ver… ay, marecita… al Niño Jesús en presona, que le sonreía entre rosas y angeliyos y músicas devinas. Y entonces Sor Soleá, toa asustada, sin saber qué hacer ni dicir, con una risa clara y un fandango a medio salí, me besa la fló y se me pone a llorá de tanto gozo como sintía, y venga preguntar sin ton ni son:

—¿Pero es pa mí?, ¿es pa mí la rosa?, ¿pa mí, Señó?

—Cabalito que sí —dice el Niño— pa toa la eterniá.

Y todos los angeliyos venga a reír entonces y a volar y a revolar y a arrojar flores, flores, muchas flores —rosas blancas, rosas rojas, rosas amariyas, jazmines, nardos, lirios y azucenas— a los pies, a las manos, a la toca de Sor Soleá…

—¡Qué lindo cuento! —dijo uno de los soldados.

Otros aplaudieron. Javierregay no parecía sufrir mucho en aquel momento. Moro Fermín comentó con grandes aspavientos:

—Gustar cuento moruno. Mucho gustar Niño Miguelito.

Pero se hizo poco después un extraño silencio. Era como si de pronto todos aquellos hombres, incluso Bautista y Fermín, hubiesen empezado a detenerse, a virar, a caer de nuevo en la realidad de su miedo y de su hastío, de su sangre y de su pus, de su frío y de su hambre.

Fermín, en un postrero esfuerzo, se acercó a Bautista, descargó un golpe tremendo sobre su espalda y exclamó:

—¡Riá, burro, riá!

Gimió Bautista: era un rebuzno grave, lento y triste; se prolongaba penosamente en el silencio, como un gemido simbólico, como la queja de todos los cuadrúpedos-esclavos, de todos los hombres-esclavos; pero de pronto, una inflexión inesperada, un brusco cambio de tono, un trémolo demasiado agudo, alegre y armonioso para salir del gaznate de un burro, hizo reír a todos y les devolvió el buen humor.

Fuera, en la noche oscura y fría, con un rebuzno auténtico y esperanzado, Princesa contestó a Bautista.

Cuando la acémila verdadera dejó de rebuznar, un sosiego absoluto rodeó a la galera. La oscuridad era completa, los campos estaban tranquilos, y el temporal de nieve, invisible y silencioso,

proseguía en lo alto. A novecientos metros de altura, allí donde las golondrinas más audaces chillan y retozan en verano, dos corrientes de aire, fría la una, templada la otra, jugaban al escondite zarandeando a las nubes; y un viejo prodigio meteórico, inaccesible a los ojos y al conocimiento de los hombres, se iba repitiendo con incansable precisión: como por ensalmo, del vapor acuoso, del seno de aquellas blancas nubes, iban surgiendo caprichosas y minúsculas formas cristalinas. Y aquellos copos con tanto arte compuestos, livianos, apenas grávidos, iban describiendo indecisas espirales, iban descendiendo lentamente como ofrenda de los cielos a la tierra.

Un hipotético espectador, situado en aquella altura, no habría podido distinguir, ciertamente, el carro atascado de los heridos ni la inquieta capucha roja del mayoral. Sólo habría advertido, en todo caso, algunas de las lucecitas del valle, las luces más potentes de Maya y de Elizondo, al pie del monte Gorramendi, cabe a la cinta gris del Bidasoa.

Pero si en lugar de mirar hacia la tierra, hubiese elevado sus ojos al firmamento, habría descubierto toda la magnificencia de aquella noche invernal. Habría visto a Altaír en occidente, casi besando a la tierra, y más arriba a la plateada Deneb de la constelación del Cisne, y a Vega, la cuerda más brillante de la Lira; habría distinguido en oriente a Proción, casi sentada en el horizonte, y a Cástor, la estrella doble, y a Aldebarán, la bella; habría descubierto en el sur a las constelaciones de Erídano, la Ballena y Aries; en el sudeste, a Betelgeuse de Orión, cuatrocientas veinte veces mayor que el Sol, y a Rigel, su hermana, casi tan grande como aquélla; a la Osa Mayor en septentrión, junto al Dragón y a la Polar, mayoral en su galera; y en la cúspide del templo azul, casi en el cenit, a las numerosas hijas de Andrómeda, distantes de la tierra centenares de miles de años-luz.

X

FERMÍN terminó su relato:

—Javierregay murió aquella misma noche. Los demás heridos llegamos a Elizondo a la mañana siguiente; fuimos trasladados luego a Lecaroz, que ofrecía mayores seguridades. En aquel valle tranquilo, los heridos eran hospitalizados y los jóvenes equipados e instruidos antes de incorporarse al ejército ambulante de Zumalacárregui. Bautista sanó de su fractura a las seis semanas. Mi herida cicatrizó a los veinte días. Nosotros estábamos curados, pero la guerra proseguía: hubo que volver a las montañas y exponer de nuevo el pellejo.

—¡La guerra, hélas! ¿Por qué la guerra? ¿Por qué os matáis los españoles los unos a los otros? —preguntó el francés.

—Nuestro último rey —explicó Fermín— no dejó ningún hijo varón. A su muerte, media España reconoció los derechos de Don Carlos, su hermano; pero la otra media se negó a reconocerlos. Los de esta parte nombraron regente a María Cristina, la viuda del rey, cuya hija no tiene todavía la edad de reinar. Es para resolver este pleito de familia por lo que nos estamos matando unos a otros los españoles.

—No creo que sea por eso —dijo el francés.

—¿No es por eso, René? ¿Qué sabes tú? ¿Te han dicho en tu país que es por otra cosa por lo que luchamos?

—No. Yo he comprendido, sin necesidad de que me lo expliquen en mi país, que no lucháis sólo por decidir quién ha de ser vuestro rey. Os hacéis la guerra unos a otros porque tenéis todos miedo, un miedo furioso a los gigantes.

—¿A los gigantes? ¿A qué gigantes?

—Unos tenéis miedo a la Constitución, al progreso y a la

libertad. Los otros tienen miedo al despotismo, a la intolerancia y a la tradición.

—¿Qué quieres decir?

—Hay en España dos grandes grupos humanos, dos grandes Quijotes: uno es blanco, el otro es negro. Y ambos creen ver continuamente gigantes en donde hay sólo molinos. Ambos tienen miedo, un miedo furioso a los gigantes. Aporrean a los molinos, creyendo aporrear a los gigantes. Y así acabarán con España. Porque España no es más que una gran meseta tranquila, una grande y honrada familia de molinos de viento…

—Piensas demasiado para ser un aventurero.

—No soy sólo un aventurero. He estudiado en Rouen.

—Perfectamente, eres también un intelectual. Eso sois la mayoría de los franceses: una divertida combinación de intelectual y de aventurero. Sois seguramente buenos aventureros; pero tenéis un serio defecto como intelectuales: simplificáis demasiado los problemas. España, por ejemplo, no es un problema sencillo que pueda resolverse en cuatro días; no se pueden hacer frases fáciles y brillantes sobre España para archivarlas luego como algo acabado y definitivo. La realidad de España…

Fermín se quedó cortado. La conversación había alcanzado, seguramente, un nivel demasiado alto para él. Miró en torno suyo. A Manuel, que seguía con la cabeza hundida entre los antebrazos cruzados, apenas se le oía respirar. En su cabellera negra, ensortijada y espesa, ponían un reflejo tenue las llamitas del velón. Valtierra, a la derecha de Fermín, continuaba inmóvil, con la cabeza reclinada sobre la camisa y la cara ladeada, protegida de la luz por la pantalla que formaba su mano derecha. De su respiración rápida y superficial podía deducirse que no dormía, o que, por lo menos, no gozaba de un sueño plácido y feliz. Delante de Fermín, en la penumbra, Urdax y Justo Sánchez descansaban en el heno.

—¿Sois felices los españoles? —preguntó de pronto el francés.

—Hay españoles felices y los hay desdichados —contestó Fermín —. Los hay listos y tontos; unos son altos y otros bajos; unos generosos y otros ruines…

—Dice Urdax que no sois felices. Y yo pienso que no lo sois porque no queréis comprenderos y aceptaros los unos a los otros; porque no habéis hecho el esfuerzo necesario para alcanzar esta

armonía y convivencia que hace felices a los pueblos; porque no queréis toleraros mutuamente en la paz, en la libertad y en el amor.

—¿Qué sabes tú, extranjero? —exclamó tristemente Fermín.

Trepaba por la espalda de Valtierra una chinche grande, redonda y colorada. Temblaban las llamas del velón, tiñendo de un amarillo céreo la frente medio sumergida de Manuel. Fermín volvió la cara y tosió con fuerza.

—Oh, perdóname, Fermín. No quise ofenderte. Tú eres un hombre honrado. Antes de esta noche, en la compañía, yo no me había fijado en ti; y ahora, hace sólo tres o cuatro horas, cuando te presentaste diciéndome tu nombre, no me resultaste demasiado simpático; no me resultaste, por lo menos, tan simpático como Valtierra, ese bravo hidalgo español que no sabe siquiera leer; pero luego he comprendido que tú eres el mejor de todos nosotros, el mejor del piquete, porque tú piensas en los demás seres humanos no con miedo, odio, ni siquiera indiferencia, sino con entusiasmo, afecto y generosidad… Oh, je sais, tú y Bautista habríais obrado con la misma delicadeza y bondad aquella noche, en el carro de los heridos, si Javierregay no hubiese sido de los vuestros, si él hubiese pertenecido al bando de los gigantes… Perdóname, pues, Fermín. Tú eres un honrado combatiente español. El mejor del piquete y acaso el único que siente ahora, verdaderamente, tener que dispararle a un amigo.

—A todos nos duele tener que hacerlo.

—A ti más, Fermín. Porque tú eres bueno y estás unido a Bautista por algo más importante que el recuerdo de un día angustioso, el recuerdo de un día feliz o la promesa de un desquite. Tú has compartido con Bautista algo infinitamente mejor: una buena acción.

—Yo no soy mejor que los otros —dijo Fermín—. Todos, todos somos unos cerdos dormilones.

—Yo no soy un cerdo dormilón —protestó Manuel, levantando rápidamente la cabeza. No he conseguido quitarme a Bautista del pensamiento, no he podido dormir siquiera cinco minutos.

La chinche, mientras tanto, había llegado a la nuca de Valtierra, y éste, entonces, sin mover la cabeza, con un gesto preciso y seco de su mano izquierda, golpeó al parásito, que resbaló herido hasta la mesa.

—Mirad —dijo Manuel—. No se ven a menudo chinches tan grandes.

—Vive todavía —dijo el francés.

La chinche, caída sobre el dorso, aplastados los tres últimos anillos, movía frenéticamente sus antenas y hacía movimientos rítmicos con la cabeza, elevándola ligeramente sobre el plano horizontal y dejándola caer luego, en un pequeño gesto trágico, un gesto de angustia, impotencia y dolor.

—En su agonía —dijo Fermín— ella sufre a su manera.

—Nadie se muere a gusto —musitó José Urdax, que se había acercado a la mesa sin hacer el menor ruido.

La chinche empezó a mover entonces sus seis extremidades, no sincrónicamente, sino con violencia, sin orden alguno: intentaba dar la vuelta sobre sí misma para recuperar su posición normal. Golpeaba en la madera con los artejos proximales de algunas de sus patas. A otras las encogía o estiraba sin aparente finalidad. El cuerpo era demasiado ancho y plano, estaba demasiado maltrecho para obedecer a los incoherentes movimientos del insecto.

—No hay manera de dormir aquí —dijo José Urdax.

—No. Es imposible —aseguró Valtierra sin moverse.

Seguía porfiando la chinche. Sólo había conseguido desplazarse circularmente unos pocos grados en el mismo plano horizontal. Había girado sobre sí misma unos diez o doce grados en el sentido de las agujas del reloj, se había quedado inmóvil un momento, y luego, ya con menos bríos, había vuelto a intentar la proeza decisiva.

No dejaba de agitar, entre tanto, sus antenas, y esto revelaba, posiblemente, no sólo un padecimiento físico, sino el presentimiento instintivo del fin.

—Ea —dijo Valtierra, sin moverse todavía, sin apartar la mano que le cubría los ojos—. Acabad con ella de una vez.

—No sabemos aplastar a estos bichos —dijo Manuel—. No sabemos aplastarlos con los dedos como tú.

Valtierra descubrió entonces la cara y mostró unos ojos pequeños, enrojecidos, ligeramente empañados.

—Incluso la agonía de un bicho como éste es fastidiosa —dijo—. Es triste y repugnante.

Los otros soldados, como de común acuerdo, miraron entonces

el brazo derecho de Valtierra, cubierto de un vello obscuro y espeso.

—Mirad, tiene los pelos de punta, se le ha puesto piel de gallina —advirtió Manuel.

Valtierra no contestó nada. Acarició un momento, con el pulpejo de su pulgar, el abdomen pálido del insecto. Presionó luego con fuerza sobre él; aplastó al pequeño bicho en un santiamén. Se percibió claramente su hedor. No se oyó más que un ligero chasquido, no se vio más que una mancha de sangre roja y fresca cuando Valtierra separó el dedo de la madera. Los restos del insecto, pegados primeramente al dedo del soldado, saltaron de nuevo a la mesa. Ya no se distinguían las articulaciones de las patas, las antenas ni las líneas de separación de los anillos. Era un pellejo seco y deforme lo que vieron los cinco hombres cuando bajaron de nuevo la vista.

—Rip —sentenció Fermín.

—Qué extraño es este Valtierra —comentó Manuel con intención —. Le duele el sufrimiento de una chinche; y es capaz, sin embargo, de dispararle a su mejor amigo y quedarse luego tan tranquilo, consolándose con la idea de que a él le quedan intactos un par de manos y un par de pies…

—No me quedaré tranquilo si le disparo a Bautista —confesó en voz baja Valtierra—. Nunca podré olvidarle.

Fermín soltó un hondo suspiro. José Urdax dijo entonces:

—Yo tampoco podré olvidarle.

Intervino René Duval:

—Bien, ninguno de vosotros ha conseguido pegar ojo esta noche. No os lo ha impedido el calor, el humo del tabaco ni la falta de aire puro. Os lo ha impedido Bautista. Sois cuatro españoles… loyals… leales… cuatro buenos y honrados españoles…

—Eh, mirad —dijo entonces Valtierra, señalando el heno—. Justo Sánchez se ha esfumado.

—No puede haber salido —indicó Fermín.

—Es cierto, no se puede salir de aquí —dijo el sexto hombre, asomando por el lado derecho del barril.

Era un hombre de aspecto inofensivo. Hablaba en voz baja, sin mirar a la cara de los demás. Su camisa estaba empapada por el sudor; el pelo, revuelto, con un mechón pegado a la frente; los

brazos, caídos; la espalda, curvada; todo revelaba abulia o cansancio en aquel hombre vulgar.

—Vamos, ¿te has despertado por fin? ¿Has dormido bien? —preguntó Manuel con un deje irónico en la voz.

—No esperaste siquiera a que te diéramos las buenas noches —añadió con una risita José Urdax.

Justo Sánchez se excusó:

—Me tendí en seguida porque no me encontraba bien; estoy enfermo esta noche. Pero no dormía; recuerdo todo…

—A ver, ¿qué es lo que recuerdas? —preguntó Valtierra.

Justo Sánchez se acercó a la mesa y se apoyó en ella con los dos brazos verticales. Hablaba queda y perezosamente:

—Entró una mujer con las mantas y os dijo algo en vascuence. Al salir ella, José Urdax os relató su historia… Yo pensaba entonces que no hay nada más triste para una muchacha que apenas ha conocido a sus padres, que ha vivido siempre sola y con dificultades, que le hagan probar la felicidad de un hogar y se lo quiten todo cinco minutos después…

—No se lo han quitado todo —dijo José Urdax—. Le dejaron el hijo que ha de nacer.

—Se necesita creer absolutamente en la bondad del mundo —aseguró Fermín— se necesitan muchos motivos de fe y de entusiasmo cuando se lleva un hijo en la barriga. Esperar un hijo cuando todo se ha derrumbado alrededor, esperar un hijo en una casa vacía, entre muertos, ruinas y disparos, es la situación más triste en que puede encontrarse una mujer.

Manuel volvió a la carga:

—Entonces, ¿cuándo te dormiste, Justo Sánchez?

—Os oí jugar unas partidas de mus. Decía Urdax, mientras tanto, que Bautista no era un extraño para él, que tenía muchas razones para no dispararle, que había asistido a su bautismo de fuego…

—Es verdad. Y faltó muy poco en aquella ocasión para que nos enterraran a los dos en vida —dijo el veterano.

—El francés preguntó entonces por qué razón debía ser fusilado Bautista —prosiguió Justo Sánchez—. Pero no recuerdo haber oído vuestra respuesta.

—No me la dieron, tu sais —dijo el francés—. Tendrían sus motivos. Pero yo he sacado entre tanto mis deducciones.

—¿Qué deducciones? —preguntó Fermín.

—Veréis. Puesto que la bola roja, digamos la bola de la muerte, fue sorteada entre todos los soldados de la compañía, habrá que admitir, en primer lugar, que somos todos nosotros, no Bautista solamente, no ninguno de nosotros en particular, los responsables de una grave falta…

—Los sorteos son frecuentes entre nosotros —explicó Fermín—. Uno paga por todos. Se cumple con la justicia sin faltar a la conveniencia militar. Salta el pellejo de uno: hay sanción y escarmiento; pero, habiendo una sola baja, la eficacia del ejército apenas disminuye; se puede continuar la guerra; se puede decir: aquí no ha pasado nada.

—Nuestra falta se castiga con la muerte —prosiguió el francés—. Se trata, pues, de un delito muy grave… Pero ¿qué delito?… He pensado sobre ello, he repasado en mi memoria… Y ya no tengo dudas: la noche del sábado, en las puertas de Echarri-Aranaz…

Se levantaron todos. Le miraban en silencio, hoscos, ceñudos, casi agresivos.

—No hables de esto —dijo finalmente José Urdax—. Tú no sabes lo que significa para unos hombres valientes, para los soldados de la mejor compañía del mejor batallón carlista este fracaso, esta vergüenza, este deshonor…

—Echarri-Aranaz —suspiraba Manuel—. Nunca olvidaré aquella noche.

Valtierra gritó:

—Basta. Dejemos esto.

Se hizo el silencio. Se oía sólo la respiración de los seis hombres. De pronto, dijo Manuel a Justo Sánchez:

—¿No oíste nada más?

—Bueno, sí. A ti precisamente, Manuel. Golpeabas a la puerta porque tenías una necesidad. No te hicieron caso; no tuviste más remedio que esconderte un momento detrás del barril… Bien, me pareció un recurso aceptable. Yo mismo, hace unos segundos… Pero no es eso todo: oí también el relato de Valtierra: una excursión con Bautista, un zortzico, una chica, una canción sentimental… Un recuerdo bonito, lo comprendo, algo como para no dispararle ahora a Bautista…

—¿Y luego? ¿Te dormiste por fin?

—Ah, qué prisa tienes, Manuel. Yo no dormía cuando el francés se acostó a mi lado. No dormía tampoco cuando tú referiste tu pelea con Bautista. Me enteré entonces que habías jurado quitarte la espina, pero también que no te agradaba ni poco ni mucho la posibilidad de cumplir tu promesa desde un piquete de ejecución.

—Bien, has oído también eso —dijo Valtierra—. Sabrás entonces lo que vino después: Manuel, Urdax y yo, de común acuerdo, nos dispusimos a olvidar a Bautista y a dormir.

—Exactamente. Pero, mientras tanto, Fermín le contaba al francés la historia de una extraña nochebuena… También él ha compartido algo con Bautista, ahí tenéis. Una buena acción, ha dicho René. Pero ¿lo fue realmente? ¿Fue una buena acción? ¿Se puede ayudar a morir a un hombre con rebuznos, cuentos, saltos y fandangos?…

—No lo sé —dijo José Urdax— pero es seguro que aquella noche, el recuerdo de aquella noche, representa también un lazo de unión entre Bautista y el piquete. El cuarto lazo. Fijaos. Hay cuatro ataduras. Cuatro ataduras que habrá que romper en el último momento.

René Duval esperó a que Urdax concluyera; dijo entonces cortésmente:

—Intentaron dulcificar su agonía.

—Ah, es posible —dijo Justo Sánchez, volviendo sobre su pensamiento. Añadió luego, con toda naturalidad:

—Si el herido hubiese sido una chinche y Valtierra hubiese estado allí, se habría puesto en práctica un procedimiento mejor.

—Muy bien, no has dormido en absoluto —dijo Manuel—. Nadie ha dormido en esta cochina ratonera. Está visto, no es éste un sitio adecuado para dormir.

—Me habéis hecho gastar muchas palabras —dijo Justo Sánchez — para convenceros de que no he descabezado siquiera un sueñecito. Y esto, bien mirado, no merecía la pena: es una pequeña cuestión sin importancia.

—No es una pequeña cuestión sin importancia —replicó Fermín.

René Duval dijo entonces:

—Has hablado hace un momento, José Urdax, de cuatro ataduras entre el piquete y Bautista. Es expresión tuya, yo no sabría cómo definir esa cosa… délié… sutil… en que estamos pensando

ahora… Pero yo pregunto: ¿hay sólo cuatro?, ¿sólo cuatro ataduras?, ¿no tendrá Justo Sánchez algo que añadir?

El sexto hombre se encogió de hombros y bajó la cabeza en un gesto que revelaba, al propio tiempo, cansancio, abulia y un ligero desdén.

—Oh, perdóname —se excusó el francés—. Perdonadme todos. Yo no soy realmente más que un actor secundario, un actor al margen, poco más que un simple espectador; aun así, ah, je le comprends maintenant, no debo permitirme esta curiosidad objetiva, esta actitud impersonal. Dejemos eso.

—¿Dejarlo? ¿Por qué? —dijo Fermín—. Justo Sánchez tiene algo que contarnos. Él ha hablado con la madre de Bautista.

XI

Entró en Navarra por el camino de Estella. Dos horas después, a las cinco de la tarde, se hundió el sol a sus espaldas, tras los montes de Vitoria. El caminante se detuvo entonces en el centro del pueblo y llamó a la puerta de la posada.

—¿Cena y cama para una noche? —repitió una viejecita con una cordialidad y una viveza insólitas en el país—. Estamos en guerra, pimpollo —tenía los ojos azules y el pelo blanco, reluciente y ondulado—. Si no eres exigente y te conformas con poquito…

—Sé muy bien que estamos en guerra —dijo él.

—Vamos, entra.

Subieron a una habitación espaciosa y obscura, con seis jergones alineados a ambos lados.

—Tendrás que pasar la noche con los chapelgorris. No hay otro sitio —dijo la anciana.

El huésped no respondió nada. Soltó su mochila y se asomó a la ventana.

—¿Te molesta quedarte con los chapelgorris?

La vieja le miraba con mucha curiosidad. El huésped se encogió de hombros.

—Los carlistas les traen de cabeza —añadió la mujer—. Hay carlistas por todas partes.

Dio la vuelta para mirarle a los ojos; parecía esperar una palabra, un pequeño gesto revelador. El hombre desvió la mirada.

—¡Ah, cuánto polvo encima! Habrás andado mucho. ¿Vienes de Vitoria?

—No.

La hospedera, después de un largo silencio, amoscada, impaciente, le preguntó:

—¿Puedo saber, por lo menos, cómo te llamas?

—Justo Sánchez —respondió el hombre sin inmutarse.

Ella pareció recobrar su buen humor.

—¿Podrías ayudarme a preparar la cena?

—Bueno.

Le llevó a la cocina, que estaba en el piso bajo. Un hermoso perdiguero hembra, tendido junto a la chimenea, les miraba con unos pequeños ojos pardos, llenos de nostalgia.

—Anda, despelléjame a los conejos —pidió la hospedera.

—Bien.

—Luego me enciendes el fuego.

—Bien.

—Me mondas las papas después.

Trajinaba la vieja sin callarse un momento:

—No quiero mujeres en la cocina, ¿sabes? Ni a mi hija ni a mi nieta. Buenos coscorrones se han llevado. ¡Las mujeres! Te lo revuelven todo, venga husmear en las ollas, venga a preguntar que si esto, que si lo otro, que si los ajos patatín, que si los pimientos patatán… Y yo no quiero chismorreos en la cocina, ea. ¡Aire!, ¡aire!, les digo. Y cuando yo digo aire… —la perra se incorporó rápidamente y salió de la cocina con sus orejas gachas y la cola entre las patas traseras—. Los hombres sois diferentes. No metéis la nariz en la olla ni en la despensa ni en el cajón. Te escuchan cuando les hablas, te contestan cuando les preguntas, te despellejan los conejos, te encienden el fuego, te mondan las papas… y luego se van… Ay, sólo debería haber hombres en el mundo.

—Ya.

—Tú eres castellano.

—Sí.

—Burgalés.

—Sí.

—Tengo buen ojo, ¿no te parece? Conozco a la gente.

—Por el modo de hablar.

—A ti por el traje y por el modo de andar y de moverte y de sentarte; que tú no has dicho esa boca es mía.

—Ah, bien.

—Y te diriges a Los Arcos, se te ve en la cara.

Justo Sánchez se hizo el sordo. Dijo luego:

—Listos los conejos.

La anciana pareció vacilar:

—Si no vas a Los Arcos, vas a Estella. No se puede ir a otro sitio desde aquí. A Los Arcos, con los liberales o a Estella con los carlistas.

—Listo el fuego.

—Todos los días pasan chapelgorris en dirección a Los Arcos. Carlista que encuentran por el camino, alma para el otro mundo. ¿No serás tú un chapelgorri disfrazado?

—Este cuchillo no me sirve.

—Pero también pasa algún que otro carlista, no creas. A reunirse en Estella con los suyos. A lo mejor, eres tú un carlista de ésos…

—Mondadas las papas.

—Tienes buenas manos, pimpollo. Pero no hay quien te haga soltar la maldita. Castellano habías de ser.

—Voy a dar una vuelta. Adiós.

En la calle, vio de nuevo Justo Sánchez a la perra triste de la cocina. Al pasar junto a ella, le acarició la cabeza. Una niña de unos diez años, que tenía los mismos ojos azules de la hospedera, pero no la misma vitalidad, a juzgar por su modo de comportarse en los juegos, se le acercó entonces y le dijo:

—Se llama Lucero. Está muy triste.

—¿Por qué?

—Por lo mismo que yo.

—¿Y por qué estás tú triste?

—No te lo puedo decir.

Otras niñas, saltando a la comba, chillaban y reían nerviosamente en mitad de la calle. Los chapelgorris, peseteros reclutados en el país vasco, con sus chacós encarnados y sus mosquetones al hombro, iban de un lado para otro muy agitados, dando grandes voces, mostrándose los puños; se abrazaban luego con efusión, se insultaban de nuevo, volvían a hacer las paces, se quedaban callados por fin. Se adivinaba en el ambiente la tensión, la inquietud y la tristeza de la guerra.

Ya lucía la luna, blanca, grande, casi entera, en el cielo gris del crepúsculo. Aunque llegaba noviembre a su término, el frío no era todavía muy intenso. Justo Sánchez salió del pueblo y se apoyó en un árbol del camino. Lucero, la perra, le había seguido. El hombre

miró entonces a sus pequeños y dulces ojos, como intentando averiguar la causa de su tristeza. Dijérase que hablaban aquellos ojos y que una misteriosa conversación tenía lugar entre el animal y el hombre en aquella paz del crepúsculo, en aquel silencio absoluto. Se hizo la noche y regresaron los dos al pueblo.

En la cocina de la posada, diez o doce chapelgorris habían empezado a cenar. Chisporroteaba el fuego, humeaban los platos, y los comensales, entre risas, golpes y palabrotas, sorbían la sopa sin la menor discreción. Un río caudaloso, despeñándose allí, no habría producido tanto ruido. Justo Sánchez se sentó en un extremo de la mesa, pidió su ración y empezó a comer con mucha gana.

Contaba, mientras tanto, un chapelgorri bizco:

—Os digo que se escapó del modo más increíble. ¡Las cosas! A nadie en Pamplona se le ocurrió detenerlo.

—¿Y por qué habían de detenerlo, eh, tú?

—Vamos, Zumalacárregui no es un pichón inofensivo, no diréis que lo sea, eh, y a ellos además se les había ordenado desde Madrid que lo vigilaran.

—Pues no lo hicieron, ta, ta. Y a los faciosos les ha caído un jefe del cielo.

—Bah, no es más que un militar duro que sólo conoce medianamente su oficio.

—Por algo Iturralde no le quería ceder el mando.

—Claro, tenían la misma graduación, pero Iturralde había proclamado antes al Pretendiente.

—Quiso arrestar incluso a Zumalacárregui, ya ves tú.

—¡Qué había de querer! Si le recibió con los brazos abiertos.

—Bueno, es lo mismo, pronto les cazaremos a los dos y les colgaremos de un palo cabeza abajo.

—Eso, eso, cabeza abajo —remachó la hospedera.

—¿Dónde está Bautista? —preguntó entonces un cristino pelirrojo.

—Se fue a Zaragoza con un tío suyo —respondió la mujer—. Trabaja ahora en el campo, le ha cogido ley a la tierra, eso es todo.

—Ya le echarán de menos, ya.

—Qué quieres. Cuando los chicos se ven las alas, ¡a volar!

—Y usted, abuela, dale que dale a los platos.

—Genio y figura…

—Usted no se muere nunca, abuela.

—Como no sea de un susto.

—¿Qué susto?

—Que se me aparezca el Tío Zamarra, pongo por caso.

—Ya le colgaremos al Tío Zamarra.

—Pues os digo que por este hombre andaremos de cabeza.

—Qué hemos de andar. Hace un mes que manda a los carlistas y a ver si me dice usted qué ha conseguido.

—Nada. Sólo que estuvo en un tris de quitarnos Vitoria.

Al conejo le rociaron con tinto. Los ánimos se exaltaron. Se convirtió el salto del río en una hervorosa catarata.

—Mirad, mirad, un espía de Zumalacárregui —dijo de pronto el pelirrojo, señalando a Justo Sánchez.

—Es verdad, tiene pinta de facioso y no hace más que escucharnos sin soltar prenda.

El chapelgorri bizco se enfrentó con el solitario y tiró con fuerza de su camisa.

—Si no dices ahora mismo muera Carlos quinto, te hacemos picadillo, ea.

Le rodearon todos. Uno cogió su mosquetón. Otro le amenazó con el puño. Pero la vieja soltó una carcajada.

—Vamos, vamos, pobre hombre, no os metáis con él. ¿Qué sabe él de Carlos quinto ni de la tía de Matusalén? Dejadle en paz con sus cerdos.

—¿Qué cerdos?

—Anda siempre arriba y abajo con una piara de cerdos asquerosos. Compra, vende, cambia, qué sé yo… Judío tal vez sea. Carlista, ni lo soñéis.

Justo Sánchez la miró agradecido.

—No puede ser a la vez judío y carlista —razonó el chapelgorri más viejo.

—Venga, un trago a la salud del judío —gritó la hospedera.

—¡Por sus cerdos!

—¡Por su nariz!

—¡Por su bolsa!

—Anda, muéstranos tu bolsa, judío —dijo el pelirrojo—. Saca los cuartos y páganos la ronda.

—No tengo ninguna bolsa —rezongó Justo Sánchez—. No traigo

un céntimo.

—Ah, es un judío, es realmente un judío —exclamó el chapelgorri más joven.

—¡Arrauya! ¡Vivan los judíos! —gritó entonces la vieja.

Subieron a su cuarto los chapelgorris. Se quedaron solos en la cocina Justo Sánchez y la hospedera.

—Gracias —murmuró él.

—Empiezo a creer que no eres un chapelgorri disfrazado —dijo ella.

—Claro que no lo soy.

—Y judío, ¿lo eres acaso?

Él no respondió. Se le notaba la lucha interior.

—Muy bien, pimpollo. No te debes confiar a nadie. Pero ten en cuenta una cosa: no sólo la lengua te puede traicionar.

—¿Qué quiere usted decir?

—Ah, no importa —la hospedera empezó a lavar los platos—. ¿Tú sabes dónde está Bautista, mi nieto?

—En Zaragoza, usted lo ha dicho.

—Dios me perdone. Bautista está en las Amescoas, con los carlistas.

—¿Por qué me cuenta usted eso?

—Porque tú vas a combatir a su lado, pimpollo. Porque seréis como hermanos bajo la misma bandera.

No respondió Justo Sánchez. Le temblaban un poco las manos. Subió a sus mejillas un ligero rubor.

—Ah, Bautista, qué gran chico… —suspiró la mujer—. Es un orgullo, sabes, es un orgullo tener a un hombre de la familia, a un hombre nuestro por esos campos de Dios, hablando la verdad con su fusil, exponiendo el pellejo y la sangre por la Religión y por el Rey…

—Bien, pero usted, ¿no sufre por él?

—¿Sufrir? ¿Por qué? Nunca será un cobarde mi Bautista, nunca se ablandará.

—Pero se lo pueden matar.

Ella se volvió. Arremangada la blusa negra en los brazos. Un plato rajado en la diestra. Un fulgor en los ojos y una sonrisa.

—¡Qué importa eso!… Escucha, pimpollo. Al día siguiente de incorporarse se ofreció mi nieto para llevar un mensaje a través de

las líneas enemigas. No era un trabajo fácil, puedes creerlo. Le hirieron a él, mataron a tres de sus compañeros… Pues bien, cuando yo lo supe, le escribí a Bautista: «Muy bien, hijo mío, sigue lo mismo, compórtate así todos los días». Y me ha hecho caso, sabes, me ha hecho caso. En todas las circunstancias difíciles, siempre que se necesita un hombre decidido y sereno, allá va mi Bautista ofreciendo su sonrisa… Pues, mira: cuando Zumalacárregui tomó el mando, le fueron presentados los soldados más valientes del ejército. Mi nieto estaba entre ellos, naturalmente. Y el General dijo entonces: con estos bravos muchachos formaremos un batallón invencible.

—El de los Guías Navarros.

—Exacto. Y yo te digo, jovencito, que este batallón será realmente invencible y te digo también que tú tendrás un puesto en él tan pronto como lo deseas.

—¿Cómo lo sabe usted?

Hubo una pausa. Susurró la hospedera:

—Pídele a mi Bautista que sea tu amigo, pimpollo. Es un gran chico mi Bautista. Velará por ti mientras dure la guerra.

Una sonrisa magnánima y feliz iluminó el rostro de la anciana.

—¡Teresa! —llamó entonces—. Acompaña a este muchacho.

—No es necesario que me acompañen —dijo él—. Conozco el camino.

—No sabes el camino —aseguró la vieja—. Mi hija Teresa, la madre de Bautista, te acompañará.

Apareció ésta. Cojeaba un poco. Tenía los mismos ojos azules de su madre. Los cabellos, largos también, suavemente ondulados y recogidos en la nuca; pero no eran blancos como los de la anciana, sino castaños.

—Ha confesado —dijo la abuela, riendo.

—Sígame, haga el favor —indicó finamente la madre de Bautista.

Le condujo hasta una pequeña habitación situada al otro lado del pasillo. Una cama, una mesa, un armario. Todo limpio y austero. Llegaban, a través de la ventana entornada, los últimos ruidos de la calle.

—El cuarto de Bautista —explicó la madre—. Acomódese a su gusto. Ahí tiene a su mochila. Era peligroso dejarla arriba con los

chapelgorris…

Justo Sánchez se dio una palmada en la frente:

—Es verdad, Dios mío, me olvidé la carta en ella…

—Una carta de presentación para Zumalacárregui no les habría parecido muy bien a los chapelgorris —dijo, riéndose, la mujer—. Pero usted tendrá que perdonarnos la intromisión. En tiempo de guerra hay que tener mucho cuidado con los huéspedes. Por esto fisgoneó mi madre en su mochila. ¿Nos perdona usted?

—No faltaba más. Pero ¿no le importa a usted cederme la cama de su hijo?

—No, al contrario. Me gusta que la ocupe un buen muchacho de vez en cuando. Mañana me haré la ilusión de que ha estado aquí Bautista. Pero ¿no quiere fumar? Ahí tiene usted tabaco, tómelo sin cumplidos.

Justo Sánchez, un poco cohibido, lió un pitillo con el tabaco de Bautista.

—Me agrada el olor del tabaco —dijo la madre—. Hace ya muchas semanas que no lo sentía en este cuarto. Bautista era el único hombre en la casa, ¿sabe usted?… A los veintisiete años me quedé viuda, volcó el carro en que viajábamos mi marido y yo; él falleció en el acto y yo quedé con esta pierna estropeada para toda la vida… Ya ve usted, viuda y con un chaval de nueve años y una niñita recién nacida. Pero Bautista ha sido un gran consuelo para mí, puede creerlo… ¡Tiene un corazón y unos arrestos y una alegría!… Pero qué le cuento yo, Dios mío… Las madres no sabemos hacer más que poner a los hijos por las nubes… Usted me perdona, ¿verdad?… Pero se parece usted a Bautista, sí, sí, no es una ilusión… Te pareces a él, hijo mío… Eres también un buen muchacho, se te ve en los ojos… Dile a Bautista de mi parte, cuando le encuentres, que cuide de ti, que no te abandone nunca… Díselo, hijo, porque si él te toma cariño… te lo tomará, estoy segura… y te pone bajo su protección, entonces ya puedes reírte tú de los peligros de la guerra y de las broncas y de todo… Ay, Dios mío, pero cuánto hablo, será este humo que se me mete en la cabeza. Si hasta me escuecen los ojos… Acuéstate en seguida, hijo… Mañana te llamaremos muy pronto, para que no se enteren los chapelgorris que te vas a Estella… Anda, duérmete, hijo, y que Dios te bendiga…

Se fue la madre, cojeando suavemente. Terminó de fumarse su

pitillo Justo Sánchez. Se desvistió en un santiamén y se metió en la cama de Bautista. En seguida se quedó dormido.

Antes de que amaneciera le llamaron. En la cocina le aguardaba la abuela para servirle el chocolate. Mientras el hombre comía, suspiraba la mujer. No tenía ella el aspecto feliz de la noche. Más vieja y más débil parecía a la luz del alba. Se había sentado frente al huésped y se frotaba nerviosamente las manos. Intentaba decir algo y no lo conseguía.

—Bueno, se acabó, rico chocolate —dijo Justo Sánchez, cuando terminó de limpiar el tazón con un pedacito de pan.

La vieja no se levantaba. No decía nada. Como si quisiera retener al huésped unos minutos más.

—Digo que me voy.

Hizo ella un esfuerzo, estalló por fin:

—Cuídele, sabe, cuídele usted. Él no es más que un chiquillo, diecinueve años, un rapaz. Ay, Señor, qué sabe él de la vida… Cuídale tú que eres mayor, hijo mío, no dejes que me lo maten… La vida, la vida, eso es lo que cuenta… Oh, ya sé, ayer… Pero no hagas caso, hijo, olvida lo que te dije ayer… A veces hablamos y hablamos y nos creemos muy valientes… Luego una piensa, se siente verdaderamente mujer y ve todas las cosas con ojos diferentes… Conque tú se lo dices de mi parte, hijo mío… que se conserve bueno, que no se exponga inútilmente… ¿Se lo dirás? ¿Me lo prometes? ¿Me prometes que se lo dirás, que cuidarás de él y que me lo traerás vivo y sano algún día? Hazlo por esta vieja que se está muriendo, pimpollo…

Se puso a santiguar al hombre con una unción maravillosa, como si realizara un viejo rito inexcusable. Le trazaba una cruz en la frente, otra en la boca, la tercera en el pecho.

—Se lo prometo —susurraba él—, se lo prometo.

Dijo amén la abuela y respiró satisfecha. Floreció una sonrisa en el pergamino de su cara.

En el zaguán de la casa, aguardaba al huésped la madre de Bautista. No hablaba; y era que un nudo en la garganta se lo impedía. Parpadeaba rápidamente, esbozaba una sonrisa; y era que el llanto asomaba y ella quería evitarlo. Justo Sánchez dijo:

—Quédese tranquila, señora. Yo cuidaré de su hijo.

Entonces se le acercó la madre; se aproximaron mutuamente

hombre y mujer; le miró ella con un asomo de duda; abrió él los brazos; le estrechó ella entre los suyos; le besó por fin en las mejillas y le dejó dos lagrimones en la barba.

Amanecía. Por los llanos de Estella, allá a lo lejos, una promesa de sol encendía la esperanza. Esperanza en el día nuevo, en la vida nueva, en la victoria, en la paz. Justo Sánchez, animosamente, emprendió su ruta hacia ella.

Lucero le precedía. La niña de los ojos azules caminaba a su lado; dijo ésta de pronto:

—Ay, cómo te gustan los perros, chaval.

—Sí que me gustan —respondió el soldado.

—¿Ya sabes por qué está siempre triste Lucero?

—Sí. Porque echa de menos a Bautista.

—Todos le echamos de menos —suspiró la niña, ladeó su cabecita, hizo un gracioso arrumaco—. ¿Me dejas que te acompañe un trecho?

—Bueno.

—¿Te vas a Estella, verdad?

—Aciertas.

—Está muy lejos Estella. Pero el camino es bonito, ya lo verás. Yo fui a Estella el año pasado, fui con Bautista. Una romería al santuario del Puy. ¡La gente que había! Tiendas de refrescos. Titiriteros. A la salida del oficio se cantaron jotas.

—Claro.

—También cantó mi hermano. Él solo, oye, en medio de todos. Todos mirando, y le escuchaban con la boca abierta. Y él como si tal cosa, sin una pizca de vergüenza… A mí sí me habría dado. ¿Y a ti, chaval?

—Seguro.

—Oye, ¡qué bonita era la jota de Bautista! Decía algo de la Virgen del Puy, no recuerdo bien, decía que la Virgen del Puy era más linda que la del Pilar… ¿Es de verdad más linda? ¿Qué crees tú?

—Yo qué sé.

—¿No has visto nunca a la del Pilar? ¿No has estado en Zaragoza?

—No.

—Oye, ¿es verdad que Zaragoza es más grande que Estella? ¿Tú

te crees eso?

—Claro.

—¿Y es verdad que aún hay ciudades más grandes que Zaragoza? ¿Y que están más lejos todavía?

—Sí.

—Entonces el mundo… Debe de ser muy grande el mundo, debe de ser enorme, ¿verdad, tú?

—Verdad.

—Oye, ¿qué te ha metido tu madre en la mochila?

—Yo no tengo madre.

—Entonces, tu abuela…

—No tengo a nadie.

—¿No tienes a nadie? ¿Cómo puede ser eso?

—No lo sé.

—Bueno, de ahora en adelante tendrás a Bautista.

—Sí.

—Y a mí… si tú lo quieres, claro…

—Sí.

—Y también a madre y a abuelita.

—Sí.

—Y a Lucero. ¿Verdad que te gusta tener a Lucero?

—Por descontado. Pero no sigas más. Ya te has alejado mucho.

—Bueno, te dejamos entonces. Adiós.

Justo Sánchez acarició la cabeza de Lucero, que meneó el rabo con mucho gozo. Luego besó a la niña en la punta de la nariz.

—Adiós.

Ya se iba Justo Sánchez. Gritó la niña:

—Oye, ¿irás al santuario del Puy cuando llegues a Estella?

—Sí.

—Pues quiero darte un encargo. Pídele a la Virgen de mi parte…

La niña buscaba las palabras.

—¿Qué?

—Que os proteja a ti y a Bautista. Que cuide siempre de los dos.

XII

Se abrió la puerta del desván y empujaron a un hombre al interior. Permaneció un momento indeciso en la penumbra mientras se cerraba la puerta tras él. Manuel fue el primero en identificarle.

—Mirad, es nuestro capitán —exclamó alborozado.

Todos se cuadraron. Manifestaba su sorpresa el oficial:

—Hombre, Manuel, tú por aquí…

Al acercarse a la mesa, el velón iluminó débilmente su rostro: era una cara grande con una frente estrecha y una barba enorme, de muchas semanas, en el fondo de la cual brillaban un par de ojos completamente redondos y oscuros. El hombre era bajo, ancho, y lucía sus divisas de capitán. Hablaba sin la menor afectación, rascándose de vez en cuando el cogote o la espalda. Su modo de hablar, su actitud revelaban campechanía y cordialidad y también un poco de tristeza.

—Pues ya lo veis, aquí estoy… Ya me estabais echando de menos, eh, es lo que yo digo, contra, que cuando uno se acostumbra a las broncas, ya no puede pasarse sin una buena ración de ellas todos los días.

—Las cábalas que nos hacíamos, mi capitán —explicaba Manuel —. ¿Dónde se habrán metido el capitán y los otros oficiales?, nos preguntábamos, ¿qué habrá sido de ellos? Y es que una compañía sin su capitán, una compañía sin mando es como… como un carro parado, ¿no le parece, mi capitán?, como un carro sin… —se detuvo Manuel, dándose cuenta de que iba a meter la pata.

Soltó una risotada el oficial. Bruscamente dejó de reír y permaneció un momento silencioso. Hacía esfuerzos con los ojos para adaptarse a la penumbra del desván. Miró sucesivamente a todos los soldados y dijo:

—¿Conque esto es un piquete? ¿Un piquete de ejecución? —no respondió nadie, se hizo un silencio hostil—. Quién os lo iba a decir, muchachos, quién os lo iba a decir… —contaba el oficial los fusiles, amontonados en un extremo de la mesa—. ¿Seis solamente?, ¿sois sólo seis hombres? —se encogió de hombros—. Bien, espero que será suficiente… ¿Me dais de fumar?

Fermín le acercó su petaca.

—Hombre, el cabeza dura —le propinó el oficial un afectuoso coscorrón—. ¿Qué nos cuentas, Fermín?

—Hoy no estamos para bullas, mi capitán.

—Sí, lo comprendo —bajó la vista, preguntó en una brusca mutación—: ¿Dónde están las municiones?

—No nos han dejado municiones —aclaró José Urdax—. Deberán de traerlas en el último momento.

—Ya entiendo. No quieren que carguéis con un motín en la conciencia.

—No nos habríamos amotinado —replicó secamente José Urdax.

Valtierra se ponía la casaca.

—Deja, hombre. No hagas cumplidos conmigo… Pero si es la casaca del muerto. Me acuerdo muy bien. Tenías la camisa rota y yo te di permiso para quedarte con los despojos del guiris… Fuiste el primero; luego se extendió la costumbre… Pero ¿qué demonios te dije entonces?… Ah, sí, ya me acuerdo… que olías a muerto.

Se sentó el capitán. Los soldados, de pie, le rodeaban. Decía aquél:

—¿No sabéis? Iban a fusilarnos a todos los oficiales.

Los seis soldados contenían la respiración. Se estrechó el cerco en torno del capitán. Prosiguió éste:

—Sí, la primera impresión fue muy mala, no esperábamos salvar la piel. Pero luego el Jefe —él no decía el Tío, el Tío Tomás o el Tío Zamarra como los soldados, sino el Jefe, el Jefe a secas, y se refería a él con respeto, incluso con cierta afectuosa complacencia—, cambió de parecer porque se enteró que los oficiales habíamos sido los últimos en abandonar la partida… Así que a los otros les ha dejado que se larguen, pero a mí me ha tenido sujeto hasta ahora. Porque yo, claro, soy el capitán, el único responsable en la compañía… —se secaba el sudor del cuello con el dorso de la mano —. Madre mía, qué calor hace aquí… Pues bien, yo he estado

hablando hasta ahora con este hombre y no ha sido nada divertido, podéis creerlo. Duelen las verdades del Jefe como martillazos en la cabeza. Estoy como aturdido todavía —fumaba con avidez—. Y es que, en el fondo, yo no acabo de comprender esto, no comprendo nada… Ha sido todo tan rápido, tan extraño, tan inesperado… —se calló un momento—. Voy a hacer otro pitillo, Fermín —cogió de nuevo la petaca—. Pero cuéntanos tú algo, cabeza dura; no habrás perdido del todo el buen humor…

—Sí, lo he perdido del todo —respondió tristemente Fermín.

—Ya no debe de faltar mucho para que amanezca —dijo Manuel.

—Son las cuatro —contestó el capitán.

Encendió el segundo pitillo. Chupó con fruición y se tragó todo el humo. Estiró las piernas por debajo de la mesa.

—¿Quién es ése? —preguntó de pronto.

—Soy Justo Sánchez —contestó el castellano sin levantar la vista.

—Sí, ya me acuerdo, tú eres el que nunca habla. Bien, hombre, bien. Más se gana escuchando que soltando barbaridades —miró fijamente al francés—. Y aquí tenemos al mesiu, pero ¡contra!, a él no deberían meterle en estos berenjenales…

—La suerte lo ha decidido —explicó Manuel.

—Ah, bien, entonces no hay nada que objetar —se dirigió al francés extremando su cortesía, esbozando incluso una pequeña reverencia—. ¿Comantalevú, mesiu?

René Duval, clavado en su posición de firmes, contestó:

—Très bien, mon capitaine. Merci beaucoup, mon capitaine. Et vous même, mon capitaine? Je suis charmé de vous revoir, mon capitaine.

El oficial hizo como que entendía toda aquella balumba de palabras. Dio incluso la impresión de que intentaba volver a la carga; pero luego lo pensó mejor, se volvió hacia Valtierra y exclamó:

—J'ai compris, hombre, j'ai compris.

Faltó poco para que soltaran la risa los soldados. Y es que al capitán de su compañía le llamaban precisamente capitán Jecomprí, porque siempre que se encontraba con un francés, le preguntaba: ¿comantalevú mesiu?, y luego, si el otro respondía en su idioma,

como el capitán no entendía jota ni sabía qué contestar, para terminar con dignidad su pequeña aventura se volvía indefectiblemente hacia cualquier otro soldado de su acompañamiento, el más zote a poder ser, y le decía, haciendo grandes movimientos afirmativos con la cabeza y dándose ingenuamente mucha importancia: j'ai compris, ¿sabes tú?, j'ai compris.

Pero entonces, acariciándose la barba, con la mirada humilde, dijo el capitán:

—Bien, vengo a mandar este piquete. Es mi último acto de servicio.

—¿Su último acto de servicio? —preguntó Manuel—. ¿Por qué el último? ¿Qué quiere usted decir, capitán?

—Mirad, yo soy el capitán de la compañía, el único verdaderamente responsable de todo cuanto en ella ocurra… A uno de los soldados le vais a pringar dentro de poco porque hay que hacer un escarmiento. Y para que el escarmiento sea completo, para que no falte nada en la charanga, habéis de fusilarle vosotros, es decir, seis soldados de la propia compañía… Pues bien, yo que soy el capitán, yo que soy el responsable, no puedo quedarme al margen de todo esto, tan tranquilo, tan feliz, con mis galones y mis medallas… ya lo comprendéis, ¿verdad?… y por eso primero debo mandar el piquete y luego… luego debo esfumarme, irme a mi casa, dejar el Ejército, no para unas semanas, no para unos meses, no para unos años: para siempre, para siempre… En fin, el Jefe lo ha dispuesto así. Él lo ha decidido y ya nada ni nadie le harán volver atrás.

El capitán se calló un momento, se cubrió los ojos con la diestra. No se movían los soldados, no se les oía respirar.

—Tengo un hijo, ¿sabéis?, un hijo de quince años… Y a un hijo de quince años no se le puede decir que vuelve uno a casa porque le da la real gana de volver… A un hijo de quince años hay que mirarle a los ojos y apretarle en el brazo y decirle toda la verdad… —hizo una pausa, se sonó, prosiguió con voz apenas perceptible—. Habrá que decirle: mira, hijo, vuelvo a casa porque me han echado del Ejército, porque me han dado una patada en el trasero y me han escupido en la cara… y todo esto con justicia… ¿sabes, hijo?, con justicia… porque yo… yo he sido un cobarde…

—No diga eso, mi capitán, no diga eso —gritó Valtierra.

—Ah, ¿no lo puedo decir? ¿Es que no he sido un cobarde? ¿No lo hemos sido todos? ¿No les hemos tenido miedo a cuatro ratas dormidas?… Está bien, no se lo hemos tenido. Pero entonces, a ver, dímelo tú, Valtierra, ¿qué es lo que hemos tenido esa maldita noche frente a las empalizadas de Echarri-Aranaz?

—Por lo menos, no miedo a los hombres —explicó Fermín—, no el miedo corriente que se tiene a los hombres y a las balas.

Intervino José Urdax.

—Nunca habíamos utilizado un ardid ni nos habíamos servido de un traidor; no habíamos combatido jamás en las tinieblas contra hombres y mujeres dormidos. Fermín lleva razón: no les tuvimos miedo a los hombres armados. Les teníamos miedo a nuestra propia traición, al silencio, a la oscuridad, a los fantasmas.

—No creerás tú en los fantasmas —comentó Valtierra.

El capitán dijo entonces:

—Ya veis, nunca he mandado un piquete de fusilamiento.

—No hay más que dar la orden de fuego una vez formados los hombres —indicó Manuel.

—También le darán a usted un arma, mi capitán —prosiguió José Urdax—. Y cuando hayamos concluido nosotros, debe usted acercarse al reo y dispararle un tiro a la cabeza.

—Ya lo sé —gritó el oficial—. Sé muy bien lo que tengo que hacer.

Se había levantado. Recorría el desván a grandes zancadas. Exclamó de pronto:

—Contra, todavía me duele este tobillo.

Se detuvo frente a Manuel y le preguntó en voz baja:

—¿Quién es él? ¿A quién correspondió…?

—A Bautista Lecumberri —susurró Mosquito.

A través del ventanuco del techo se veían las estrellas: inmóviles, pequeñas, diríase frías, como dejadas al azar. Pero, ardientes en realidad, apenas mensurables con los recursos humanos, desplazándose con asombrosa velocidad por los espacios sin fin, no estaban ellas abandonadas al azar. Seguían cumpliendo —nunca dejarían de hacerlo— la Orden irrevocable, la Ley.

—Dios mío, uno de los más jóvenes, uno de los más valientes…

Se sentó de nuevo el capitán. Se cubrió la cara con las manos.

—Pudo ser él —dijo de pronto, en voz baja, como hablando consigo mismo.

—¿Pudo ser él? ¿Qué quiere usted decir, capitán?

Miró éste a Manuel. Después, sucesivamente, a todos los demás. Se le veía la tristeza en la mirada.

—Ah, escuchad. Aquella noche, cuando íbamos a entrar en Echarri-Aranaz, antes de que sonara el primer disparo, yo…

—No hable más de aquella noche, capitán —le interrumpió Valtierra—. Por lo que más quiera, no hable más de ella.

El oficial, turbado, molesto por aquel inesperado arrebato del Bravucón, contestó entonces:

—Bien, no hablaremos más de aquella noche, no hablaremos más de Echarri-Aranaz. Pero al pensamiento tú no me lo puedes detener, Valtierra. Nadie me lo puede detener…

XIII

A los diez meses de iniciadas las hostilidades, es decir, a mediados de agosto de 1834, el problema más grave que tenía planteado Zumalacárregui era el que le ocasionaba la falta de artillería.

Rodil, el jefe cristino, había dispuesto que se fortificase toda ciudad o pueblo de alguna importancia para sus planes estratégicos, y los carlistas, tan temibles en campo abierto, se hallaban, al no disponer de artillería, en unas condiciones tales de inferioridad frente a un simple muro aspillerado, que no podían permitirse el menor ataque o escaramuza contra estos núcleos vitales de los cristinos.

Gracias a los manejos de un viejo intrigante al servicio de los carlistas, un tal Jiménez oriundo de Villafranca, se ganó para la Causa realista a uno de los guardianes de Echarri-Aranaz.

En este pueblo de la Burunda, habían construido los cristinos uno de los fuertes más importantes de Navarra. Constaba su guarnición de unos quinientos hombres y en él se guardaban cuatro mil fusiles y seis cañones.

Apoderarse de esta fortificación y de sus pertrechos era de vital importancia para los carlistas. Pero ellos no podían soñar siquiera en un asalto a la descubierta, estando rodeado el fuerte de una doble empalizada y de un foso profundo, y defendiéndolo quinientos hombres que disponían además de un potente cañón en cada esquina.

El recurso que les quedaba a los carlistas era atraer a su bando a alguno de los guardianes, entrar en el fuerte por sorpresa y coger desprevenida a toda la guarnición.

Esto es lo que tramaron, con la aquiescencia y satisfacción de

Zumalacárregui, Jiménez, el intrigante carlista y Manzano, el teniente conjurado de Echarri-Aranaz.

Nadie se acostó aquella noche en el campamento carlista. Sabían todos que había que llevar a cabo una importante acción antes del alba.

Al aparecer Jecomprí en el cobertizo destinado a su compañía, varios soldados le rodearon, preguntándole si ya era hora de partir. El capitán no les contestó particularmente, sino que, situándose en el centro del cobertizo, junto a un farol portátil que habían dejado en el suelo, se dirigió de un modo general a toda la compañía.

—Alegraos, muchachos —dijo con un tono de voz que no denotaba, por cierto, un gran entusiasmo—. Por disposición del Jefe seremos los primeros en entrar esta noche en Echarri-Aranaz. Debemos sentirnos orgullosos por esta distinción, puesto que ella revela la confianza que ha depositado el General en nuestra compañía… —arrojó lejos la colilla de su cigarro y prosiguió en un tono más natural—. Avanzaremos en silencio hasta la puerta principal del fuerte y yo daré entonces la señal convenida, una señal que estará aguardando el teniente de la guardia, el cual se ha comprometido a franquearnos la entrada y a alejar a los restantes centinelas en el momento oportuno… Cuando él nos indique que el paso está franco, entraremos nosotros en el fuerte sin hacer el menor ruido, para sorprender dormida a toda la guarnición… —encendió el capitán otro pitillo y aspiró el humo con fuerza, como era su costumbre—. Proceded entonces con astucia y serenidad, muchachos; nada de disparos ni voces; recordad que las bayonetas no hacen ruido y que no conviene hacerlo mientras quede un solo cristino con vida en el fuerte.

Se dejó oír entonces un leve murmullo de sorpresa y desaprobación entre los soldados, y el capitán, adelantándose a las posibles objeciones, añadió:

—Sí, lo sé, éste no es un procedimiento habitual entre nosotros, no tenemos costumbre de utilizar a los traidores ni de matar a mansalva; pero para ganar una guerra es absolutamente preciso disponer de artillería, y para apoderarnos ahora de los cañones de Echarri-Aranaz no hay un procedimiento mejor… —se dirigía hacia la salida—. Bien, muchachos —concluyó—. Ya sabéis las órdenes, formad ahora en la explanada.

Iban formando en silencio, a la luz del farol del muro, en aquella vasta explanada de la Burunda, que se extendía frente al caserón en donde Zumalacárregui preparaba hasta altas horas de la noche sus planes de campaña, varias compañías del Batallón de Guías y del tercer Batallón Navarro.

No parecían muy satisfechos por la distinción del General los hombres de Jecomprí. Se oían comentarios en voz baja que denotaban el poco entusiasmo con que iba a iniciarse la empresa.

—Pudieron haber escogido a otros para entrar los primeros: no nos cubriremos de gloria saltando como gatos sobre cuatro ratas dormidas.

—No se necesita mucho valor para una cosa así. Se necesitan sólo prudencia y astucia y luego unas tragaderas muy grandes.

—No es nada agradable hundirle la bayoneta a un tipo dormido, no se olvida en mucho tiempo la impresión…

—Pero, escuchad, ¿quién nos asegura que ese centinela está realmente de nuestra parte?

—Vamos, ¿qué quieres decir? No pensarás que nos ha mentido el capitán.

—Oh, no. Pero puede habernos engañado ese cristino para conseguir que vayamos confiados hasta el fuerte.

—¿Piensas que nos han tendido una celada?

—Os digo que no me hace ninguna gracia esta distinción del Tío.

—Tampoco al capitán le agrada. ¿No os habéis fijado en lo pálido y ceñudo que está esta noche?

Jecomprí se acercaba rápidamente desde el cuartel general. Se puso al frente de sus hombres y ordenó iniciar la marcha. Los capitanes de las otras compañías le imitaron, y el pequeño ejército carlista se sumergió en las tinieblas. Entró en el camino real de Salvatierra, el cual cruza longitudinalmente, de este a oeste, el valle de la Burunda, y comenzó una marcha pausada, silenciosa y triste en dirección a Echarri-Aranaz.

Jecomprí marchaba cabizbajo y sombrío al frente de su compañía, que era la primera. Le seguían cerca de ochocientos hombres, que caminaban sin ruido, casi sobre las puntas de los pies, como una manada de felinos olfateando el rastro de la caza. No había luna aquella noche y la oscuridad, por lo tanto, era absoluta.

Habían caminado una hora aproximadamente cuando divisaron las luces de la fortificación. Jecomprí ordenó a sus hombres que se detuvieran a unos ciento cincuenta pasos de la empalizada y que permanecieran agachados y silenciosos mientras él daba la señal. Las restantes compañías se estacionaron detrás. Avanzó Jecomprí unos pocos pasos e imitó el maullido de un gato. Uno de sus hombres susurró con sorna:

—¿No os lo dije? Nos hemos convertido en mininos.

Nadie daba señales de vida en el fuerte. Los ochocientos carlistas, alineados en cuatro hileras, formaban una cinta humana de más de cien metros de longitud y de un ancho casi igual al del camino. Agachados y silenciosos, mirando furtivamente la negra mole del fuerte, parecían ochocientos santones arrodillados ante un gran dios torvo, callado e insensible.

Jecomprí repitió la señal, que esta vez dio resultado. Se oyó crujir la puerta de la fortaleza y se vio aparecer por entre las dos grandes hojas de madera que se separaban lentamente a un hombre alto con una linterna muy potente en la mano.

Los carlistas, inmóviles y callados, contenían la respiración. Alguien susurró:

—Es Manzano, el conjurado.

El cristino dejó la linterna en el suelo, de forma que iluminase el corto y empinado camino de acceso a la fortificación, y llamó a alguien del interior. Salieron cinco hombres, los restantes guardias seguramente, y Manzano les ordenó —podía deducirse de sus gestos — que diesen una vuelta de reconocimiento. Desaparecieron aquéllos por la derecha, y entonces el teniente, solo ya junto a la puerta, hizo un gesto significativo con la diestra.

—Paso franco —dijo el capitán Jecomprí.

Avanzó dos pasos en las tinieblas. Parecía entonces seguro de sí mismo; incluso alegre. Pero un segundo después se le oyó proferir una extraña exclamación de sorpresa o de dolor.

—Capitán, eh, capitán —llamó un soldado que estaba cerca, tanteando infructuosamente en la obscuridad.

No respondía Jecomprí.

—Nos han traicionado —gemía alguien.

—¿Dónde está el capitán? ¿Qué le ha ocurrido? —preguntaban más allá.

—Es una celada —aseguraba uno.

—¡Cochinos traidores! —exclamaba otro.

Iba creciendo y extendiéndose el murmullo. Habiéndolo oído seguramente el guardia cristino, sorprendido además al ver que no avanzaban los carlistas, agitó ambos brazos y se adelantó unos pasos.

—¡Al traidor, al traidor! —gritó entonces un faccioso.

Al momento sonó un disparo en las filas carlistas, y el cristino, alcanzado en pleno tórax, se desplomó con un grito.

Aquel disparo fue como el resorte que libera una angustiosa tensión largo tiempo contenida.

—¡Adelante! —gritaba uno.

—Acabemos con esos perros traidores —pedía otro.

—Hay que retroceder, es una trampa —advertía un tercero.

La idea de que habían sido traicionados por el teniente cristino y el presentimiento de una celada se habían extendido rápidamente entre los carlistas. Empezaron a retroceder los primeros, es decir, los soldados de Jecomprí, y estrellándose contra los de las restantes compañías, que continuaban impávidos en su sitio, les contagiaban su pánico y originaban una tremenda confusión.

Mientras tanto, los otros guardias del fuerte, al oír el disparo y aquellas voces tan próximas, regresaron corriendo a la entrada principal, recogieron el cadáver del teniente, entraron en el fuerte y cerraron rápidamente la puerta.

—Se acabó —dijo uno de los carlistas.

Dispararon todavía, inútilmente, contra la puerta cerrada. Ya nadie dominaba los nervios. Había cundido por completo la desmoralización, el pánico y la angustia en las filas carlistas.

En el fuerte, mientras tanto, se habían despertado todos. La confusión y el griterío eran casi tan grandes como en el campo faccioso. Pero allí se impuso pronto una voz de mando.

—Fuego en todos los cañones —gritaba.

Dispararon el primer cañonazo en dirección a poniente; siguió otro en dirección al sur; al momento, otros dos cañones lanzaron sus pesados proyectiles. El fuerte vomitaba fuego y ruido por los cuatro costados. Los carlistas, acobardados, huían a la deriva.

Seguía bramando el fuerte y al resplandor fugaz de los disparos podía verse a la riada humana avanzando a ciegas, desbordándose

del camino, extendiéndose por los campos, arrollándolo todo…

Cinco minutos después, alguien se asomó al foso que circundaba la fortificación.

—Capitán, ¿está usted ahí? —preguntó en voz baja.

Unos metros más arriba, contestó desde lo hondo Jecomprí:

—Maldita sea, resbalé hasta el fondo.

—¿No sabía usted que había un foso?

—Claro que lo sabía, maldita sea, pero no se puede prever todo en esta cochina obscuridad.

—¿Se ha hecho usted daño?

—No lo sé. El tobillo me duele.

—Extienda los brazos, capitán; le ayudaré a subir.

Gracias a las poderosas garras del desconocido, volvió Jecomprí a la superficie. Los carlistas fugitivos estaban ya muy lejos y en el fuerte habían dejado de disparar.

—Hay que huir en seguida, capitán. Tan pronto como amanezca saldrán patrullas de reconocimiento.

—Ayúdeme, no puedo sostenerme sobre este pie.

—¿Al campamento carlista, verdad?

—Naturalmente.

Los altos muros del fuerte estaban allí; sólo con extender el brazo podía tocarse la empalizada. Miraba Jecomprí hacia las ventanas más altas. No se notaba allá arriba el menor indicio de anormalidad, pero se tenía la impresión de que acechaban centenares de ojos y de que infinidad de fusiles, a través de las largas y angostas aspilleras, amenazaban de muerte a todo el que intentase aproximarse.

—Tenga mucho cuidado, capitán. Si hacemos el menor ruido, dispararán sobre nosotros.

Despacio y sigilosamente se apartaron del fuerte. Ya fuera del alcance de sus disparos, en el camino real, el capitán lanzó un hondo suspiro y dijo:

—Ya ve usted, han huido todos, es vergonzoso.

—Corrió la voz de que habíamos caído en una trampa y alguien disparó contra Manzano.

—Dios mío, qué manera de pagarle su servicio.

—Entonces, naturalmente, se despertaron todos los del fuerte.

—Hay que reconocerlo, es el mayor fracaso de mi vida.

—Usted no tiene la culpa, capitán.

—Pero debo rendir cuentas.

A la derecha del camino, detrás de unas rocas, se comentaba acremente la huida. Jecomprí se acercó con cautela mientras susurraba a su acompañante:

—Son los subtenientes de mi compañía.

Decía uno de éstos:

—Si por lo menos hubiese dicho algo el capitán…

—Él es quien ha de dar las órdenes.

—Pero ¿dónde se habrá metido este hombre?

—Me caí en el foso —dijo Jecomprí— eso es todo. Pero ustedes, en lugar de ir a ayudarme, se ponen a chillar como mujeres y a disparar estúpidamente contra el fuerte.

—No pudimos contener a los soldados, capitán. El pánico les dominaba.

—Bien, hay que volver al campamento —dijo Jecomprí.

—A esas horas, ya debe de saber el Jefe lo ocurrido —comentó uno de los subtenientes.

—No nos libraremos de un consejo de guerra —pronosticó otro.

—No pensarán desertar ustedes ni pasarse al enemigo, ¿verdad? —dijo el capitán—. Conque sigan adelante y sea lo que Dios quiera.

Se volvían los cuatro al campamento. Jecomprí, pese a sus esfuerzos, se quedaba rezagado.

—Deje que me apoye en usted, Moraleda. Debo de tener un esguince en el tobillo.

Uno de los subtenientes preguntó de pronto:

—¿Quién iba con usted, mi capitán?

—Ah, no lo sé —respondió Jecomprí—. En esta maldita oscuridad no hay quien distinga unos rasgos. Tampoco he reconocido su voz. —Añadió más fuerte—: Oiga, ¿quién es usted? Usted, el que me ha sacado del foso, ¿puedo saber cómo se llama?

El capitán se detuvo. Se volvía en todas direcciones, insistiendo:

—Vamos, responda, ¿en dónde se ha metido usted?

Pero no respondió nadie. El salvador del capitán Jecomprí había desaparecido.

XIV

ANTES de que amaneciera, María Berasaín, la dueña de la casa, volvió a subir al desván. Traía un jarro lleno de agua y una gran jofaina vacía; colgaba de su antebrazo derecho un blanquísimo y enorme paño de manos que resaltaba vivamente sobre las negras faldas y disimulaba en parte la avanzada gravidez de la mujer.

El soldado de la guardia que la precedía descorrió el cerrojo, empujó la puerta y permaneció junto al quicio mientras ella depositaba su pesada carga en la mesa.

—Podías ayudarla —dijo Valtierra al centinela—. ¿No te has dado cuenta de su estado?

—Demasiado hacemos con dejar que suba. Y yo no debo soltar el fusil, ¿te enteras?, no soy un petimetre, soy un centinela.

—No pensarás que vamos a desertar.

—Yo no pienso nada. Sólo cumplo órdenes.

María Berasaín dijo:

—Ura garbitzeco.

—Ya lo veis —explicó José Urdax—. Esta mujer piensa continuamente en nosotros. Ha madrugado para que no nos quedemos sin lavarnos.

—Gracias, eskarrikasko —dijo el capitán a la vizcaína, inclinándose con gentileza mientras se acercaba a la jofaina.

—¿Quieres ayudarme, Manuel? A ver, un poco de agua.

Mosquito vertió un hilo de agua sobre las dos manos del oficial, dispuestas en forma de jícara sobre la jofaina, y éste, rápidamente y con fruición, se llevó el agua limpia y fresca a la cara.

Preguntaba Valtierra al centinela:

—¿También le habéis obligado a Bautista a lavarse la cara?

—Nadie le ha obligado a nada, ¿te enteras? Él dijo que quería

confesarse y le mandaron un cura. Luego pidió de fumar y el coronel le ha ofrecido su tabaco.

—¿Ya se ha levantado el coronel? ¿Han comenzado los preparativos?

—Sí, ya han tocado diana en todas las compañías.

—¿Qué hora tenemos?

—Las cuatro y media.

Fermín cogió todas las mantas, que no habían sido desplegadas siquiera, y las devolvió a la mujer.

—No han sido necesarias —dijo—. No nos hemos acostado. Gracias de todos modos.

—Eskarrikasko —tradujo José Urdax.

María Berasaín le miró por vez primera a los ojos. Había una súplica y un tremendo dolor en su mirada. Dijo:

—Ez eizue il.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó en voz baja Justo Sánchez.

—Que no le matemos —susurró José Urdax.

María recogió las mantas. Se volvió hacia René Duval, que estaba mirando a las estrellas, de pie junto al tonel, y le dijo con la misma voz áspera, con la misma fuerza en la mirada:

—Ez eizue il.

—¿Qué dice? —preguntó el centinela—. ¿Qué dice esta mujer?

—Nos da los buenos días —mintió José Urdax.

La mujer se acercó al capitán, que se estaba secando la barba, y repitió su súplica:

—Ez eizue il.

—Vamos —ordenó el centinela.

Salió despacio María. El guardia dijo:

—Daos prisa. A las cinco subirán a buscaros.

Cerró la puerta y pasó nuevamente el cerrojo.

—¿Por qué nos pide que no le matemos? —preguntó el capitán —. Es asunto nuestro dispararle a Lecumberri. Ella no debe de conocerle siquiera…

—Espera un hijo —dijo Fermín— y todas las embarazadas sienten horror por la crueldad, por la injusticia y por la muerte. Es natural que sea así. Van a dar un nuevo ser al mundo con el mayor dolor de su vida: necesitan creer que el mundo es bueno, justo y feliz.

—Aquí mismo, en la explanada, no hace siquiera seis semanas —explicaba José Urdax— los peseteros acabaron con el último sostén y afecto de la muchacha. Su marido, el padre de esta criatura que está a punto de nacer, había caído en Alsasua dos meses antes. El viejo Berasaín, el suegro, se convirtió entonces en un segundo padre para ella. Se habían quedado los dos solos y empezaban a compartirlo todo: la soledad, los recuerdos y también las dificultades materiales. Pues bien, un día los peseteros asaltan la casa, inventan un consejo de guerra y fusilan al anciano, obligando a la chica a presenciar la ejecución… Con esto puede usted explicarse, capitán, el horror que siente la muchacha por los fusilamientos.

—Siendo así —dijo el oficial— el Jefe debió haber organizado este cotarro en otro sitio.

—Ah, el Jefe —exclamó con cierto desdén René Duval—. Tiene demasiadas cosas en qué pensar. Seguro que no se acuerda ya del viejo Berasaín ni de sus hijos.

—Claro que se acuerda —replicó vivamente Manuel—. ¿Qué sabemos nosotros del Jefe? No debemos discutir sus decisiones.

El capitán había acabado de lavarse y ofreció su sitio a José Urdax, que rehusó.

—Ya me lavaré mañana —decía.

Manuel se estaba mojando la punta de la nariz y los mofletes sin demasiado entusiasmo.

—¿Por qué te ríes? —preguntó a René Duval.

—Ah, por nada… Sólo que yo… creo que me lavo mejor…

—¡Qué ingenuas son las mujeres! —exclamó Valtierra—. «No lo matéis, no lo matéis», como si esto fuera fácil, como si estuviese en nuestra mano no matarle…

—Estoy imaginando la escena —dijo Fermín—. Usted ha dado la orden de fuego, mi capitán. Disparamos nosotros… bien, ya hemos disparado y Bautista sigue vivo, en pie, sin una herida, sin un rasguño… Hemos disparado al aire, capitán… y Bautista nos mira ahora a todos, a cada uno, con infinita sorpresa y gratitud…

—Esto es lo que la mujer quiere de nosotros, lo que ha imaginado seguramente, pero nosotros no podemos…

—Un momento, capitán. ¿Qué haría usted en tal caso? ¿Qué haría usted si no le disparásemos nosotros a Bautista?

—Yo qué sé, cabeza dura… En estas circunstancias tal vez no tendría sentido un tiro de gracia. Y yo seguramente no lo dispararía, la verdad…

—¿Y si entonces le ordenan a usted que lo dispare? ¿Si se lo ordena el Jefe? ¿Qué haría usted, capitán?

El oficial no contestaba. Estaba muy pálido y se retorcía las manos. Dijo por fin:

—Es una suposición absurda. Antes le dispararéis vosotros, seguro.

Justo Sánchez replicó con una firmeza que contrastaba con todo su proceder anterior:

—Yo no pienso apuntarle a Bautista, mi capitán. Prometí a su madre que velaría por él y voy a mantener mi palabra: por lo menos, no le haré ningún daño a sabiendas.

Manuel dijo entonces:

—Yo tampoco le apuntaré… ¡Por los clavos de Cristo!, he de demostrar que reniego de mi juramento, que el rencor ya no existe entre nosotros y que todo puede… podría… volver a comenzar entre los dos.

Fermín, con un entusiasmo insólito, se dirigió entonces al oficial:

—Ah, mire, capitán. No era una suposición enteramente absurda aquella mía. Dos hombres del piquete, por lo menos, han resuelto no dispararle a Bautista. Pese a las bolas, pese al Jefe, pese a esa tremenda fuerza oscura… qué sé yo… la fatalidad… ellos no dispararán. Ya ve usted, capitán. Han descubierto que son libres, que hay sitio para la rebelión… Pero hay que aclarar de una vez este maldito embrollo. Yo no le dispararé a Bautista; Manuel y Sánchez, tampoco. Pero quedan otros cuatro… Veamos. Las cartas boca arriba. Hablemos todos. ¿Qué piensas hacer tú, Valtierra?

Éste, con los ojos muy abiertos, asombrado, indeciso, preguntó:

—Dios mío, ¿habláis en serio?

—Sí, hablan en serio —terció José Urdax—. Y yo te digo, Valtierra, también en serio, ¿sabes?, con la mayor seriedad de mi vida, que no pienso dispararle a Bautista.

—Perfectamente —dijo entonces, sacando pecho, el Bravucón—. Salvaremos a nuestro compañero. Podéis contar conmigo.

Susurraba Fermín al oído del oficial:

—Usted lo ha dicho, capitán, no puede volverse atrás ahora. Ha

dicho que si Bautista sigue vivo, intacto, después de la descarga, ya no tendría sentido un tiro de gracia, y que usted no lo dispararía en este caso.

—Sí, lo he dicho —ratificó lentamente Jecomprí—. Tal vez sea lo mejor no dispararle a este muchacho. Os lo confieso. Yo he pensado esto, lo he estado pensando toda la noche: arrostrar todos los peligros, incluso pasar por un amotinado, incluso ser condenado en un consejo de guerra, antes que volver a mi casa con la muerte de un inocente en mi conciencia…

—Dios mío —exclamó Manuel—. Cómo ha cambiado todo. ¡Y qué fácil ha sido! ¿Cómo no nos dimos cuenta antes? Mirad. Está amaneciendo.

Amanecía realmente. A medida que la claridad del alba se extendía por el cielo, el brillo puntiforme de Vega, Altaír y Deneb iba perdiendo intensidad. Todos los hombres levantaron la vista, pues el nuevo día, sereno y hermoso, asomaba por la claraboya.

—Vamos, ¿y tú, René? ¿Qué dices tú? Tú no has hablado hasta ahora.

El francés se disponía a lavarse. Miró la jofaina llena de agua sucia y preguntó:

—¿Qué hago con eso?

Insistía Fermín:

—¿Qué piensas de nuestra decisión?

René Duval buscaba a dónde echar el agua sucia. Se encaramó en un escabel, junto al barril vacío, y levantó la tapadera. Volvió con la jofaina y echó todo su contenido en el tonel.

—Voilà —dijo.

Baldeó cuidadosamente su recipiente con agua limpia, que luego arrojó también al fondo del barril. Volvió a llenar la jofaina y se quitó la camisa.

—Pienso que estáis proyectando una locura —dijo por fin—. Si no le disparáis a vuestro amigo, Zumalacárregui se pondrá furioso, os acusará de sedición y os hará formar mañana al lado de Bautista. Un piquete menos remilgado acabará entonces con todos vosotros… Esto es lo que habréis conseguido: perder el pellejo para nada, pues ni siquiera habréis logrado salvar a vuestro amigo.

El agua resbalaba por su tórax longilíneo, blanco y lampiño. Se frotaba el pecho y las axilas.

—Estamos metidos en un juego absurdo y peligroso —prosiguió —. Hay que tener mucho cuidado. Un paso en falso y nos perdemos para siempre. Oh, mon Dieu, no hagamos más locuras, comportémonos como seres normales, como lo que somos realmente, soldados sin voluntad propia, simples peones en manos de los superiores… Se nos ordena fusilar a un hombre, es doloroso, je sais… pero nosotros somos soldados, no somos personas libres, no podemos hacer más que callar y obedecer…

Se volvió hacia Jecomprí, añadió:

Tampoco usted puede desobedecer a sus superiores, mon capitaine, tampoco usted puede rehuir su obligación…

—Usted habla así —dijo el oficial— porque no conoce a Bautista. Si le conociera como nosotros, pensaría y hablaría de otro modo.

—Es posible, mon capitaine. Pero yo no le conozco, no tengo ningún motivo para no dispararle ahora. Puedo cumplir con mi obligación sin que me remuerda la conciencia. Dispararé a matar y les salvaré de rechazo a todos ustedes.

Dijo Fermín con un profundo desencanto:

—Está bien, tú dispararás a matar, René, no podemos evitarlo. Y a Bautista, cuando se sienta morir, le importará un cuerno que haya disparado uno solo en lugar de hacerlo todos… El Jefe no irá a contar luego las balas en el cadáver… Y es que lo mismo da en estos casos un solo disparo mortal que seis o que doce o que mil… De modo que tú te bastas, René… Pero es una pena… sí, es una pena muy grande que la rebelión del piquete no pueda ponerse de manifiesto… que el piquete, todo el piquete, no pueda comportarse como un solo hombre, un hombre libre y rebelde…

—Te comprendo, Fermín. Eres un bravo muchacho y no te resignas a la esclavitud. Pero no debes llevar tu generosidad tan lejos. Mira, mañana, en el otro lado de la raya, cuando hayas renunciado a tu destino para aceptar íntegramente el de tu amigo… son palabras tuyas, recuerdo muy bien lo que me has dicho esta noche… entonces, por un momento, te sentirás verdaderamente libre, sí, verdaderamente grande y heroico… pero cuando veas al piquete frente a ti, cuando veas media docena de fusiles apuntándote… entonces… oh, Fermín, créeme… comprenderás que mucho más que la libertad interior, que la grandeza de alma, que el

heroísmo valen la vida, el sol, el pan, la mujer… Y entonces ya será tarde, Fermín, demasiado tarde para ti, y tú…

—Os diré lo que le ocurre a René Duval —interrumpió Valtierra —, le tiene miedo a Zumalacárregui.

—Todos los gabachos son unos cobardes —escupió Manuel—. Voilà, un hato de cobardes que sólo saben lavarse los morros.

El francés se irguió entonces. Rojos la cara y el pecho, temblándole de ira los labios, echando ascuas por los ojos, exclamó furiosamente:

—Merde! ¡Qué os habéis creído! Soy tan valiente como vosotros, tan valiente como el mejor de los españoles, y si he de demostrar ahora mi valor disparando al aire, maldita sea, dispararé al aire, ¿lo habéis oído?, dispararé al aire o al agua o a vuestro propio general.

—Lo ha dicho, ¡bravo!, ha dicho que disparará al aire, no puede volverse atrás.

—Sí, puede volverse atrás todavía. Es necesario que lo jure.

—Merde! Os lo digo y basta. Hay que creer en la palabra de un francés.

—No basta que lo haya dicho, mesiu. Debe usted jurarlo — indicó cortésmente el capitán.

—Pues lo juro, ¡por todos los demonios!, juro que no le dispararé a vuestro amigo aunque ello me cueste la vida… Y que el diablo se lleve a esta piara de locos… Oh, l'Espagne, quelle folie, mon Dieu, quelle affreuse démence…

—Ha amanecido por completo —dijo Fermín, mirando hacia el rectángulo del techo.

Justo Sánchez apagó la lamparilla.

—¿Cuánto falta para las cinco, capitán?

—Tres minutos en mi reloj.

XV

Dos minutos después, faltando uno para las cinco en el reloj de Jecomprí, el coronel que había presidido el sorteo de las bolas apareció por segunda vez en el desván.

—Cojan sus fusiles y salgan —ordenó entre bufidos y bastonazos en el aire.

José Urdax cogió inmediatamente su arma. Sus compañeros no se ponían de acuerdo al distribuirse los fusiles; pasaban éstos de unas manos a otras y se originó un batiburrillo de brazos, culatas y bayonetas.

—Dense prisa —gritaba el coronel—. El Jefe está aguardando.

—¿Presenciará la ejecución? —preguntó, palideciendo, Jecomprí.

—Naturalmente, les dirigirá incluso unas palabras.

Se alinearon los seis soldados junto al tonel. Con una ojeada rápida revisó el viejo militar al piquete; luego señaló la puerta con su bastón.

—Salgan —ordenó.

El primero en salir fue Jecomprí. El coronel se quedó rezagado: desde el umbral dirigió una última mirada al desván vacío; dio luego un formidable portazo, levantó su bastón y se lanzó impetuosamente escaleras abajo.

Los hombres del piquete se detuvieron en el zaguán, aspirando el aire fresco y puro de la mañana. Frente a la casa, acababan de formar en cuadro, como es costumbre en las ejecuciones, dos compañías del Batallón de Guías y otras dos del Tercer Batallón Navarro, llamado familiarmente Requeté.

Una vasta explanada se extendía por delante de la casa hasta un grupo de cobertizos que, destinados primitivamente al ganado, se

habían convertido, con la llegada de Zumalacárregui, en cuartel de varias compañías carlistas. La explanada estaba abierta por la izquierda, según se salía de la casa, al camino real; por la derecha, una tapia extendida entre la casa y los cobertizos, la separaba de una honda torrentera.

Después de atravesar cuatro filas prietas de soldados, el coronel y los siete hombres del piquete se situaron en el centro del cuadro, tres de cuyos lados, los correspondientes a la casa, al camino real y a los cobertizos, estaban ocupados por las compañías de Guías y del Requeté, cuyos hombres, alineados en cuatro hileras, formaban una compacta y ancha barrera. El cuarto lado del cuadro, destinado al reo, correspondía a aquel largo muro lateral sobre el que incidían en aquel momento, sacando brillo a los pedruscos toscamente amontonados y húmedos de rocío, los rayos horizontales del sol naciente.

En el ángulo que formaban el muro y el primer cobertizo, solo, callado, inmóvil, un hombre de mediana edad, ancho, cargado de espaldas, ataviado con una zamarra de piel negra de merino con bordes de terciopelo rojo y broches dorados, cubierto con una boina escarlata y rígida de la que colgaba una hermosa borla de plata, y luciendo las divisas de general en jefe, contemplaba con hosca expresión los preparativos del fusilamiento.

Sus patillas y bigote, unidos entre sí a nivel de los pómulos, semejaban desde lejos una negra media luna, impresa o tatuada en la piel cetrina de su cara, la cual revelaba en aquel momento no sólo un dolor físico sino también un hondo padecimiento moral.

Más atrás, en el interior del primer cobertizo, un caballo blanco, grande y hermoso, sujeto a una argolla mediante una larga cadena, piafaba nerviosamente.

En medio de aquella multitud silenciosa y expectante, bajo la torva mirada del hombre solitario, empezaron a repartirse los cartuchos entre los seis soldados del piquete. Alineados éstos frente al muro, apoyando la culata de sus fusiles en el suelo, iban echando los proyectiles por la boca del cañón, separaban después la baqueta y la introducían en el ánima, ejercían con ella una ligera presión, la retiraban por fin con suavidad.

A Jecomprí le entregaron una pistola.

—Está cargada —se oyó que le decían.

Se puso a redoblar un tambor y un murmullo apenas perceptible se elevó de las formaciones. Precedido del coronel, que le abría paso, Bautista Lecumberri, el reo, se dirigía hacia el muro. Avanzaba por su propia voluntad, sin venda en los ojos, sin escolta alguna, sin dejar de mirar limpiamente, sin insolencia pero también sin temor, al hombre solitario de la zamarra.

Al llegar al sitio asignado, se volvió para dar la cara al piquete; apoyó su cabeza en el muro y entornó sus ojos azules; luego miró a las formaciones, a la casa, a sus amigos. No había miedo ni rencor en su mirada: sólo esa serena tristeza de las víctimas inocentes a punto de reventar, ese rescoldo de rebeldía que empieza a trocarse en la indiferencia, la resignación o el desdén de los que ya pertenecen a otro mundo.

En medio de aquel chorro de luz, recortándose solo, absolutamente solo, blanco y grácil, en el inmenso telón de foro del muro parduzco, parecía entonces Bautista más joven aún de lo que realmente era. Semejaba un niño abandonado, un pequeño títere inocente en un mundo absurdo de polichinelas.

Iba afeitado y estaba muy pálido. Unos mechones castaños oscilaban levemente sobre su frontal. Las cejas, negras y espesas, se contraían sobre los párpados y marcaban dos arrugas paralelas, verticales y hondas, en la piel morena de su frente. Un pequeño temblor podía advertirse en sus labios descoloridos, finos, apenas separados entre sí; también la nuez de Adán, redonda y prominente, revelaba una ligera inquietud. Una angosta y deslucida guerrera comprimía su largo tórax de adolescente. Las manos, desmesuradamente grandes, como dos garras abiertas de animal domesticado, pendían inertes a ambos lados. La canana apretaba despiadadamente su cintura, y los pantalones de pana gris, demasiado cortos, con rodilleras y remiendos, dejaban ver unos tobillos muy delgados y unas alpargatas enormes, con señales de barro y agujeros en las puntas (en el lado izquierdo, el dedo gordo casi enteramente descubierto, ancho, sucio, vivo, vivo, con su uña, su piel, su sangre, sus nervios, sus falanges, sus millones de células vivas…).

Y frente a él, el piquete. En un extremo, Fermín, el más alto del grupo, mirando a Bautista con sus grandes ojos verdes, llenos al mismo tiempo de picardía y candor, como queriendo hablar con

ellos, como queriendo comunicar a todos, al reo, al piquete, al mundo entero, la nueva maravillosa:

«Somos libres, no le dispararemos a Bautista.»

Justo Sánchez en el otro extremo, encerrado en su caparazón de castellano viejo, fosilizado en su eterna angustia:

«Prometí a su madre que velaría por él; no le haré ningún daño a sabiendas.»

A su izquierda, Manuel, el más pequeño del piquete, moviéndose continuamente, saltando de un pie al otro, de un sentimiento a otro, del miedo al entusiasmo, del odio a la piedad:

«Por los clavos de Cristo, tampoco yo le apuntaré. He de demostrar que reniego de mi juramento, que el rencor ya no existe entre nosotros, que todo podría recomenzar entre los dos.»

En el centro, José Urdax, como de vuelta de todo, siempre cansado y siempre rejuvenecido, siempre viejo y siempre niño, inclinándose amorosamente sobre su fusil:

«Y yo te digo, Valtierra, también en serio, ¿sabes?, con la mayor seriedad de mi vida, que no pienso dispararle a Bautista.»

René Duval a su derecha, recién estrenadas la boina roja y la guerrera azul, con su afán de aventuras, con su peregrina idea de España:

«Quelle folie, mon Dieu, quelle affreuse démence.»

Valtierra a su izquierda, con su uniforme de guiris y el pecho hinchado, con su soberbio mentón apuntando al muro, sintiéndose héroe antes de tiempo:

«Podéis contar conmigo, salvaremos a Bautista.»

Y Jecomprí más allá, tres pasos a la derecha, un paso al frente, con su pistola en la diestra y su amargor en la garganta… y el fracaso, la deshonra pegados a su pellejo para toda la vida… pero antes aquellas manos, aquellas grandes manos benévolas, aquellas enormes garras de animal domesticado…

«Arrostrar todos los peligros, Señor, todos los peligros, antes que volver a mi casa con la muerte de un inocente en la conciencia.»

Pisoteando una y otra vez las sombras de los seis soldados, que se proyectaban largas y afiladas hasta el muro, caminaba arriba y abajo, entre los ejecutores y Bautista, el hombre solitario de la zamarra.

Parecía mirar con detención ya las cimas romas y blancas de la

sierra de Aralar, que surgían por detrás de la casa, ya las onduladas cadenas de Andía y de San Donato, que cerraban el valle por el sur. Parecía mirar la fachada de la casa, de piedra berroqueña, con el león de los Berasaín, levantado sobre sus patas traseras, rígido y solemne, en el escudo que coronaba la puerta. Pero no se interesaba, en realidad, por ninguna de aquellas cosas. Miraba y escuchaba sólo dentro de sí: atendía a una visión íntima, prestaba oídos a una voz interior.

De pronto, mucho más expresivo con el gesto y la mirada que con las palabras, que afluían con dificultad y a trompicones, y apenas dejaban entrever su pensamiento, rompió a hablar el General:

—El perdón… Se me ha pedido con insistencia… Incluso amigos muy queridos… Ah, el perdón, qué fácil… Sin embargo, aunque en ello me fuera la vida… La palabra de un militar… Nunca, nunca… Pero yo quisiera ahora por lo menos… Quisiera reconocer públicamente… Un soldado de Guías al que conozco de antiguo… Se está comportando frente al piquete… Y yo admiro el valor… Y me esfuerzo por pensar ahora… No puede haber cobardes… Una compañía de un batallón tan bravo, tan querido… Aunque no se puede pensar… Ha habido realmente… Todos han sido… Lo que ha ocurrido en Echarri-Aranaz… ¡Y era todo tan sencillo, Dios!… ¿Es que no nos hacían falta aquellos cañones?… Entonces, ¿qué diablos ocurrió aquella noche?… Me devano los sesos buscando… ¡Pero no hay una explicación honorable, no la hay!… El que mandaba la compañía, un hombre en quien yo confiaba… Vamos, ¿qué fue de él?… ¿Se lo tragó la tierra?… No lo sé, nunca podré saberlo… Lo que será de él en lo sucesivo, sí… Él lo sabe también, todos ustedes lo saben… No volverán a verle con este uniforme… Ah, pero no sólo él… Los soldados conocían las órdenes… Había que entrar en el fuerte en silencio… Ellos se pusieron a gritar, a disparar en el aire… Y después la huida, maldita sea… No puede volverse atrás un soldado… Y ahora ese borrón, ese borrón… Lo saben todos en la compañía… Se lo grita la sangre… Ese borrón persistirá mientras… Por lo menos uno… Uno expiando por todos.

Mientras hablaba, no dejaba de andar el General entre el piquete y Bautista. Andaba más deprisa cada vez y al propio tiempo iba levantando la voz, aquella vieja voz celtíbera en la que parecía

materializarse la fuerza ancestral, maravillosa y trágica que había empujado a España, a través de los siglos, hacia su grandeza y gloria, hacia su desgracia y ruina.

—Ha habido que sortear —proseguía el General—. Sortear, ya saben… Uno u otro, qué más da… Iguales todos a la hora de la verdad… La mayoría jóvenes, lo sé, vidas prometedoras… Pero la disciplina es lo primero… Y cuando no puede mantenerse por las buenas… ¡Dios, no hay más remedio!… Es necesario el escarmiento… Pero pronto… Hay muchas cosas que hacer… La guerra… No es un asunto de niños… Estamos solos, solos contra todos… La corte, las influencias, ese cochino dinero… Nos faltan hombres, municiones, comida… El valor, no… Por lo menos él… Que no nos falten el valor y la disciplina… Por eso vamos a cumplir ahora con nuestro deber… Olvidaremos luego esa maldita historia y… y…

Renunció el General a encontrar la palabra adecuada. Se detuvo frente a Jecomprí y dio por terminado su discurso.

—Vamos —dijo.

Jecomprí tragó saliva y dio la primera orden:

—Apunten.

Los seis soldados del piquete levantaron los fusiles y apretaron las culatas contra sus hombros. Desviando ligeramente los cañones de su objetivo, alinearon el alza y la mira.

—¡Apunten! —bramó el General detrás de los soldados, echándoles el aliento en los cogotes.

Vacilaban los hombres del piquete. Se les notaba la lucha interior, la desazón, la impotencia, la derrota.

—¡Apunten! —bramaba el General.

Rectificaron la posición de sus fusiles.

—Siga —ordenó el General a Jecomprí.

—Fuego —masculló éste con una voz opaca, una voz temblorosa, una voz desconocida.

—¡Fuego! —repitió inmediatamente con su vozarrón tonante el General.

La descarga resultó perfecta. Bautista, fulminado, se desplomó sin exhalar un grito.

—Adelante —indicaba el General.

Se acercó Jecomprí al cuerpo caído. Miraba los cinco agujeros

en la guerrera, la sangre en el suelo, los ojos abiertos, las manos enormes.

Sudaba el capitán, temblaba todo él. Apuntó al cráneo con su pistola, apretó desesperadamente el gatillo.

Propulsó aquel tiro los ojos de Bautista: los dos globos se salían de las órbitas, estallaban las conjuntivas. La sangre empezó a brotar por la nariz.

Redoblaron de nuevo los tambores. Comenzó el desfile. Todos los soldados volvían la cara al pasar junto al cadáver: era obligado mirar.

Terminada la charanga, retiradas las cuatro compañías, Jecomprí se metió en la casa y se quitó el uniforme.

Alguien desató al caballo blanco que piafaba en el cobertizo: el Jefe montó en él y se alejó al galope.

Dijo entonces el coronel:

—Habrá que darle tierra.

Fermín y Justo Sánchez se ofrecieron. Unas angarillas, una pala, un azadón. Fermín cogió a Bautista por las axilas, Justo Sánchez por los pies. Le acomodaron en la tabla. Luego colocaron sobre sus piernas, transversalmente, la pala y el azadón.

—Síganme —indicó el coronel a los voluntarios.

Mosquito se orinaba en una esquina. Liaba un pitillo el Bravucón.

Con los ojos fijos en la sangre del suelo, susurraba René Duval:

—Ah, ce n'est pas possible… Yo no comprendo…

—¿Qué es lo que no comprendes, gabacho?

—Yo he disparado al aire y sin embargo…

—Bien, has disparado al aire, te creo —interrumpió bruscamente José Urdax.

Volvióse para mirar hacia la casa. María Berasaín en el umbral. Apoyaba su frente en el quicio; el sol en los cabellos, la cara en la sombra.

Se le acercó el viejo soldado, los ojos bajos, el fusil en bandolera.

No sabía qué decir.

—¿Has visto? ¿Ikusi dezu?

El cielo estaba terso. Verdes y precisas las montañas. Una paz maravillosa por doquier. Caía el sol, como una bendición, sobre aquel vientre grande, redondo, maduro: un corazón nuevo, un

corazón pujante y hermoso latía gozosamente en su interior.

—¿Ikusi dezu?

María Berasaín no dijo nada. Estaba llorando en silencio.